

Cristina Mucci

La señora Lynch

Biografía de una escritora controvertida

Primera edición: septiembre de 2000. Grupo Editorial Norma.

Edición especial para e-book: agosto de 2014.

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo

Una nota y una carta

La Negrita Frigerio

Marta Lynch

Llegó la política

La alfombra roja

El trío más mentado

Los otros

Cuando Marta era feliz en Lima

Cuba, el *charter* y el Movimiento

A Ezeiza, dijo el país

La que se quedó

Las cosas fueron cambiando

El final

Epílogo

Bibliografía

*A la memoria de Alberto Girri
y Oscar Hermes Villordo*

PRÓLOGO

Comencé a trabajar sobre Marta Lynch en 1990. Sin embargo, el proceso de investigación y escritura sufrió varias interrupciones y me llevó algunos años. En su transcurso sucedieron muchas cosas, entre ellas, la muerte de dos de las personas que más me ayudaron: Oscar Hermes Villordo y Alberto Girri.

Con el Negro Villordo me encontré una tarde lluviosa en un bar de Corrientes y Montevideo. Allí me estaba esperando, con dos viejos cuadernos *Lanceros* de tapa celeste. Me explicó que eran dos tomos de un diario que llevaba desde hacía muchísimo tiempo. “La memoria engaña – me dijo- y así me es más fácil llevar un registro”. En el primer cuaderno, una letra pequeña, prolija y minuciosa describía una Fiesta de las Letras en Necochea, de la que hablaré después. En el otro cuaderno, escrito unos años más tarde, recordaba los detalles del suicidio de Marta Lynch. Estuvimos unas cuantas horas en ese bar, el Negro hablándome y yo tratando de entender.

A Alberto Girri lo encontré unos días después, en una confitería de Córdoba y San Martín. Quería ayudarme, pero en su gran prudencia, me costaba hacerlo hablar. De todas maneras, me aportó muchos detalles y, fundamentalmente, me aclaró varios puntos que para mí eran oscuros.

Cuando ya nos íbamos, se acercó a nuestra mesa la periodista Odile Baron Supervielle. Al enterarse de lo que estábamos haciendo, le preguntó a Girri: “Si pudieras elegir, ¿quién te gustaría que escribiera tu biografía?” Alberto prendió uno de sus infaltables cigarrillos y con la mirada perdida, contestó: “Es una buena pregunta, nunca se me había ocurrido”.

Algún día alguien escribirá la biografía de Girri, y seguramente al leerla podremos imaginar si le hubiese gustado. La conclusión es que nadie elige a su biógrafo, con lo bueno y lo malo que eso implica. Una de las tantas

ventajas de los vivos es que tenemos un cierto margen para elegir nuestros temas de escritura. Cuando murió Marta, yo era columnista de libros en la edición matutina del diario *La Razón*. Al llegar a la redacción, uno de los secretarios de cierre me pidió que escribiera su necrológica, y puse una excusa para no hacerlo. No la conocía demasiado, pero algunos hechos que había protagonizado en su última época hacían que el personaje no me simpatizara, y no me pareció el momento oportuno para tratarlos.

Cinco años después, Félix Luna me convocó para escribir la biografía de una escritora, para una colección que dirigía. Le propuse a Marta Lynch, porque consideré que tenía elementos que valía la pena tratar: los vaivenes políticos, el enorme espacio público que detentaban algunos escritores de su época, la situación de la mujer, el envejecimiento, las cirugías plásticas, el suicidio, me resultaban más que suficientes. Además, sería una manera de romper con cierta tradición que parecía establecer que el biógrafo debía ser un defensor o admirador a ultranza del biografado. ¿Por qué no tomar un personaje altamente contradictorio y mostrarlo con sus contradicciones, con lo bueno y con lo malo? Sin embargo, tal vez era muy pronto. Ese libro no se publicó, pero la idea perduró y dio lugar a éste.

Mucha gente que conoció a Marta no quiso hablar de ella, tal vez porque fue un personaje emblemático de algunas cuestiones todavía no resueltas. De ese punto –el que finalmente más me llegó a interesar- me fui dando cuenta a medida de que trabajaba. Con sus constantes virajes políticos, su obsesión por la imagen y su afán por figurar a cualquier precio, fue una precursora de una ética y una estética que se instalaría fuertemente en la Argentina unos años después de su suicidio, con el advenimiento del menemismo. En cierta medida, Marta Lynch fue víctima de su propio pragmatismo, en una época –la del retorno de la democracia- en la que se intentaba volver a apostar por la ética y la coherencia ideológica. Tal vez por esto (y por todo lo que sucedió después) siga provocando una cierta molestia, la sensación de que hay temas que es preferible no volver a plantear.

Mi agradecimiento, entonces, a quienes sí hablaron, sus testimonios son parte fundamental de este texto. A Juan Manuel Lynch –su marido- y Marta Juana Lynch –su hija-, quienes pese a sus resistencias, decidieron atenderme. A Vilma Colina, Jorge Halperín, Daniel Ulanovsky-Sack, Néstor Tirri, Orfilia Polemann, Juan José Sebreli, Lucas Aón, Carlos Payá, Carlos Olgúin, Sonia Davel de Gómez Canle, Patricia Sánchez Moreno, Natalia Kohen, Alicia Steimberg, Analía Sivak, Guillermo Saccomanno, Jaime Malamud Goti, Martha Díaz, Susana Rawson Paz, Norma Bau Ruiz, Raquel Lynch y tantas otras personas que me ayudaron con sus aportes, testimonios e indicaciones, aunque me pidieran expresamente no figurar. A Diego Gándara y Cristian Alarcón, quienes realizaron parte de las entrevistas, y a Cristina Alemany, Fernando Fagnani y Leonora Djament.

Un agradecimiento muy especial a Jacobo Timerman, quien no sólo me aportó datos importantes, sino que también leyó una primera versión. Pocos días antes de su muerte, llegué a contarle que este libro finalmente sería publicado.

Tire la puerta abajo

“No hay más que un problema filosófico
verdaderamente serio: el suicidio.”

Albert Camus, *El mito de Sísifo*

Esa mañana, Juan Manuel Lynch se levantó a las siete, como todos los días. Desayunó, hojeó los diarios, se vistió con la meticulosidad de costumbre, y después de atravesar el jardín de las rosas florecidas, subió a su coche, donde lo estaba esperando el chofer. El viaje era también el mismo de todos los días: de su casa de Vicente López a su oficina en el centro.

A las diez, como siempre, la llamó por teléfono, sabía que a esa hora la encontraría desayunando. Ella le hizo un encargo: su psicólogo –uno de sus psicólogos, ya que a esa altura la atendían varios- le había recetado un antidepresivo para aplicar por goteo. ¿Podría él comprárselo en alguna farmacia antes de volver a casa? Claro que podía, cómo no iba a poder si ella sola no sabía hacer nada, ni un cheque, ni un trámite, gozaba apoyándose en él hasta para una compra de farmacia, y él también gozaba haciéndolo. Era su niña mimada. La misma que lo había ido a ver hacía casi cuarenta años a su estudio de abogado diciéndole que se quería divorciar, y ya desde entonces él le había resultado todo. Juan Manuel tenía una foto de esa época en su billetera. La había hecho sacar el día en que, mientras comían un sándwich de chorizo en un barcito de La Rural, ella le había dicho: “Mirame bien y recordame así, porque esto no dura. Esta cara fresca me va a durar poco tiempo”. Él le decía que seguía siendo la misma de la foto pero los dos sabían que no era cierto, pese a los viajes al Brasil para que el doctor Ivo Pitanguí la sacara de lo que ella consideraba la caída en el abismo.

A mediodía, Juan Manuel fue convocado a una reunión de directorio para las cinco. Era impensable, en un hombre cuidadoso de su imagen, llegar con un paquete de farmacia. Por esa única vez la defraudaría. Se lo

quiso decir, pero no pudo: el teléfono daba ocupado y se le hacía tarde para su almuerzo de negocios.

A las cuatro estaba revisando unos balances cuando lo interrumpió un llamado. Era el chofer, quien como él sabía, debía pasar a buscarla para llevarla al psicólogo de turno. “Perdone señor –le dijo- que me haya tomado el atrevimiento de entrar a la casa, pero como nadie me contestaba, subí a buscar a la señora. La puerta de su cuarto está cerrada por dentro”. Él supo que había llegado el momento, hacía tres años que sabía que iba a llegar ese momento. “Tire la puerta abajo”, le dijo, y permaneció esperando en el teléfono. Silencio, lejanos murmullos de conversaciones ligadas, y al rato la voz que vuelve: “Señor, no puedo abrirla”. Recordó el hacha en el garaje y le ordenó que partiera la puerta. Pensó en correr hasta Vicente López pero no lo hizo, se quedó esperando hasta que volvió la voz del chofer. Otra vez no podía, por supuesto, el hombre estaba asustado y quería testigos. “Vaya a buscar a algún vecino para que lo ayude”, dijo entonces y siguió ahí sentado, tratando de escuchar los movimientos. Un rato más largo y otra vez la voz, lejana pero clara, que ahora sí le daba la noticia.

Recién ahí colgó. Llamó a su secretaria y le pidió un remise. La mujer se quedó mirándolo. “Apúrese por favor, me voy a casa –le dijo-. Esta caraja se ha pegado un tiro”.

Una nota y una carta

Todos sabían que tenía el revólver. Lo había comprado unos días antes en una armería de Olivos y estaba ahí, al alcance de todos, en un cajón de la cómoda. Aunque ya le había hecho pasar algunos sustos, Juan Manuel sabía que esta vez era en serio. Se limitaba a esperar. La idea de internarla le parecía disparatada, y sabía que no había otra cosa que hacer más que esperar. “Es imposible impedir el suicidio”, me dijo.

Mientras tanto, ella jugaba con la idea. Varias veces se había intoxicado con pastillas, y hasta se había subyugado con los precipicios. Una noche, comiendo en casa de amigos, se levantó de la mesa y salió al balcón. Su marido la observaba mientras se paseaba entre los canteros y miraba hacia abajo, y también vio cuando el dueño de casa, Bernardo Sofovich, se acercó a hablarle. Según comentó después Sofovich, conversaron un rato y finalmente Marta le dijo: “En algún momento creí que iba a tirarme por el balcón”. Pero finalmente volvió a la mesa y Juan Manuel respiró. Cuando se fueron, sin embargo, la retó: “No le podés hacer eso a un amigo, no es justo, no tenés derecho”.

Después vino lo del revólver, y antes, la compra de la parcela en el cementerio Jardín de Paz. Le insistió tanto que él se la compró, y para ella fue como una fiesta. La noche de la compra fueron a lo de la escritora Alina Diaconú, quien recuerda la alegría con que Marta le contó que al fin había convencido a Juan Manuel para que le comprara la parcela. En ese momento no pudo entenderla, pero después, atando cabos, comprendió. Recordó aquella comida en el restaurante Re dei Vini, la última vez que la vio con vida. Alina se iba a los Estados Unidos con una beca y cuando se despidieron, la abrazó y le dijo: “No te voy a ver más”.

Mientras tanto, Juan Manuel callaba. Unos días antes habían ido a una fiesta que organizó Félix Luna, otro de sus grandes amigos, en su chacra de

Capilla del Señor. Luna festejaba su cumpleaños, había muchos invitados y todos la vieron como siempre, conversando con uno y con otro. Como recuerda Antonio Salonia, quien estaba en la reunión, “los problemas en el rostro, consecuencia de las distintas cirugías estéticas que terminaron desfigurándola, eran muy evidentes. No obstante, ella se paseaba y saludaba a todos los conocidos que tenía en distintas mesas, muchos de los cuales la vieron allí por última vez”.

En esos días fueron también al casamiento de la hija de Magdalena Ruiz Guiñazú, y allí también se mostró muy animada. A los novios les regaló dos mantas escocesas, explicando que se trataba de un obsequio práctico: en la pareja, cuando uno tiene frío en los pies, el otro no. Un par de noches después, invitó a un grupo de amigos a comer. “Y preparó sopa, como siempre”, recuerda Magdalena. Dos días antes de suicidarse, también comió en su casa Eduardo Gudiño Kieffer, otro amigo cercano de Marta y su marido. Y al día siguiente, el anterior a su muerte, fue a la peluquería de Miguelito Romano y más tarde, a la inauguración de una muestra de Guillermo Roux. Hubo otra invitación que no llegó a concretarse: había citado a Dalmiro Sáenz para otra comida el sábado posterior a su suicidio. “Después me enteré que el día que me llamó para invitarme fue el mismo día en que compró el arma”, recuerda Sáenz.

Muchas veces le había propuesto a Juan Manuel que se matasen juntos. Le decía que no podría soportar que él muriese antes, y él le respondía invariablemente que la muerte no estaba en sus planes. También les había dicho a sus hijos que jamás la verían blanca en canas, que era muy sana y su temor mayor era llegar a vieja. Los años pasaban rápido y el cuerpo se caía, a pesar de los esfuerzos de Roberto Zelicovich y José Juri. El alma también se caía pese a los libros, la gente que la paraba por la calle, Juan Manuel, los hijos, el dinero y la figuración.

Y llegó el tiro, esa tarde del 8 de octubre de 1985. Se apuntó a la sien derecha, parada delante de un espejo. El Negro Villordo, que estuvo en el velorio, vio el orificio de bala que en su salida, perforó la madera del placard y aparecía dentro del círculo de tiza que marcó la policía.

Pero Villordo no fue de los primeros en llegar. Cuando Juan Manuel le ordenó a su secretaria que pidiera un remise, ella se ofreció a acompañarlo. Le contestó que no, porque le parecía que no correspondía, pero después cambió de idea y le permitió ir con él. En el camino a Vicente López pasaron por lo de Marta Juana, la única de sus hijos que vivía en Buenos Aires, pero no la encontraron. Al llegar, Juan Manuel llamó a Alberto Girri, a quien le dijo: “Nuestra amiga finalmente lo hizo”, y después se dedicó a los detalles prácticos. Girri fue para allá inmediatamente, y después le comentó a Villordo lo que vio al llegar: “Tenía la cabeza deshecha y el costado de la cara amoratado, por el golpe que se dio al caer. No era ni una cabeza ni una cara, sino lo más parecido a un guiñapo, a los destrozos en un muñeco relleno de aserrín”.

Sobre su máquina de escribir encontraron una nota, la única explicación que dejó. Estaba dirigida a Juan Manuel y decía: “Te amo. Te amo. Te amo, pero no puedo soportar esta prisión, no puedo soportar esta vida”. Unos días después, ordenando la habitación, encontraron una nota igual debajo del paño del escritorio.

La policía no molestó más de lo necesario. El sumariante de la Unidad Tigre escribió: “El día ocho del corriente, a las dieciocho y treinta, en la comisaría de la ciudad de Vicente López, se hizo presente el chofer de la familia Lynch, señor González, quien momentos después de haber trasladado al doctor Lynch a su domicilio, observó que en el dormitorio matrimonial yacía el cuerpo sin vida de Marta Lía Frigerio de Lynch, conocida como la escritora Marta Lynch. El cuerpo presentaba una bala de arma de fuego con orificio de entrada y de salida en la cabeza. Balística y médicos establecieron luego que el cráneo de la occisa tenía una herida de bala en la región temporal derecha con salida por la zona paroccipital izquierda. Se determinó posteriormente que la causa de la muerte se debió a un paro cardiorrespiratorio traumático producido por el arma de fuego, calibre treinta y dos largo, propiedad del señor Lynch. Se inició un sumario caratulado ‘Suicidio’. En el lugar del hecho se secuestró una esquela que la escritora dirigió a su esposo, donde daba detalles de la trágica decisión”. Las aparentes contradicciones (él no estaba en su domicilio sino en su escritorio, el revólver había sido comprado por Marta)

son, a criterio de Juan Manuel Lynch, producto de la tensión del momento. Fue el chofer Manuel González quien debió ir a la comisaría, en tanto que él contestó las preguntas de rigor, sin salir de su casa.

Esa noche se restringió la entrada. Según el diario *Clarín* del 10 de octubre, “Lynch explicó a los periodistas que se encontraban en la puerta de la residencia que se quería preservar el carácter íntimo del velatorio. También manifestó que se rechazaron las ofrendas florales porque ‘tienden a establecer un privilegio que a nosotros no nos gusta, es más importante que se ocupen de la obra que ella ha dejado’. Esta decisión fue llevada hasta las últimas consecuencias: según Alberto Girri, Juan Manuel mandó de vuelta una corona enviada por Amalia Lacroze de Fortabat.

Continúa *Clarín*: “Durante la mañana estuvieron presentes el historiador Félix Luna, el poeta Alberto Girri, el crítico y novelista Oscar Hermes Villordo, la actriz China Zorrilla y el pintor Raúl Alonso, entre otras figuras de los distintos ámbitos del quehacer nacional. El ex subsecretario de Educación de la Nación y actual candidato a diputado nacional, profesor Antonio Salonia, expresó su ‘profunda conmoción por la trágica desaparición de esta gran amiga’. Otro político, el justicialista Carlos Grosso, señaló que le sorprendía esta decisión final porque ‘siempre fue una persona luchadora’. El escritor Ernesto Sabato dijo que cuando se enteró, pensó: ‘Es un horror. Si es verdad que lo hizo por la vejez nos tendríamos que matar todos’”, declaración que indignó a la familia Lynch. “Sabato era amigo de mamá de toda la vida, fue uno de los pocos que leyó el manuscrito de *La alfombra roja*. No le puedo perdonar esta frivolidad”, me comentó Marta Juana.

Pero ésa no fue la única ofensa. En la edición del 10 de octubre de *Clarín* aparece un recuadro firmado por M.C. (Marcos Cytrynblum, secretario general del diario en esa época) en el que cuenta que la noche del día del suicidio, lo despertó el teléfono. Era el escritor Fernando Sánchez Sorondo, quien le dijo: “Perdoná el llamado. Pero estoy destrozado. Éramos muy amigos con Marta. Nos veíamos poco pero nos escribíamos mucho. Ella estaba muy deprimida, pero nunca imaginé un final así. Fijate que le había reservado turno con un médico que me sacó del pozo. Y creo

que ella estaba muy esperanzada, no entiendo... Vos sabés que esta mañana recibí carta de Marta”.

Cytrynblum saltó de la cama y se las ingenió para que Sánchez Sorondo le entregase la carta, que fue publicada al día siguiente en la portada del diario. Estos son algunos párrafos:

Querido Fernando Sánchez Sorondo:

He leído con mucha atención todo cuanto se dice de la medicina ortomolecular. Yo no sé cómo salvarme, a mi vez, del naufragio, pero no me gusta cansar a los demás con mis problemas. Ocurre que usted no es los demás, más aún, es una persona muy especial que me hace bien.

No me animo a tirar todo a la mierda e irme a vivir mi propia aventura, como usted dice, ni tengo la ayuda de la parapsicóloga que se le acercó después de Ampolla (1). ¿A falta de parapsicóloga no quiere, de veras, tomar un café conmigo? ¿Ya sea en mi casa que es muy acogedora o en un lugar neutral? En asuntos como éste yo hablo mejor que escribo y puedo asegurarle que no cedo ni un poquito a lo que llaman regodeo pajaril. Quiero ver al Dr. Maríncola, pero le advierto que usted omitió mandarme tarjeta alguna, seguramente se le olvidó, así que recibí la carta pero no los datos del doctor al que quiero ver a toda costa.

Fernando, de qué tarjeta me hablás, no me mandaste ninguna tarjeta, de modo que te ruego que me hagas llegar la dirección del Dr. Y su número telefónico.

Leo con verdadera y estimulante esperanza que esta ciencia es muy buena en caso de depresiones y angustias pero no entiendo un carajo la tesis de que todo se reduce a la alquimia y la cabeza, el adecuado equilibrio químico.

No creo que usted sea un paciente que ha recuperado su equilibrio hasta el punto de independizarse del propio Maríncola. Mi ideal sería independizarme de todos.

Lo único que padezco son insomnios y mi novela anda a los tumbos como todo en esta parte de la vida. Me hago cargo que escribe mientras desayuna a las dos de la mañana. A esa hora yo suelo bajar a comer arroz con leche Gándara, que es muy reconfortante.

Ahora lo dejo para seguir luchando con mis náuseas (uno de los tantos síntomas) y con el texto incipiente.

La paz sea con vos, señor, Fernando, envíame el teléfono de tu santo ortomolecular y recordame.

Marta Lynch

Clarín agrega un epígrafe: “Esta carta fue escrita anteayer y recibida en la mañana de ayer, horas después de la trágica decisión. La entrevista con el psiquiatra fue convenida para ayer a las quince. A esa hora, Marta Lynch recibía sepultura en un cementerio de la zona norte del conurbano”.

A criterio de Marta Juana Lynch, Fernando Sánchez Sorondo encontró en este episodio una manera de obtener publicidad, aunque después se arrepintió y pidió perdones que no le fueron concedidos. Sánchez Sorondo, por su parte, prefiere “no remover el tema ni por mí ni por Marta, los dos estábamos muy mal en esa época”. Y agrega que le contó la historia a Cytrynblum como amigo y no como periodista. “Jamás le di la carta con la intención de que se publicara, a lo sumo se la habré mostrado, no recuerdo. En realidad no sé cómo llegó a sus manos, tal vez fui muy inocente. Es una historia que me dolió mucho y no quiero recordarla”.

La revista *Gente* del 17 de octubre mostró en su tapa la imagen llorosa de Juan Manuel Lynch durante el entierro. En la larga nota que la revista dedica al hecho, Lynch declara: “Es como si mañana saliera una disposición municipal que anunciara que todos nosotros tenemos que construir casas sin techo y vivir de ahora en más al aire libre. Yo no puedo concebir una casa sin techo. Pensaría que voy a tener frío, que voy a sentirme desamparado, desprotegido, que no voy a saber vivir de esta nueva forma. Hoy siento exactamente eso. Quizá mañana uno se acostumbra a vivir sin techo. Pero no puedo saberlo”.

Nota

1.- Novela de Fernando Sánchez Sorondo.

La Negrita Frigerio

“Las cosas verdaderamente importantes son incontables, y las que pueden tener estado público, una vulgaridad. La verdadera biografía, el yo total, está en nuestros libros. A ellos debe acudir para conocer- entre líneas- nuestra naturaleza”.

Marta Lynch, *Biografía a mi manera*

Aunque no salió en los diarios, en el velorio estaba también una señora que en casi toda la noche no se separó de su lugar al lado del cajón. Cuando el Negro Villordo se acercó a saludarla, le comentó: “Tantos sacrificios para seguir los cursos en la universidad. Yo la levantaba de madrugada para que estudiase, le hacía tostadas para el café con leche. Y ahora esto. Todo por el miedo a envejecer. Míreme a mí. Mire mis arrugas. Uno debe tenerlas, eso no importa”. Después se dirigió directamente al cajón: “¿Por qué te hiciste esa cirugía que te cambió la cara? Esa no sos vos. Pero ella no, ella insistía con lo mismo. ¡Ay pobre hermana!”.

Era la primera vez que Villordo veía a esa señora, y ya no lo volvería a ver. Le impactó su aspecto, probablemente debido a la desesperación de ese momento: “Era gruesa, canosa, y estaba vestida de entrecasa”. El escritor Héctor Lastra, en cambio, la recordó como “una mujer bastante hermosa, de impactantes ojos verdes, aunque con algunos kilos de más”. No frecuentaba la casa de los Lynch, y tampoco lo hacía la madre de Marta. “Cuando éramos chicos, a mi abuela la veíamos una vez al mes. Era una mujer simple, pero muy inteligente. No venía demasiado a casa ni nosotros nos quedábamos con ella para que nos cuidara, de vez en cuando la íbamos a visitar”, recuerda Marta Juana.

Es muy poco lo que se puede averiguar sobre la vida de Marta Lía Frigerio antes de su encuentro con Juan Manuel Lynch. Los enigmas empiezan desde el año de su nacimiento, que ella siempre se encargó de ocultar. La fecha fue el 8 de marzo, pero no hay dos publicaciones en las que el año coincida, ni siquiera en sus propios libros. Mientras la solapa de *La señora Ordóñez* dice que nació en 1930, en *La alfombra roja* el año que

aparece es 1929, y la primera edición de *Los cuentos tristes*, de 1967, la presenta como una autora de treinta y seis años, lo que daría como consecuencia que su año de nacimiento fue 1931. “Incluso hay un rumor – yo no lo puedo confirmar- de que en algún documento hay signos de que habría cambiado el año de su nacimiento. Había procurado hacerlo bien pero igual se notaba, dicen quienes tuvieron acceso a ese documento”, dice su amigo Antonio Salonia.

En realidad nació en 1925. El 8 de marzo de 1925, a las once y treinta de la mañana, en una casa de la calle ocho y setecientos seis de la ciudad de La Plata. Allí pasó unos años de su infancia por un traslado de su padre, que era vista de aduana.

Al referirse a su lugar de nacimiento también fue ambigua. La solapa de *La alfombra roja* dice que nació en La Plata, pero en *Biografía a mi manera*, su único texto autobiográfico, declara: “He nacido en Buenos Aires y no me importan los desaires con que me trate la suerte, argentina hasta la muerte”. Y para aumentar la confusión que ella misma creaba, agrega: “Y aún así, no sé por qué se obstinan siempre en atribuirme otro lugar de nacimiento y otra fecha de aparición en el mundo”.

Tenía dos hermanos bastante mayores: María Emilia –la señora del velorio- y Reinaldo, quien murió en un accidente en los años 60 y tuvo una influencia importante en su vida. Le llevaba once años, era abogado, y por él no sólo conoció a dos personas que serán fundamentales (Juan Manuel Lynch y Rogelio Frigerio), sino que también fue decisivo en sus inclinaciones políticas. Reinaldo militó en el Partido Comunista y posteriormente se incorporó al Movimiento Obrero Comunista, una pequeña escisión del Partido que adhería al peronismo, dirigida por Rodolfo Puigross, quien sería rector de la Universidad de Buenos Aires durante el gobierno de Héctor J. Cámpora. Además, fue autor de varios libros: *Cuatro ensayos marxistas sobre historia nacional* (1947), *Teoría y práctica del desarrollo capitalista argentino* (1952), *El derecho de las masas y la interpretación regresiva de los jueces y juristas* (1953) e *Introducción al estudio del programa agrario argentino* (1954), con prólogo de Rodolfo Puigross.

Su padre, Adolfo Frigerio, murió en la década del cincuenta y su madre, Emilia Igoa Arbizu, vivió hasta 1960. Sus abuelos (Fortunato Frigerio, Raquel Paquintesta, José Miguel Igoa, María Francisca Arbizu) fueron inmigrantes italianos y vascos.

El ambiente social de Marta fue el típico de una chica de la clase media: “Mi educación fue una mezcla de virginidad prematrimonial, cánones rígidos, formación religiosa, cierto gusto charro en la decoración (alguna vez al teatro, cada tanto al Colón)”(1).

En distintos reportajes, describió su infancia como infeliz y atormentada, hecho que su hija Marta Juana atribuye a su natural inclinación al dramatismo. Por ser mucho menor que sus hermanos fue prácticamente criada como hija única, hecho sobre el cual también dramatizó: “Sufrí las desdichas y la soledad del chico único, del bicho raro al que nunca terminan de entender” (2).

Peinada con tres trenzas, la Negrita Frigerio asistía al colegio de monjas donde, aunque siempre fue rebelde, no hizo un mal papel. En tanto el vínculo con su madre estaba aparentemente basado en la admiración (“Mamá era muy bella y misteriosa”(3)), la relación con su padre lo hacía en el terror: “Durante mi infancia, papá se mostró como un macho atrabiliario y los objetos volaban por el aire a la menor provocación” (4).

La mujer misteriosa y el macho atrabiliario fueron los modelos (reales o no, qué importa) que forjaron el clima de fricción en el que se crió. Un clima que formó a “una chica que tuvo una infancia desdichada, tan desdichada que todavía le cuesta muchísimo desprenderse de ella” (5) y la arrojó a los brazos de los psicoanalistas, “que han sido los benefactores de mi humanidad” (6).

Con el tiempo, llegó a la conclusión de que su padre estaba loco por su madre. Pero en ese momento, los gritos y los objetos voladores sólo le provocaban pánico y rechazo. Cuando entró a la adolescencia, debieron dejar la casa de la avenida La Plata, muy cerca de Rivadavia, donde vivieron algunos años. Debido a un cáncer que padeció su padre, disminuyó el tren de vida familiar y se mudaron a un departamento en Rivadavia al 5500, también en Caballito.

Después del secundario –por supuesto, se recibió de maestra- quiso estudiar medicina, pero no la dejaron. Se inscribió entonces en Filosofía y Letras, donde fue “una alumna tan mediocre que, ni siquiera ahora que soy notoria, mis compañeros de estudios me recuerdan” (7).

De esa época fue también su primer matrimonio, que duró apenas un par de años y se empeñó toda la vida en ocultar. El fugaz marido se llamó Enrique Fignoni, se casaron en Buenos Aires el 12 de septiembre de 1945 - cuando Marta tenía veinte años y Enrique veintitrés- y uno de los testigos fue su querido hermano Reinaldo. Siempre saltó este episodio y al contar su vida, invariablemente pasaba de las trenzas a Juan Manuel Lynch. El propio Lynch justifica su actitud aduciendo que en esa época un divorcio era algo grave, mal visto. Su hija Marta Juana dice que casi nunca hablaban del tema y recuerda que “una vez mamá me dijo que su primera suegra era muy rica y a ella la odiaba”.

La escritora Martha Mercader recordó esta anécdota: “Hace muchísimos años participé con ella de una mesa redonda en televisión, donde se hablaba del divorcio. Yo me pronuncié a favor, y Marta dijo: ‘Yo nunca me voy a divorciar’. ¡Y era divorciada! No mintió, porque lo que no quería era divorciarse de Lynch”. Y su colega María Angélica Bosco agregó: “Ella decía que se había casado cuando estaba en la universidad, pero debe de haber sido el primer matrimonio. Yo creo que no lo suprimía porque hubiera borrado a ese primer marido, sino porque tenía una obsesión con los años”.

Quizá la clave de todos estos hechos esté en sus libros. Y fundamentalmente en *La señora Ordóñez*, que es su novela más autobiográfica. Blanca Maggi de Ordóñez nació en un típico hogar de clase media, hija de una madre severa y un padre distante y autoritario. Allí, entre copas de *baccarat* celosamente guardadas en el aparador y muebles de falso estilo *chippendale*, transcurrió su ávida infancia, hasta que conoció a un joven de familia rica, Pablo Aquino, y se casó con él. Pablo era inocente, rubio, hermoso, y “significaba en principio muchas cosas como irse para siempre de la calle Alberdi, y por el amor de Dios, eso equivalía a la otra vida, fuera del balcón”(8).

-Mucha felicidad, señora- dijo el cura.

¿Qué es lo que ha cambiado en mí entre el momento de entrar a la iglesia y éste, de salir? Soy la señorita Maggi, soy virgen.

-Gracias, padre –contestó.

Pablo se sacudía a su lado, respiraba entusiasmado y ella lo advirtió con envidia. Estaba transfigurado, exultante, rebalsando satisfacción. Iban a salir del brazo con Mendelssohn infaltable (cómo había desentonado el tenor del Ave María), infaltable Mendelssohn y de nuevo caras desconocidas, ávidas de curiosidad calculando el precio y la caída de su vestido de novia, algunas compañeras de colegio, nada que retener, nada que recordar. Su compañero de juegos del verano le salió al encuentro:

-Blanca, vine sólo a verte –le gritó con entusiasmo.

Estaba el fotógrafo contratado, y no bien puso un pie en el atrio, los curas apagaron de golpe las luces y el sonido del órgano, como si los hubieran empujado hacia la calle, a la algarabía de los curiosos y tantos invitados. Era el gran día. Nunca más atravesaría una nave de iglesia, era el instante, el hecho.

-Subí, mi amor – le dijo Pablo ayudándola en el automóvil entre empujones y advertencias.

-¿Estás contenta? – quiso saber-. ¡Y estás hermosa!

Él no cabía en sí de felicidad. Todo había sido perfecto, quería resucitar, revivir, embalsamar en la memoria lo que a Blanca se le antojara ya una ficción.

-Ah – gimió el muchacho recostándose en el respaldo de pana-. ¡Quisiera que todo ocurriese de nuevo!

Blanca no pudo comprender entonces aunque se esforzó. Vio la calle de noche y la nuca del chofer que los conducía. Ella era la novia, señora, ¡qué hechizo el de ese extraño cura farsante! Pablo, de jacket, estaba deslumbrante; es decir, parecía un chico en la Primera Comunión. Le hablaba.

-Esto es la felicidad – pensó Blanca tercamente mirando hacia la calle -, la felicidad” (9).

Notas

1.- Revista *Somos*, 16/10/85.

2.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera* en *Toda la función*, Editorial Abril, 1982, pag. 53.

3.- *Ibidem*, pag. 55.

4.- *Ibidem*, pags. 54-55.

5.- Revista *Siete Días*, 17/10/85.

6.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 55.

7.- *Ibidem*, pag. 51.

8.- Lynch, Marta, *La señora Ordóñez*, Editorial Sudamericana, pag. 86.

9.- *Ibidem*, pags. 91-92.

Marta Lynch

Blanca Maggi volvió a salir de la calle Alberdi del brazo de Raúl Ordóñez, un médico que la atendió después de su viudez y con quien terminó casándose. Marta lo haría con Juan Manuel Lynch.

Juan Manuel tenía su estudio de abogado en el centro. Un día lo llamó Reinaldo Frigerio, un viejo compañero de colegio al que no veía desde hacía años, para pedirle que atendiera a su hermana, la Negrita, aquella que correteaba con sus trenzas por la casa cuando se juntaban a estudiar. La Negrita andaba en problemas, quería divorciarse y necesitaba un abogado.

A la hora en que se disponía a atenderla, él se dio cuenta de que se había quedado sin cigarrillos. Bajó al quiosco y estaba volviendo a su estudio cuando vio a una mujer morocha y delgada que se le acercaba. Ella lo había reconocido, él no. La miró y se enamoró, como a veces pasa.

“Era muy linda”, me dijo, recordando ese momento. No sólo la divorció sino que él también decidió separarse: dejó a su mujer y sus tres hijos y al poco tiempo estaban viviendo en una casa chiquita en la calle Madero, justo enfrente de la que comprarían años después y donde vivirían hasta la muerte de Marta. En 1948 nació Enrique, después Marta Juana y por último, Ramiro. Y allí se armaría la burbuja, ese mundo aparte, sólido y privado que ella tanto lucharía por preservar.

Sin embargo, el proceso de separación legal fue largo: la sentencia recién fue dictada en 1955, cuando ya habían nacido los tres hijos. Se decretó culpa de ambas partes, ya que en esa época no existía el divorcio por mutuo consentimiento. Tampoco se contemplaba todavía la disolución del vínculo matrimonial, por lo que nunca pudieron casarse.

Un problema de salud de Marta opacó en parte la felicidad de esa época: “Siempre sufrió de asma, pero cuando nació Marta Juana contrajo tuberculosis. Se puso malísima, realmente salió de la tumba esa chica. Cuando el médico le dio permiso para levantarse, era la piel y los huesos – recuerda Lynch-. Pero después se mejoró. Unos años más tarde (cuando trabajaba con Frondizi) volvió a tener tuberculosis, pero ya las defensas estaban mejor y se repuso pronto. Hizo un viaje a Suiza –donde estaban Félix Luna y su mujer- que la ayudó a recuperarse. Cuando nació Ramiro se recompuso del todo. Parece ser que con el embarazo el diafragma ajustó el pulmón y eso hizo que los bordes de la herida se juntaran y cicatrizara. Pero siguió con su asma. Tenía su nebulizador, y a veces necesitaba tubo de oxígeno e inyecciones. En los últimos años estaba un poco mejor, pero en realidad siempre convivió con eso”.

Marta Juana considera su infancia como “bastante redonda”. Sus padres formaban una pareja muy unida y alegre y su casa estaba siempre llena de gente, se cantaba y se bailaba. Quienes conocieron a Marta en esa época la describen como una especie de tromba. Los vecinos todavía la recuerdan a bordo de su auto Bordward, revolucionando el barrio con sus excesos de velocidad y amenizando los cumpleaños de los chicos como una chica más. Era una presencia muy fuerte, que entraba y salía con igual rapidez. “Muchas veces yo iba a lo de Marta Juana a la salida del colegio y en general estábamos solas. La mucama nos servía el té y después jugábamos. La madre irrumpía de pronto, siempre muy elegante. Nos besaba, nos decía que estábamos divinas y después volvía a desaparecer”, cuenta una compañera de colegio de Marta Juana.

Más allá de los detalles, su casa era un hogar. Había clima de familia, se festejaban los cumpleaños y las Navidades (hay quienes aún la recuerdan disfrazada de Papá Noel) y la vida transcurría plácida con Juan Manuel en el estudio, Marta cuidando a sus hijos y dos mucamas entrerrianas a las que después, en varios reportajes, recordaría como “hermanas”. Los chicos en buenos colegios, viajes, salidas, los veraneos primero en Mar del Plata y después en Punta del Este, la mudanza de la casa chica a la casa grande. Fue una presencia fuerte para sus hijos, quienes la recuerdan como impulsiva, infantil, posesiva, pero excelente madre.

A Juan Manuel le enseñó una intensidad de vida que le era ajena. Con ella aprendió a disfrutar de una porción de pizza en un boliche, descubrió la seducción de arrodillarse ante el Papa para, inmediatamente, fascinarse con la charla de dos *Hare Krishna* que se paseaban por la plaza del Vaticano, se le reveló la sorpresa de llegar a su casa el día en que murió Eva Perón y encontrarla llorando junto a las mucamas. Él le dio la contención y la seguridad de un estilo de vida que sin duda necesitaba.

No faltaron los episodios tormentosos. “En casa había peleas, pero se hablaba todo”, dice Marta Juana. Una vez las cosas llegaron a mayores y Juan Manuel decidió irse. Se instaló en el centro, en el City Hotel de la calle Bolívar. “Mamá estaba como loca y me vino a pedir consejo a mí, que tenía ocho años. Yo le dije que lo que debíamos hacer era irnos todos al City, y así lo hicimos. Mamá nos puso a los tres en un cuarto y se instaló en el de papá a esperarlo. Al día siguiente, por supuesto, todos volvimos a casa”.

Mientras tanto, escribía unos poemas a los que años más tarde calificaría como “horribles”, y hasta se animó con dos novelas: *La luz sobre el espejo* y *Después del verano*, que llegó a ser finalista en el concurso Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral, con un jurado que integraban Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Augusto Ro Bastos. Nunca las publicó “por considerarlas absolutamente prescindibles, para mí, para los demás” (1).

Después entrarían en su vida Arturo Frondizi, Rogelio Frigerio y el desarrollismo (2). Y la burbuja empezaría tenuemente a resquebrajarse.

Notas

1.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 67.

2.- Arturo Frondizi fue el candidato presidencial de la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) y ganó las elecciones de 1958 después de una alianza que su enviado Rogelio Frigerio convino con Juan Domingo Perón en Caracas. Inteligente y audaz, se propuso modificar sustancialmente los hábitos políticos y el aparato económico con la

tesis del desarrollismo, basada en llegar al desarrollo nacional por la vía de la sustitución de las importaciones. Sin embargo, al llegar al gobierno se desdijo de gran parte de su prédica anterior.

Llegó la política

La oficina quedaba en Diagonal Sur y Perú. Allí el futuro Presidente había sentado sus bases, y el lugar era frecuentado por intelectuales que simpatizaban con el desarrollismo: Ernesto Sabato, Ismael y David Viñas, Félix Luna y Noé Jitrik.

Arturo Frondizi era uno de los principales dirigente radicales y venía de producir una división dentro del partido. Así, a la Unión Cívica Radical del Pueblo, liderada por Ricardo Balbín, opuso la Unión Cívica Radical Intransigente, desde la cual llegaría a la presidencia de la Nación. La mayor parte de los jóvenes militantes con inquietudes intelectuales y vocación transformadora lo siguieron, y allí también llegó Marta, sin ningún antecedente político ni literario bajo el brazo. Nadie sabe muy bien cómo logró acercarse, pero todos creen que fue de la mano de Rogelio Frigerio, con quien tenía una vinculación anterior. Aunque mucha gente insiste en decir que eran parientes (de hecho llevan el mismo apellido) en realidad no lo eran. “Conocí a Marta a través de Reinaldo, su hermano, del que era amigo desde nuestra adolescencia en La Plata”, me dijo Frigerio, y su versión coincide con la de Juan Manuel Lynch: “Rogelio era amigo mío y de Marta. Yo siempre me reía con ellos y les decía que solamente la chusma tiene el mismo apellido sin ser parientes”. Frigerio la apoyaba en sus inclinaciones políticas porque “la veía muy interesada, aunque en realidad su verdadera inclinación era la literatura y jamás llegó a tener peso político, aunque sí literario”.

Noé Jitrik, que en esa época era “una especie de secretario privado de Arturo Frondizi”, recuerda que en 1957 el candidato a Presidente le comentó que había una muchacha con deseos de colaborar con el trabajo que estaban haciendo. “Esa muchacha era Marta Lynch, una chica joven,

muy atractiva, muy simpática, muy exuberante, con la que rápidamente nos hicimos amigos”.

¿Qué hacía en ese grupo? David Viñas no lo recuerda. Antonio Salonia destaca que “no era una militante que cumpliera roles determinados”, y Noé Jitrik agrega: “No recuerdo bien el trabajo que hacía, pero sé que estaba en todas partes. Cuando empezó a trabajar con nosotros, comenzó también a hacer una vida social en el ámbito político bastante intensa. Hacía comidas en su casa con gente que pertenecía a ese grupo que más tarde se llamó Alem, y en el que estaban Félix Luna, Ismael Viñas, Aldo Ferrer y las personas vinculadas con Rogelio Frigerio. A Ernesto Sabato, por ejemplo, lo conocí en casa de Marta, era bastante amigo de ella y parecía propiciarla, ayudarla y estimularla. En ese entonces, Sabato era un tipo bastante divertido, estaba cerca del proyecto frondicista por el lado frigerista y parecía ser también bastante amigo de Juan Manuel Lynch. El marido de Marta también estaba presente en esas reuniones, y con él también hice una relación amistosa. En esa época, los proyectos políticos se mezclaban con un cierto tipo de vida porteña de salidas, de fiestas, de charlas. Nos veíamos permanentemente en el comité, las oficinas, las casas, las casas de fin de semana”.

Félix Luna, por su parte, reconoce que la participación de Marta no era demasiado destacada: “Más que nada se ocupaba de trasladar gente, porque era una de las pocas que tenía auto. No tenía experiencia, no era disciplinada y carecía absolutamente de envergadura y formación política”.

Al referirse a esa época, Marta no intentó atribuirse un rol más importante del que le fijó Luna: “Era tan chica que ni siquiera me llevaban el apunte. No tenía ningún peso político y además, confieso, tampoco tenía demasiadas condiciones. Me confundía, me encariñaba con la gente, creía en lo que me contaban. O sea que tenía todas las condiciones que no debe tener un político” (1).

Sin embargo, tuvo una relación intensa con Arturo Frondizi, y ese vínculo la marcó: “Me conoció siendo una chica sin formar, con pocas lecturas y un esquema de vida muy simple, y me introdujo en el mundo de la

política, un mundo terrible, poco recomendable para espíritus imaginativos y fantasiosos como los nuestros, pero que, sin embargo, le abrió la puerta a mi vida, le dio una nueva perspectiva. La política me sacó de mi comodísimo mundo de la calle Madero, con los hijos recién nacidos, el amparo del amor, de la casa, de esa somnolienta felicidad del no-ser. ¿Qué resistencias podían oponerse a mí? ¿El marido que me adoraba, los hijos recién nacidos, el bóxer que recién compraba, las dos muchachas entrerrianas que me ayudaban en los quehaceres domésticos y era como si fuesen mis hermanas? Era un mundo redondo, blando, perfecto. Y allí lo conocí a Arturo Frondizi, que irrumpió con su mundo y me sacó de esa blandura. Sufría horrores, la tarea política me costó un pulmón. Y ésta no es una frase. Me enfermé de los pulmones. Ahora que han pasado los años se lo agradezco. Algunos de los buenos rasgos de mi carácter –la fuerza de voluntad, por ejemplo- los extraje de él, a pesar de que hoy lo discuto porque estoy en las antípodas de sus conceptos y creencias políticas (creo que está equivocado y envejecido en sus ideas)” (2).

“Marta había establecido una relación con Frondizi más allá del grupo, iba seguido a su despacho y a veces lo acompañaba a lugares. Se movía mucho, tenía un interés muy grande en todo lo que estaba sucediendo. En ese momento era una persona muy apasionada, muy vehemente, con muchas ganas de hacer cosas en la vida, no directamente a través de la política sino de la proximidad con los políticos. No creo que tuviera un pensamiento político estrictamente hablando”, continúa Noé Jitrik.

Más allá de su inexperiencia, lo cierto es que comenzó a trabajar muy activamente en la campaña, aunque fuera en roles secundarios. Iba por el barrio casa por casa, tocándole el timbre a la gente para convencerla de que votara por Frondizi, y hasta llegó a pelearse con el almacenero cuando éste le dijo que iba a votar por otro candidato. “Dejó la comida que acababa de comprarle y se fue, avisándole que acababa de perder un cliente -me dijo uno de sus vecinos de esa época-. Además, le gustaba darse pinta diciendo que era amiga de Frondizi. Se lo pasaba diciendo ‘vengo de lo de Arturo’ o ‘voy para lo de Arturo’, y por supuesto, la gente comentaba”.

Así llegaron las elecciones, y Arturo ganó. Ella tuvo su recompensa: un cargo en el ministerio del Interior. “Recuerdo la sorpresa de mi familia cuando la vimos aparecer por televisión, muy parada al lado del ministro Alfredo Vítolo -continúa el vecino-. Y de cómo conmocionó el barrio cuando en la puerta de su casa aparecieron dos coches oficiales”. Uno de los coches le correspondió a Marta y el otro a Juan Manuel, quien asumió como director de Relaciones Laborales en el ministerio de Trabajo.

De todas maneras, su militancia en el desarrollismo no fue larga. Según Marta Juana, Frondizi le prometió lugares que luego no le dio y “mamá renunció pronto, casi al volver de Suiza”.

El viaje a Suiza es un episodio aparte. Una vez que asumió Frondizi, Félix Luna fue enviado a ese país como consejero de embajada. Junto a su mujer, la Negra, recibieron una carta de Marta donde les decía que estaba muy enferma de los pulmones y quería ir a visitarlos. Por sus constantes fantasías, los Luna se permitieron dudar de su enfermedad. Pero al verla comprobaron que era cierto: la encontraron desacomodadamente gorda, debido al tratamiento contra la tuberculosis que la atacó en esos años. Llegó con una designación diplomática y se quedó siete meses, que Luna recuerda como una vorágine en su vida. “Constantemente había que organizarle paseos, viajes, no quería parar un minuto, pero a pesar de sus locuras, nos divertíamos muchísimo con ella”. La diversión no terminó bien. El embajador Carlos Herrera empezó a exigirle a Marta que cumpliera un horario, teniendo en cuenta su designación diplomática, y la relación se deterioró a tal punto que el propio Luna se vio obligado a pedir su traslado. Debido a su relación con Frondizi, fue justamente Marta quien se ocupó de las gestiones, y así fue que Félix Luna pasó a desempeñarse en la Embajada Argentina en el Uruguay.

“Ella parecía tener una relación problemática con Frondizi -continúa Noé Jitrik-. De repente lo criticaba mucho, o criticaba el ambiente que lo rodeaba, pero al mismo tiempo no podía despegarse. Había una cierta turbulencia en el modo de presentar las cosas, yo me sentía un poco espectador de esa fuerza narcisista y exigente que a veces me irritaba. Una insatisfacción que estaba en el fondo de su nerviosidad y hacía que nada le resultara suficiente. Exigía mucho, necesitaba que se le prestara

una atención constante, si uno se distraía un poco lo consideraba una especie de alta traición. Era una mujer dinámica, simpática, ocurrente, graciosa, una serie de cualidades que la hacían muy atractiva. No era bella en el sentido convencional, pero supongo que cautivaría a los hombres. A lo mejor también me había cautivado un poco a mí, pero no pasaba de ser una amistad intensa y apasionada. Eso fue todo”.

Sus relaciones con la política fueron siempre conflictivas, y así lo demuestra en estos testimonios:

- “No sé por qué soy una escritora si me interesa más la política” (3).
- “Soy una escritora y no una política” (4).
- “No soy una escritora. Soy una política fracasada” (5).
- “Si volviera a vivir, no elegiría la literatura” (6).
- “Escribir es más que una forma de vida. Más que una manera de tomar la vida. Es –exactamente- la vida” (7).
- “Me gusta terriblemente la política y habría trocado gustosa un destino por otro. Dicho de otra manera: Indira Gandhi me parece un ser mucho más extraordinario y apasionante que Virginia Woolf, a quien venero” (8).
- “No sirvo para la política. No tengo implacabilidad ni frialdad. Tengo afectos y adhesiones” (9).
- “Si tuviera la felicidad de poder integrar un proceso revolucionario de cualquier índole que fuera, que significara la liberación y la realización de la República Argentina, puede evaporarse toda la literatura existente, que más real es mi trabajo donde me manden a hacerlo que todo lo que yo pueda escribir durante toda mi vida” (10).

Lo cierto es que detrás de todo esto hubo una gran frustración, ya que nunca llegó a ocupar un lugar político preponderante. Pero sus acercamientos al terreno de la política sí le sirvieron como tema para

algunos de sus más grandes éxitos literarios. De todas las consecuencias de su tumultuosa relación con Frondizi, hay una que modificaría su vida más que ninguna otra: su novela *La alfombra roja*, en la que describe las vicisitudes de un político inescrupuloso que alcanza el poder, y que la colocaría, de un día para otro, en un lugar privilegiado de la escena nacional.

A menudo ocurre que desde la tribuna experimento la sensación de doblegar voluntades, o me da fiebre, un deseo febril. Considerando que al acto de hoy hayan concurrido setenta mil personas, he debido sentir que estaban allí, un plano más abajo, como otros tantos brazos extendidos que me opusieran una breve resistencia, a los que yo empujara lentamente hacia atrás. Mover el pensamiento de la multitud sobre la plaza es una iniciación de poder, y hablar para la multitud hasta llevarla a vociferar mi nombre podría ser una forma de la posesión: como si tuviera una mujer debajo de mi cuerpo, justamente poseyéndola, con la sola diferencia que nunca una mujer me trajo un goce comparable (11).

Notas

- 1.- Revista *La Semana*, 26/8/81.
- 2.- Revista *Semana Gráfica*, 26/3/71.
- 3.- Diario *La Nación*, 22/2/80.
- 4.- Revista *La Semana*, 26/8/81.
- 5.- Revista *Para Ti*, 16/5/83.
- 6.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag.52.
- 7.- *Ibidem*, pag. 66.
- 8.- *Ibidem*, pag. 57.
- 9.- Revista *Gente*, 23/3/78.

10.- Revista *Extra*, mayo de 1969.

11.- Marta Lynch, *La alfombra roja*, Fabril Editora, pags. 12, 13.

La alfombra roja

Marta comenzó a escribir *La alfombra roja* antes de romper su vínculo con Arturo Frondizi. Así lo aseguran Antonio Salonia y Noé Jitrik. “Mientras afirmaba su identidad y su apoyo a Frondizi, ya trabajaba en su producción literaria”, dice Salonia, y Jitrik agrega: “De toda esa experiencia quería sacar algo `para hacer una novela’, según me confesó. En determinado momento, no recuerdo bien la fecha, antes de que Frondizi asumiera la presidencia, me dijo que tenía un borrador de ese libro que se iba a llamar *La alfombra roja*. Ella quería que yo lo leyera. Le dije que sí, pero me puso condiciones: no quería que tocara nada, simplemente una opinión y a lo sumo alguna puntuación. Estaba muy convencida de lo que quería hacer, y lo que hizo fue una construcción de todo ese período haciendo actuar una cantidad de tópicos relativos a la novela de políticos, no de política: el político ambicioso que quiere llegar y la mujer que lo sigue y sin embargo se ve defraudada porque las ambiciones del político lo sacrifican todo”.

Cuando terminó la novela, la asaltaron una serie de dudas que, como siempre, su marido se encargó de disipar: le ordenó a su secretaria que tipeara las copias correspondientes y las enviara al concurso que organizaba la editorial Fabril. Años después, ella se referiría así a este episodio: “Todo cambió a mi alrededor cuando en el concurso de Fabril el jurado señaló *Sudeste*, de Haroldo Conti, que fue como mi hermano, y *La alfombra roja*. No todo el jurado: votaron por mí un hombre excelente y un buen escritor que es Jorge Masciángoli, María Angélica Bosco (a quien Jorge convenció) y Amaro Fernández. Ni Marco Denevi ni Marcos Victoria creyeron en el libro, y la vigencia de *La alfombra roja* mucho después

confirmó su equivocación. Marco Denevi sigue sin creer; una especie de cábala” (1).

En realidad, aunque Marta no lo aclara, el primer premio fue para Haroldo Conti. “Había un libro para premiar que era *Sudeste*, de Haroldo Conti. No se podía discutir, pero entre los libros presentados, también estaba *La alfombra roja*. Nos llamó la atención, nos pareció un libro bien escrito, muy interesante, con mucha pasión, y entonces le dimos una mención –recuerda María Angélica Bosco-. Marta empezó su carrera así, con ese premio de Fabril, y se hizo muy amiga de Haroldo Conti. En aquel tiempo, después del concurso, me enfermé, así que en el momento en que iba a aparecer el libro todavía no podía salir de casa. La invité a comer y me llamó la atención su personalidad: era una mujer muy atractiva, con mucha fuerza. A partir de ese momento nos hicimos amigas”.

La novela se presentó en la librería Falbo de Florida y Cangallo, y efectivamente su vida cambió. “Todo el mundo leyó *La alfombra roja*, todo el mundo buscaba entre líneas a Arturo Frondizi en los personajes que ella citaba”, recuerda el escritor Horacio Salas. “Seguramente nunca valoró el hecho de que le prestaran tanta atención de entrada. No tuvo que sufrir como tantos escritores jóvenes que no consiguen espacio”, agrega Noé Jitrik.

Con la pasión de siempre, esta vez se volcó a la literatura: “De ahí arranqué con una verdadera prisa desesperada en una carrera que ni aún hoy parece encontrar reposo”, declaró poco antes de su muerte (2).

Se convirtió en una intelectual moderna, con inclinaciones políticas definidas, y las reuniones en su casa resultaban animadísimas: se hablaba de política y de ideas, y las novedades culturales se comentaban con pasión. “Ella tenía esa vocación por juntar amigos –continúa Antonio Salonia-. Tenía distintos grupos que invitaba a las reuniones en su casa. Yo formaba parte de uno junto a José Enrique Miguens y Aldo Ferrer, entre otros. Con cierta periodicidad nos reuníamos, y los temas de conversación giraban alrededor de la política. Pero también tenía amigos en el mundo de la literatura. Mantenía buenas relaciones con Silvina Bullrich, por

ejemplo. Más de una vez estábamos cenando y Silvina la llamaba por teléfono”.

Mientras tanto, seguía escribiendo. Y en lugar de apoyarse en una fórmula que ya le había mostrado sus frutos, optó por experimentar. Su segunda novela fue *Al vencedor*, donde describe las aventuras de dos jóvenes marginales que acababan de terminar el servicio militar. No logró el éxito de *La alfombra roja* y eso le dolió bastante: “Nada me habría costado escribir otra *Alfombra roja*, torrencial y vivísima, dados mi temperamento y mi fluidez expresiva. Sin embargo, quise dar un ejemplo de responsabilidad y elegí una novela de expresión seca, sobria, sin ligazón alguna con experiencias previas, totalmente fantasiosa y de gran esfuerzo imaginativo” (3). El libro fue bien recibido por sus colegas escritores, que en general lo consideran uno de sus mejores trabajos, tanto por su fuerza expresiva como por el tratamiento del lenguaje. Luego publicó su primer libro de cuentos –*Los cuentos tristes*– y tampoco obtuvo demasiada repercusión. En ambos casos, hasta llegó a tener algunas críticas adversas.

Pero su imagen siguió creciendo, al igual que su vida pública. No había concurso que no la convocase como jurado, ni congreso de escritores al que no asistiera. No había estreno de teatro ni exposición de cuadros importante donde no estuviese. En plenos años sesenta, el movimiento era constante: María Rosa Oliver le pidió que presentara su libro, Inda Ledesma y Jorge Lavelli la invitaban a sus estrenos, y Rómulo Macció a sus exposiciones. Era amiga de Manuel Puig y se carteaba con Julio Cortázar. Asistía a las filmaciones de Leopoldo Torre Nilsson, donde era tratada con mucha deferencia. Germán Rozenmacher la respetaba, al igual que Leonardo Favio. Abelardo Castillo le tenía un gran aprecio y los escritores jóvenes la definían como una persona lúcida y generosa: siempre estaba al tanto de lo nuevo y apoyaba sin envidias ni resquemores.

Jorge Asís la recuerda así: “Fui muy amigo de Marta. Diría más: me emociono cuando hablo de ella. Cada vez que pienso en mis muertos, también. Uno de mis libros, *Cuaderno del acostado*, está dedicado a Marta Lynch. Ella decía que yo era una fuerza de la naturaleza y que en eso se identificaba conmigo. Yo vendía cursos de escritura coordinados por escritores, el anticipo de lo que después serían los talleres literarios.

Mi trabajo era un laburo como cualquiera. Tenía veinte años, buena pinta, vendía cosas por la calle durante el día y por la noche me ponía una buena pilcha porque siempre podía levantar a una dama por ahí. Yo escribía. No decía mucho que lo hacía, pero escribía. Una vez, Marta –que formaba parte del plantel de escritores que daba los cursos- pidió a los alumnos que escribieran algún cuento, que ella después iba a analizarlos. Metí uno mío y cuando Marta lo leyó, dijo que le había llamado la atención un monstruito que iba a tener mucho porvenir en la literatura argentina. Así empezó nuestra amistad. Junto con Bernardo Kordon, fue una de las personas que me tomó en serio y me hizo pensar que podía ser un escritor. Había una cierta nobleza en reconocer y estimular a un tipo como yo, un atorrante del sur que quería desesperadamente escribir”.

Liliana Heker también la conoció en esa época: “Recuerdo la primera vez que hablamos. Yo era muy joven y había publicado un cuento en una antología que había editado Jorge Álvarez titulada *Crónicas del amor*, que incluía obras de monstruos sagrados como Dalmiro Sáenz, Marco Denevi, Silvina Bullrich y Leopoldo Torre Nilsson. Estaba sola en la presentación, medio perdida, y Marta se me acercó”.

“A Marta uno la veía en los diarios, en las revistas –recordó María Esther de Miguel-. Era muy generosa. Algunas veces daba dinero y otras, hacía recomendaciones, que valían tal vez mucho más que el dinero que prestaba. Cuando había una reunión a la que no me invitaban, decía: ‘Llámenla a María Esther de Miguel’”.

Sobre este aspecto también coincidió Isidoro Blaisten: “Una vez, en una revista literaria, apareció una carta de Marta Lynch dirigida a mí, sobre mi libro *La felicidad*. ‘Su libro no es bueno, es excepcional’, dijo en esa carta, para mí fundamental. Ahí la conocí, me invitó a su casa a tomar el té. Siempre siguió siendo generosa, desinteresada y leal. Me apoyó, me defendió con minucioso esmero, me nombraba en todos los reportajes. Un día le dije que iba a enviarle un libro mío, y ella ya lo había comprado”.

En 1968 publicó su segundo gran éxito masivo, la novela *La señora Ordóñez*. Años después, lo recordaría así: “Por aquel entonces andaba por Buenos Aires un loco suelto que detectaba ‘talentos’. Nos detectó

(aceptando lo del talento) a Manuel Puig (*La traición de Rita Hayworth, Boquitas pintadas*), a Felix Luna (*El 45*), y a mí, con *La señora Ordóñez*. El libro era audaz y apabullante. ‘El libro de una bruta’, me decía asombrado y cariñoso Manuel Mujica Láinez. Jorge Álvarez vendió cinco ediciones de diez mil ejemplares cada una en menos de un verano” (4).

La señora Ordóñez es la historia de una mujer de clase media contada en dos tiempos: sus veinte y sus cuarenta años. Abarca buena parte del peronismo y “fue la primera vez que se habló de ese proceso vertebrador de la realidad argentina (para bien o para mal lo dirá la historia) sin rencor y objetivamente” (5). Como en todos sus éxitos, acá tampoco faltan las audacias: entre los personajes aparecen Juan Perón y Eva Perón, a quienes Marta no había conocido. A Perón lo vería años después, cuando integró el vuelo *charter* que lo fue a buscar a España. Sin embargo, “inventarlos me regocijaba tanto como planear las desventuras de Blanca, esa mujer intensa que ama con todas las vísceras que le dio la naturaleza, pero a la cual todo le resbala: hasta la historia argentina que pasa por su lado” (6).

Tuvo un éxito aún mayor que *La alfombra roja*, y a partir de allí Marta comenzó a tener una popularidad realmente masiva, más allá de los círculos intelectuales y literarios: “Sería imposible contar las veces que una mujer y otra me han detenido por la calle para decirme: ‘Yo soy la señora Ordóñez’. Aún las que nunca me han leído hablan de Blanca, la recuerdan” (7).

Definitivamente, ya era Marta Lynch. Era joven, inteligente, respetada, simpática, ambiciosa, rica y atractiva. La televisión, las revistas y los diarios (fundamentalmente el grupo Atlántida y el diario Clarín, que durante varios años estuvo vinculado al desarrollismo, con Octavio Frigerio a la cabeza) le ofrecían un tentador espacio donde explayarse. Y ella se esmeraba en seguir construyendo su personaje.

Notas

1.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag.161.

2.- Romano, Eduardo (comp.), *El cuento argentino*, Eudeba, 1986, pags. 161, 162.

3.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 60.

4.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 62.

5.- *Ibídem*, pag. 63.

6.- *Ibídem*, pag. 63.

7.- *Ibídem*, pag. 63.

El trío más mentado

No fue la única, por supuesto. Otras dos mujeres le disputaban el estrellato. Cada una a su manera, Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch se las ingenieron para crear un estilo que les dio sus mejores éxitos: trascender el ámbito de lo intimista y convertirse en críticas de la realidad. Es innegable que fueron audaces. Rompieron barreras, avanzaron sobre prejuicios y sectores de poder y, hasta donde pudieron, lograron transgredirlos.

“Marta Lynch, Beatriz Guido y Silvina Bullrich, que fueron tan denostadas en vida y aún después de sus muertes, abrieron un camino en la literatura argentina y supieron expresar situaciones del país”, reflexionó María Esther De Miguel. Jorge Asís agrega: “Formaron un trío mediático de una fuerte presencia en la literatura argentina del momento. Cada aparición de sus libros era un acontecimiento social”.

También las recordó Bernardo Neustadt: “Marta Lynch era una mujer muy importante a la que la Argentina no le ha hecho un homenaje. Con Silvina Bullrich y Beatriz Guido eran el trío más mentado. Yo las llevaba con frecuencia a la televisión, y la gente me cargaba porque decía que no eran lindas. Eran inteligentísimas, creo que no han sido reemplazadas”.

Evidentemente, la época ayudaba: el país estaba todavía ajeno a las desgracias que sobrevendrían y los libros, considerables objetos de consumo, creaban una expectativa general que no se volvió a producir. En un ambiente literario en el que hasta el momento la única mujer que había descollado era la poderosa Victoria Ocampo, de pronto irrumpieron

Silvina Bullrich con *Los burgueses* y *Los salvadores de la patria* (donde describe la corrupción y las miserias de las clases gobernantes), Beatriz Guido con *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas* (donde analiza la alta burguesía terrateniente, su decadencia y la asunción del peronismo) y Marta Lynch con *La alfombra roja* y *La señora Ordóñez*.

Muchas lo intentaron, pero ninguna escritora argentina llegó a tener tal grado de popularidad. Más allá de lo que escribían y los temas que trataban, seguramente su éxito se debió a otra gran habilidad que compartían: lograron superar lo literario y convertirse en personajes. Marta lo reconoció expresamente cuando dijo: “Si existo es porque he trascendido mi función de escritora, porque como tal, sólo soy para pequeños grupos” (1). Así se hicieron esa fama de intelectuales audaces que las acompañaría casi siempre. A pesar de los errores, que como es sabido, muchas veces se olvidan con facilidad.

A partir de la publicación de *La señora Ordóñez*, comenzó “a escribir artículos a diestra y siniestra. Mucha gente me reconoce por ellos, por mis intervenciones públicas, por los reportajes, por la TV, más que por mis libros. No me importa. También aquella es una fase de la acción, de la presencia creadora” (2). Armó su personaje, y con un sentido innato del espectáculo, se fue abriendo camino en el difícil mundo de las estrellas. Porque mientras seguía escribiendo sus libros y participando de la vida literaria (donde siempre mantuvo su lugar), comenzó a compartir entrevistas con personajes de la farándula (Moria Casán, Susana Giménez), a escribir artículos de opinión sobre el rol de la mujer, el fútbol y sus viajes por el mundo, y a entrevistar a Edmundo Rivero, Palito Ortega y Sidney Sheldon. Hasta cantó boleros con Mario Clavel, y el tango *Sur* en el programa *Cordialmente*, que conducía Juan Carlos Mareco. Llegó a cosas realmente impensables, como ser la primera escritora argentina que logró que uno de sus libros –*La señora Ordóñez*– ingresara al mundo de la telenovela diaria (en 1984 por Argentina Televisora Color, con la actuación de Luisina Brando en el papel de Blanca Maggi).

“La invitaba a cuanto programa político o no político tenía –continuó Neustadt-. Tenía mucha imaginación, imaginaba mucho el futuro, aunque la política le gustaba más de lo que debía. Se enrolaba y participaba. No

era una administradora de nostalgias. Generalmente los escritores argentinos tienen nostalgias, tristezas, se hunden en laberintos estilo Sabato. Ella, en cambio, tenía mucha ilusión. Era muy vigorosa y tenía caídas, se venía abajo con facilidad y se levantaba con facilidad. Una vez vino a mi programa con Esther Vilar, la autora de *El varón domado*. Se enfrentaron y fue terrible, yo no podía pararlo”.

“Marta estaba en todas partes y tenía un sentido de la publicitación muy fuerte. Era su mejor jefe de relaciones públicas, muy simpática, muy entradora”, sostiene Horacio Salas, versión que coincide con la de Liliana Heker: “Era una figura que aparecía absolutamente en todas partes”. Jorge Asís agrega otro elemento (“Era una escritora más conocida que leída y respetada, su literatura sólo se sostenía con su presencia”), que completó en cierta forma María Esther De Miguel: “Lo que hacía que la gente se encrespara o la ninguneara era su capacidad para imponerse”.

“La conocí cuando publicó *La alfombra roja*, momento que coincidió con la aparición de mi primer libro –recordó Diego Baracchini-. Muchas veces salíamos de gira juntos por las provincias, donde nos divertíamos muchísimo. Recuerdo que una vez fuimos a una grabación un 24 de diciembre a las doce de la noche. Marta no se negaba a ninguna nota, siempre estaba donde había que estar. Luchó muchísimo por llegar adonde llegó, y además era una gran intuitiva. En una época en que aún no se utilizaban estrategias de comunicación, ella las utilizaba por instinto. Recuerdo una vez en que Nelly Raymond nos invitó juntos a un programa de televisión. De pronto, le preguntó a Marta: ‘¿A qué atribuí el enorme éxito de *La alfombra roja*?’ Y ella, ante mi asombro y admiración, miró a cámara y dijo: ‘A usted, señora. A usted, señor. A ustedes, que me leen y me siguen, debo mi éxito’. Cuando hacíamos esas giras por las provincias, me daba consejos acerca de cómo llegar a la gente. ‘Tenés que tener un método para llamar la atención, si no, ¿por qué te van a escuchar?’ -me dijo una vez-. Decí algo que no sea real y después desmentilo. Por ejemplo, al comenzar una conferencia, podés decir que Dante no escribió *La divina comedia*. Después seguís hablando de otra cosa, y al final terminás diciendo que sí la escribió”.

¿Cómo se llevaba con las otras dos reinas? Con Silvina Bullrich relativamente bien (tal vez porque era bastante mayor), pese a que había rivalidad. Con Beatriz Guido competía mucho más, aunque su hija Marta Juana la recuerda como amiga de la casa y rememora “los llamados desesperados de Beatriz cuando se peleaba con *Babsy*” (3).

“Ambas tenían cosas parecidas. Eran muy locas, con distintos estilos. Beatriz tal vez era más querible, Marta era más calculadora. Pero las dos producían mucho, y cuando sacaban un libro ponían toda su fuerza en funcionamiento”, dice el crítico Jorge Lafforgue.

“Eran los dos personajes fuertes de la época. A veces la gente las confundía, ya que eran bastante parecidas y tenían más o menos la misma edad –continuó Baracchini-. Una vez escribí una nota sobre Beatriz en una revista, y por error apareció que había nacido en 1914, cuando en realidad debió decir 1924. A Beatriz no le importó, pero si hubiese pasado eso con Marta, creo que me mataba”.

“Había una rivalidad feroz entre Marta Lynch y Beatriz Guido –recuerda Liliana Heker-. Nunca supe cuál era la verdad respecto de las edades porque cada una decía que era menor que la otra. Beatriz era una escritora notable, muy divertida, además. Marta, en cambio, no tenía sentido del humor. A veces parecían muy amigas, a veces enemigas, pero aún cuando actuaban de amigas, uno sentía una terrible vanidad”.

“Se detestaban. Las tres, con justificadas razones –agregó Eduardo Gudiño Kieffer-. Se peleaban entre ellas, discutían mucho, no se querían. Siempre había entredichos y problemas. Marta era una persona generosa, pero estoy hablando desde una condición masculina. Ese mundo de las tres, en cambio, era complicado. Igual es una lástima que ya no exista”.

Cuando Beatriz publicó su libro *La invitación*, Marta declaró en el diario *La Opinión* que la novela tenía “un aire estancado que pertenece a los cincuenta”, y también se refirió a los “furcios en los que se incurre cuando uno se plantea una narración de una clase a la que no pertenece” (4). Más allá de la agresión que supone este comentario, hay un elemento indiscutible: mientras Beatriz Guido se dedicó principalmente a la descripción de familias de clase alta, los personajes de Marta son típicas

figuras de una clase media a la que pertenecía y llegó en muchos aspectos a representar.

“Estoy casada con un hombre perteneciente al patriarcado argentino, pero no me considero dentro de esa clase, aunque tampoco reniego de ella. Soy una argentina típica, una mujer de clase media, lo fui y lo seré salvo que una catástrofe económica me sepulte en el proletariado. Mis criaturas son de la misma índole y aunque a veces he estado tentada de escribir acerca de la vida de una clase aristocrática, me he detenido a tiempo”, declaró alguna vez (5).

Pero el hecho es engañoso. “Marta se puso el Lynch y se vistió de Lynch toda la vida”, dijo Martha Mercader. Ya fuera porque firmaba con el apellido de su marido, o por cierto dejo aristocrático que sin duda fomentaba (hay ejemplos concretos: cierta vez, al referirse a su relación con el sacerdote Carlos Mujica, dijo: “Discutíamos durante horas nuestra función de `hijos de familias bien´(6) ; en otra oportunidad declaró: “Me reprochan cierto matiz aristocrático de buena crianza”(7)), terminó personificando en el imaginario popular, junto con Silvina y Beatriz, un modelo de intelectual de clase alta, con toda su aureola de sofisticación y elegancia. Silvina Bullrich, perteneciente a una antigua familia argentina, indudablemente lo era. Beatriz Guido, por su parte, era hija de un importante arquitecto rosarino que constantemente se preocupó porque su hija predilecta estudiara y viajara, y de una actriz que al casarse dejó las tablas.

Hay otro factor a tener en cuenta, que se encarga de señalar Liliana Heker: “Existe una diferencia con mi generación, en la que los escritores pertenecemos a la clase media y la pequeña burguesía. La generación de Marta Lynch tenía otros valores, entonces se endilgaban quién era de menos alcurnia. Marta Lynch decía que Beatriz Guido no era Guido sino Güido, con mucho desprecio, y Beatriz le endilgaba que no era Lynch sino Frigerio”.

¿Existía entre ellas, además de rivalidad, una cierta solidaridad de clase, no ya social sino sexual? Me permito dudarlo. En tanto Silvina declaraba constantemente lo difícil que le resultaba vivir y trabajar siendo mujer,

Beatriz intentaba que su literatura fuese asexuada, o que no se notase —o no importara— si había sido escrita por una mujer. Marta, por su parte, no renegaba en lo más mínimo de una condición que sin duda disfrutaba. Cierta vez declaró: “Nunca me ha irritado que se me juzgara como una mujer que escribe. No soy otra cosa más que una mujer que escribe. En ocasiones puedo hacerlo bien, mis caracteres masculinos son verosímiles, pero, ¿por qué o por quién habría de renunciar a ese hecho incontestable? Me irrita ese especie de engendros, de timorata y acomplejada ambigüedad, que insisten en su carácter de `escritor´. Yo soy, me siento, una escritora” (8).

Pese a los enfrentamientos y las contradicciones, el destino se encargó de unirlos una vez más. Por distintas circunstancias, las tres descansan ahora en ese espléndido lugar rodeado de enormes y cuidados parques sobre la ruta Panamericana, donde Marta le pidió a Juan Manuel que le comprara la parcela: el cementerio Jardín de Paz.

Notas

- 1.- Revista *Para Ti*, diálogo entre Marta Lynch y Moria Casán.
- 2.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pags. 63, 64.
- 3.- Leopoldo Torre Nilsson, marido de Beatriz Guido.
- 4.- Osorio, Elsa, *Beatriz Guido*, Editorial Planeta, 1991, pag. 199.
- 5.- Romano, Eduardo, *El cuento argentino*, Eudeba, 1986, pag. 161.
- 6.- *Mi último diálogo con el padre Mujica*, 19/5/74.
- 7.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 53.
- 8.- *Ibíd.*, pag. 77.

Los otros

Entre sus colegas generó algunos rechazos, pero cierta lealtad que sin duda poseía le permitió hacerse de afectos fuertes. Aunque tenía algunas amigas (como Alina Diaconú, a quien protegía) en general sus amigos eran hombres.

Eduardo Gudiño Kieffer la recordó así: “Fui muy amigo de Marta y de Juan Manuel, su marido, una de las personas más encantadoras que conocí. Cuando iba a comer a su casa, me sentaba al lado de él y nos moríamos de risa, a veces de los otros invitados. Ella organizaba comidas constantemente. Si yo le decía que tenía ganas de conocer a una determinada persona, la llamaba por teléfono y la invitaba. Teníamos una linda amistad, lo que sucedía era que ella era muy susceptible. Se ofendía por cualquier cosa, y uno no sabía por qué. Un día iba caminando distraído por la calle, ella pasó a mi lado y no me di cuenta, entonces pensó que no quería saludarla. Era muy vulnerable. Como le tenía mucho afecto y no quería ofenderla para nada, tenía que andar con pie de plomo para no lastimarla con zonceras. Recuerdo que una vez le dije: ‘¿Cómo andás, brujita?’ Se lo tomó tan mal que tuve que darle explicaciones, que no habrán sido muy convincentes. Era una mujer susceptible, impulsiva, con unas ganas tremendas de que la reconocieran”.

“Era muy buena amiga de sus amigos –cuenta Horacio Salas-. Por lo general nos reuníamos en el *Florida Garden*, era difícil que pasara una semana sin que nos viéramos. También venía a nuestras reuniones el poeta chaqueño Alfredo Veirabé, que en esa época viajaba a Buenos Aires una vez al mes. Formábamos una especie de trío muy lindo. La conocí

cuando publicó *La alfombra roja*. Empezamos a vernos seguido en distintos actos, pero nuestra relación empezó a incrementarse a partir de 1964. En enero de ese año se celebró la Fiesta de las Letras en Necochea y pasamos una semana junto con otros cincuenta escritores. Yo era muy joven y fui con mi mujer. Estábamos recién casados, eso le hacía gracia a todo el mundo, y Marta nos tomó como protegidos. Como gané un premio en Necochea, quince días más tarde me invitaron a la Fiesta de la Poesía en Piriápolis, Uruguay. Para mí fue tocar el cielo con las manos. Desayunábamos juntos, salíamos a caminar, hacíamos chistes. Charlamos mucho durante esos días. Ahí me enteré de que era catorce años mayor que yo, fue la única vez que me dijo su edad”.

Su relación con Manuel Mujica Láinez no tuvo desperdicio. Se conocieron en la Fiesta de las Letras en Necochea, y al poco tiempo volvieron a verse en la reunión de escritores en Piriápolis. Allí Manucho hizo su primera observación sobre Marta: “Una mujer muy inteligente, sensible, con pasión política, que se casó demasiado joven”. A partir de ese momento comenzó una fuerte relación, que no excluyó las confidencias sentimentales. Oscar Hermes Villordo, en su libro *Manucho, una biografía de Manuel Mujica Láinez*, cuenta estas anécdotas:

- Cierta vez que Manucho ganó un premio, ella decidió agasajarlo. Organizó una comida en su casa, y cuando llegó el momento de brindar, dijo ante el grupo de invitados: “Esta comida es para vos, Manucho, porque no sos zonzo como Borges, vanidoso como Ernesto (Sabato), ni vivís en París como Cortázar”. Se hizo un gran silencio y Manucho contestó: “Gracias Marta, porque es mejor tenerte de amiga que de enemiga”.
- Cuando Mujica Láinez publicó *De milagros y melancolías*, ella le escribió una carta vehemente: “Vos, que te has hurtado cuidadosamente a lo largo de toda tu vida literaria poniéndote etiquetas de casas, de hadas, de duques, de enanos, de donceles, de mujeres casquivanas, debés al país y te debés un libro sangrante y real que justifique esta etapa que vives ahora, que uno te ve vivir, etapa que a fuerza de disparatada es conmovedora y digna del mayor amor”.

- Cuando el autor de *Bomarzo* le reprochó que actuara en política, le contestó con otra de sus contradicciones sobre el tema: “Me dices en tu carta que no haga política. ¿Quién te ha dicho que lo hago, Manucho?”
- Él, mientras tanto, le daba consejos: “Metete en tus libros, Marta. Son nuestro gran socorro, nuestro gran privilegio. Escribe para ti y no para los demás (o por los demás)” (1).

Respecto del comentario a Mujica Láinez sobre Borges, años después la vi, en la presentación de un libro, arrodillarse a su lado mientras le tomaba la mano y lo miraba con devoción. Con Sabato mantuvo una relación de amistad, aunque luego se alejaron. Comenzaron a tratarse en la época de la campaña de Frondizi, él frecuentaba las reuniones en lo de Marta y fue uno de los elegidos para leer los manuscritos de *La alfombra roja*. Sin embargo, hoy es uno de los tantos que no quiere hablar. No terminó llevándose bien con ella, y le pareció “poco noble” recordarla después del suicidio.

En lo que concierne a Cortázar, evidentemente el hecho de que viviese en Francia le molestaba. En realidad le fastidiaba el exilio, ya fuese voluntario o compulsivo. Como veremos más adelante, llegaría a manifestarse en contra de los exiliados durante la última dictadura militar.

Refiriéndose a Cortázar, dijo que “su obra es más leída en la Argentina, aunque él no hable nunca de este país ni lo tenga en cuenta. Está totalmente desarraigado de la Argentina pero tampoco se ha arraigado en Francia, por eso pienso que la suya es la literatura del desarraigo. Cortázar es un cuentista genial, un novelista notable, pero hay que evitar convertirlo en un dios intocado e intocable. Su condición de argentino es muy relativa, es lo mismo que querer ser invitado a toda costa a una fiesta. Él no piensa volver, pero nosotros somos los que le dimos la fama. Y somos tan masoquistas que a toda costa queremos esgrimir su condición de argentino, cuando él la ignora. Lo que pasa es que Cortázar descubrió el sistema de no equivocarse. Muy simple: cuando se está lejos uno nunca se equivoca” (2).

En otro reportaje insistió sobre el tema. “¿Por qué le creamos esa fama de argentino?” –le preguntaron-. “Porque es muy fácil inventar un ídolo

para jorobar a los que estamos acá, a los que nos quedamos. Mirá, es así. Para embromar a Borges se lo exaltaba a Sabato. Para embromar a Sabato se lo exaltaba a Borges. Y entonces, para embromar a Borges y a Sabato salió Cortázar. Es decir, es un mecanismo muy argentino”(3).

Sin embargo, también se refirió a la “tremenda emoción” que sintió al conocer a Cortázar. Después de cartearse con él durante varios años, lo conoció en un viaje que hizo a París en 1969. Lo llamó por teléfono al día siguiente de llegar y le dijo: “Entonces, ¿es cierto que existís?” Se encontraron en el café *Les Deux Magots*, en Saint Germain des Pres. “Ni le cuento la batata que tenía cuando hablé con Cortázar por teléfono, batata que me seguía al otro día, cuando iba a encontrarme con él. Iba por la calle como si volara, porque aparte de admirar a Cortázar me gustan sus actitudes humanas. Y además yo lo había limbado a él con mis propias ilusiones. Veía en él al maestro, al escritor, al amigo” (4).

“Volvería a elegir a un par de amigos. Alberto Girri, por ejemplo, y la Negra Luna, bella y sensible”, declaró en una oportunidad (5). Con Girri se conocieron en 1975, a raíz de la muerte de un amigo común, Héctor Murena, marido de la escritora Sara Gallardo. Murena sufría del corazón y los médicos le habían prohibido el alcohol, sin embargo siguió bebiendo y así provocó su muerte. Según Juan Manuel Lynch, fue allí que Marta empezó a plantearse el tema del suicidio. En su libro *Escritos inocentes*, Griselda Gambaro relata una anécdota que le contó Sara Gallardo: “Cuando su segundo marido, Héctor Murena, se suicidó, al poco tiempo le habían hecho una sesión de homenaje. Contaba entre risas cómo Marta Lynch la había desplazado de su papel de viuda ubicándose en el estrado: vestida de viuda, decía, Marta se había apropiado en su discurso de Murena, poniendo de relieve una relación que según Sara nunca había existido” (6).

Alberto Girri y Marta se encontraban muy seguido en la confitería *Saint James* de Córdoba y San Martín, para “hablar de literatura y de nuestras vidas, nunca de política”. Frecuentemente, también, salían a comer junto con Juan Manuel. Su amistad fue tan grande, que al morir Girri en noviembre de 1991, la familia Lynch propuso que su cuerpo fuese enterrado junto al de Marta. En el Jardín de Paz, sobre sus tumbas, hay

una placa de mármol que dice: “Marta Lynch, escritora. Alberto Girri, poeta”. A continuación aparecen las fechas de nacimiento y muerte de Alberto. Las de Marta no están.

La Negra Luna reconoce haber sido una de sus grandes amigas y confidentes, y justamente por eso no quiso hablar. Félix Luna, en cambio, sí me contó algunas cosas. Dijo que era “generosa y extravertida, aunque demasiado centrada en sí misma. Se aparecía por lo de la Negra, que tenía un negocio de artesanías, y no le importaba interrumpirla en su trabajo si tenía alguno de sus dramas para contarle”. Y agregó una anécdota que a su juicio la pintaba de cuerpo entero: “Un domingo, estábamos con la Negra en nuestra chacra. Había una tormenta tremenda, estaba todo inundado y nos habíamos quedado sin comida. De pronto vimos aparecer un auto. Eran Marta y Juan Manuel, que aparecían de sorpresa. Bueno, en dos minutos improvisamos algo para el almuerzo, con lo poco que teníamos. Nos sentamos a la mesa y yo, que estaba bastante molesto por la forma de llegar, sin siquiera traer algo para el postre, escucho que Marta empieza a largar una perorata sobre el imperialismo. Y ahí exploté, porque sus declaraciones políticas, que aparecían por todos lados, a veces me indignaban, y le dije que cómo se atrevía a abrir la boca alguien que había defendido a Montoneros. En uno de sus gestos teatrales, Marta se paró y dijo que no podía permanecer en mi casa un minuto más. Se subió al auto y Juan Manuel, resignado, la siguió. Pero el coche estaba empantanado por la lluvia y no había forma de que arrancara. Así que de pronto, me vi en la ridícula situación de estar empujando el auto con Juan Manuel y los peones mientras Marta, como una reina, miraba displicentemente por la ventanilla. Yo estaba furioso, pero al día siguiente me llamó riéndose del episodio y me pidió perdón, así que por supuesto, la relación siguió como si nada. Así era Marta, o se la aceptaba o se la dejaba, y uno terminaba aceptándola”.

Cierta vez, le preguntaron a Marta Lynch qué opinaba de Marta Lynch. “Que es una persona bondadosa –dijo-. Desafío a que alguien venga a decirme que le he hecho algún mal. También soy una amiga leal, aún con los que no han sido leales conmigo. Soy una buena compañera de trabajo. Mis colegas conocen por experiencia la absoluta adhesión por la obra de

quienes despiertan mi verdadera admiración. Y eso no es frecuente. Por lo general, en nuestro oficio se silencian los méritos de los demás. O algo mucho peor: se los tergiversa. Pero como a mí la vida me ha dado otras cosas, aparte de la literatura, tengo una especie de blandura y carezco de desesperación por mi oficio, que es lo que muchas veces hace dura a la gente” (7).

Sin embargo, nunca admitió que atacaran su obra. “Tenía una relación fuerte con la crítica e insistía en que le sacaran comentarios más bien favorables. Mi mujer, Nora Dottori, hacía crítica literaria en la revista *Siete Días* y escribió una crítica feroz sobre una de sus novelas. Marta la llamó y le dijo de todo”, recuerda Jorge Lafforgue, quien después agrega: “Cuando publicó no recuerdo cuál novela, me pidió que la leyera. Pasó un tiempo y no la leí. Poco después hubo una reunión en el *Cinzano Club*, en Paraguay y Florida. Había que acceder al piso veinte y después subir por escalera. Ahí, en la escalera, me agarró y me preguntó si había leído la novela, qué me había parecido, si me había gustado. Yo le dije que sí. Era una mujer con la que se tenía un diálogo nervioso, al menos en mi caso. Era muy compulsiva, te agarraba y te decía que le sacarás una nota, si podía ser buena, mejor”. Por su parte, Alicia Jurado recordó que “cuando se publicó *La alfombra roja*, escribí una nota desfavorable en la revista *Sur* y ella se ofendió muchísimo”.

Al publicarse *Al vencedor*, una de sus novelas más queridas, la revista *Primera Plana* –dirigida por Jacobo Timerman e importantísima como formadora de opinión en esa época- no la trató bien. Comentando ese episodio, Marta dijo haber hecho “caso omiso de las bestialidades que se dijeron sobre ese libro” y agregó: “Un fervoroso `escritor´ que también hacía de periodista, Tomás Eloy Martínez, escribió: `La tierra baldía´ bajo una foto en la que yo estaba lindísima, menos mal. Jacobo Timerman llamó a otro periodista, Francisco Herrera, y le dijo: `Destruya a esa mujer´. Así se juegan las cosas en este país de Dios” (8). Sobre la poca repercusión que tuvo esa novela, también declaró: “Mario Benedetti, a quien tanto quiero y recuerdo, dijo en un seminario de la Casa de las Américas que yo, en plena oscuridad sudamericana, había inaugurado la interpolación de tiempos en la narrativa local. Pero quizá cuando esté

muerta, o cincuenta años después, se redescubra. Quizá –como siempre- lo descubra algún gringo estudioso, sin envidias ni prejuicios, en Michigan o Texas” (9).

“Cuando publicó *La señora Ordóñez*, escribí en *El escarabajo de oro* una crítica durísima –recuerda Liliana Heker-. Durante cierto tiempo, cuando nos encontrábamos hacía como que no me veía. Un año después, me llamó y me dijo que quería verme. Nos encontramos en el *Florida Garden* y justificó mi crítica. Me dijo que había escrito la novela muy apurada, que había varios errores y había decidido corregirla guiada por mi crítica. Me sorprendió mucho su actitud”.

Horacio Salas también relata un episodio: “Nunca había escrito un comentario sobre ninguna novela suya, no me gustaban lo suficiente como para escribir una nota elogiosa. Cuando publicó su último libro, *No te duermas, no me dejes*, me dio un ejemplar. Días después me llamó por teléfono y me dijo: ‘Horacio, te pido que me mandes una carta, aunque sea corta, muy elogiosa sobre mi libro, y que me la mandes con toda urgencia’. Nunca le escribí esa carta, y tres días después se suicidó”.

Sobre una crítica adversa a *Los cuentos tristes* comentó: “Una mujer horrorosa que se hundió luego en el anonimato los calificó en *Siete Días* como ‘los cuentos cursis’” (10). Al no recibir un premio que esperaba, dijo: “Leopoldo Marechal se había negado ácidamente a premiar *La señora Ordóñez* con la distinción Forti-Glori como el libro más popular del año. No pudo darse mayor injusticia. Mi Blanca Ordóñez podía no gustar: nadie podía negarle, empero, el haber sido popular –el más- durante el año posterior a su aparición” (11).

“Soy algo masoquista, sufro tendencias depresivas, desvalorización, y mi lucha por sobrevivir con cierta dosis de normalidad es un gran esfuerzo” (12), dijo, y era verdad. Sin embargo, al mismo tiempo luchaba como pocos por obtener algo parecido al ideal de la plenitud, en todos los frentes. Sin excluir, por supuesto, el frente sentimental.

Notas

- 1.- Villordo, Oscar Hermes, *Manucho, una biografía de Manuel Mujica Láinez*, Editorial Planeta, 1991, pags. 233-236.
- 2.- Revista *Gente*, 8/5/69.
- 3.- Revista *Extra* nº46, mayo de 1969.
- 4.- Revista *Gente*, 8/5/69.
- 5.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 52.
- 6.- Gambaro, Griselda, *Escritos inocentes*, Editorial Norma, 1999, pag. 22.
- 7.- Revista *Semana Gráfica*, 26/3/71. Entrevista de Diego Baracchini.
- 8.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pags. 60, 61.
- 9.- *Ibidem*, pags. 58, 59.
- 10.- *Ibidem*, pag. 61.
- 11.- *Ibidem*, pag. 64.
12. *Ibidem*, pag. 55.

Cuando Marta era feliz en Lima

A mediados de los años setenta, el Negro Villordo trabajaba como periodista en el diario *La Prensa*. Un día ingresó a la redacción un joven de unos veinticinco años. Tenía el cabello rubio, la cara infantil, casi aniñada, y se llamaba Héctor Izquierdo. Según Villordo, “entró al diario recomendado por un estanciero que era amigo del director. Éste nos pidió a un grupo de periodistas que lo ayudáramos, porque no tenía experiencia, pero los demás se cansaron pronto, porque no era muy competente”.

“Era un personaje simpático, aunque un poco altivo. En realidad era medio chanta –agrega Antonio Requeni, quien en esa época también se desempeñaba como periodista en *La Prensa*-. Creo que provenía de una familia de dinero, o al menos daba esa impresión. Era buen mozo, rubio de ojos claros, y había trabajado como modelo. Estuvo viviendo en Hollywood y también en Grecia, pero de periodismo no sabía nada, hasta tenía faltas de ortografía. Nosotros tratamos de ayudarlo, pero yo tuve un problema por eso: lo ayudé a escribir una nota y el jefe de redacción me llamó para decirme que era evidente que la nota la había hecho yo, y que por favor no lo hiciera más”.

Cierta vez, llegaron unas invitaciones para la Fiesta de las Letras en Necochea. “A mí me tocaba hacer la cobertura periodística, pero como las invitaciones eran dos, le propuse que también viniera –continuó Villordo-. Allá partimos, en tren. Recuerdo que en el viaje, Héctor charló muy animadamente con Alicia Jurado. A la mañana siguiente fuimos los dos a la playa, y al volver nos cruzamos con Marta Lynch, que estaba sentada en la

terraza de un bar, elegantísima, con una capelina blanca. No tuve ni tiempo de llegar al hotel que ella ya me estaba llamando. `¿Quién es esa belleza? ¿Lo acaparaste? –me dijo-. Presentámelo enseguida`”.

Así comenzó esta relación que duraría alrededor de dos años, y fue sin duda importante en su vida. Según Villordo, “lo protegía, le hacía regalos, y en cierta oportunidad me confesó que al fin le había llegado el amor: `Lo miro y digo: sos vos, verdaderamente sos vos, y estás acá´. Incluso lo llevó a El Paraíso, la casa de Manuel Mujica Láinez en Córdoba. Lo nombra en una de las cartas que le envió a Manucho, donde dice: `Es el ser más bueno y noble que conocí en mi vida. ¿Por qué dicen esas cosas de él?´ Cuando llegó el fin, lo llamaba al diario y él se hacía negar”.

Requeni también recuerda estos episodios, que llegaron a molestarlo. “No me gustaron algunas actitudes de Izquierdo. Primero se jactó de su relación con Marta, conducta que no me parece que corresponda a un hombre, y luego se jactaba de haberla dejado”.

Diego Baracchini tampoco tiene buenos recuerdos: “Nos veíamos siempre en un bar de la Galería del Este. Era una relación desapareja: Marta estaba pendiente de él, lo atendía constantemente, y en cambio él la trataba en forma displicente. Cuando estaba bien con él, ella brillaba. Izquierdo usaba el poder y el prestigio de Marta, de eso no hay duda. Siempre le pedía que vivieran juntos, pero si ella le hubiese dicho que sí, no sé qué hubiera pasado. A mí esa relación me molestaba bastante, porque ella se entregaba y él no. Además salía con otras mujeres, no era honesto con ella”.

Es probable que el Negro Villordo, quien nunca ocultó su homosexualidad, haya sentido celos del vínculo entre Marta y Héctor Izquierdo. Lo cierto es que mientras duró la relación, hubo cierta fricción entre ellos. Cuando escribió *La señora Ordóñez*, llegó la hora de la sutil venganza: Blanca Maggi de Ordóñez conoce en cierto momento a un inquietante joven llamado Rocky, quien se convertiría en un gran amor. El encargado de presentarlos fue Gigí, un homosexual al que describe con un cierto toque de patetismo: “Se moría por Rocky. Pacientemente lo seguía desde hacía un par de meses, intercambiaban poemas, acuarelas y algunas

confidencias. Lo sabían todo el uno del otro. Gigí había conseguido robarle unas fotografías que adoraba antes de dormirse, pero a Rocky le gustaban bárbaramente las mujeres y Gigí no había hecho otra cosa que llevarlo de la mano hasta su perdición; porque Blanca Ordóñez era la encarnación del mal” (1).

Quien tiene un buen concepto de Izquierdo es el escritor Héctor Lastra, que también lo conoció bastante a fondo: “Era desvalido como un chico. Algo agresivo, pero a la vez muy medido, respetuoso y sensible. Quienes digan que usaba a Marta, que se aprovechaba de su dinero y su prestigio, mienten. Era muy creativo y diagramó las portadas de dos de sus libros: *La señora Ordóñez* y *Cuentos de colores*. Me parece disparatado que digan que era un mantenido, cuando siempre se preocupó por su trabajo”.

Sin embargo, Lastra también recuerda que la relación entre Marta e Izquierdo “era, si se quiere, tumultuosa, con escenas que podrían parecer bastante violentas”. Y cita como ejemplo un episodio en el departamento de Izquierdo, en Talcahuano entre Santa Fe y Arenales, en el que tuvieron una discusión tremenda que fue interrumpida por un periodista que llegó para entrevistar a Marta. “Héctor quería que ella se separase, pero no lo consiguió”, finaliza. Félix Luna también recuerda cierta vez que Marta se refugió en su casa, después de una fuerte pelea con Juan Manuel por el tema de Izquierdo.

A Marta Lynch se le han atribuido muchas historias sentimentales y nunca hizo nada por desmentirlas. “Siempre se decía que andaba con varios hombres, tal vez porque ella cultivaba algo para que se pensara en eso”, reflexiona Jorge Lafforgue. María Angélica Bosco dice que “sus amores eran públicos, nunca fueron secretos”, y Diego Baracchini agrega: “A Marta le podías contar todo, porque todo le parecía poco. Necesitaba contar historias románticas, que alguien se había fascinado con ella y le había enviado un libro, una carta, una flor”.

Jacobo Timerman (quien contrariamente a su opinión, dice haber sido uno de los artífices de su fama por la difusión que le dio a *La alfombra roja* desde la revista *Primera Plana*) afirma que la gente se abalanzó sobre ese libro porque desde la revista se sugirió una relación amorosa entre Marta

y Arturo Frondizi, que ella nunca negó. Son muchas las personas que aseguran que ella misma fomentaba que se le crease una imagen de mujer fatal, y que lo mismo hizo con Rogelio Frigerio, Mario Vargas Llosa y Emilio Eduardo Massera, de quien hablaré después.

“Tengo una historia privada en Bariloche”, declaró en una oportunidad (2), y no puedo dejar de recordar una reunión a la que asistí poco antes de su muerte, en la que se acercó a un Vargas Llosa distante y le dijo: “Mario, qué suerte, te extrañaba, quiero que nos vayamos ya mismo a Bariloche en un avión particular”. Sin embargo, hoy Vargas Llosa guarda un “excelente recuerdo” de Marta: “Fuimos muy amigos, ella iba mucho al Perú. Era muy buena amiga, el entusiasmo encarnado. Si alguien había que jamás pensé que pudiera suicidarse era Marta Lynch, pues parecía tener un amor a la vida extraordinario. Yo estaba en Londres cuando se suicidó, pero la había visto poco antes en Buenos Aires. Salimos a almorzar y estuvo como siempre, llena de humor, chistosa. Era un personaje muy divertido, con mucho encanto. Nadie hubiera imaginado que tenía un trauma, una depresión interior que la conduciría al suicidio. Fue una sorpresa total”.

Además de Izquierdo, existen otros amores con evidencias comprobables. “Un gran amor de Marta fue el profesor peruano Abelardo Oquendo”, recordó Horacio Salas, y tanto Félix Luna como Alberto Girri reconocieron haber recibido sus confesiones sobre su relación con un profesor de letras peruano, que a su vez era casado y no quería divorciarse. “Era muy enamoradiza y nos contaba, a Alfredo Veirabé y a mí, sus ilusiones. Oquendo era editor de la revista literaria *La mosca azul*, y especialista en la obra de César Vallejo. Marta lo conoció cuando viajó a Cuba”, afirma Salas. A él dedica su libro *Un árbol lleno de manzanas*, y fue sin duda importante en su vida. Como veremos más adelante, el apoyo y la influencia de Oquendo serían fundamentales.

También vivió un amor con el escritor Roger Pla. Leopoldo Marechal y su mujer, Elbia, los recibieron en su casa una trágica noche en que habían decidido huir juntos. Durmieron en el living y al día siguiente partieron hacia Córdoba, donde sólo permanecieron unos días.

“Con Roger Pla era al revés que con Izquierdo, ya que él la quería – recordó Diego Baracchini-. Además, era otro tipo de vínculo. Pla era mayor que ella y tenía una carrera respetable, con mucho prestigio en su momento. El éxito y el prestigio eran muy importantes para Marta”.

“De su relación con Roger Pla me habló bastante –agregó María Angélica Bosco-. Pla iba a la casa, era amigo de la familia. Una vez, Marta y Juan Manuel viajaron a Mendoza, y cuando volvieron nos mostraron las fotos del viaje. Estábamos Juan Manuel, Roger Pla y algunas personas más. En una de las fotos, Marta aparecía abrazada a Juan Manuel. Roger, quien estaba un poco lejos de Marta, quiso ver las fotos, y ella se las compuso para hacerlas desaparecer. Juan Manuel, que no tenía un pelo de tonto, pescó la maniobra y fue la única vez que lo vi molesto. En otra oportunidad, fui miembro del jurado para el Premio Municipal de Novela junto a Marta y el Negro Villordo. Para los tres, el mejor libro era *Una sombra donde sueña Camila O`Gorman*, de Enrique Molina. Pero había otro libro para premiar, que era *Intemperie*, de Roger Pla. En esa novela, Pla alude mucho a Marta, y le pregunté si no le estorbaría premiarla. Y ella me respondió con que Juan Manuel estaban más allá del bien y del mal”.

Al igual que con Izquierdo, Marta se mostraba abiertamente con Pla. “Siempre nos encontrábamos en la *Richmond* de Florida”, recuerda Baracchini, y agrega Salas: “En la Fiesta de la Poesía en Piriápolis, ella estaba con Pla y no lo ocultó en ningún momento”. Sin embargo, Roger Pla estaba enfermo y no tenía una buena posición económica. Finalmente Marta lo abandonó, él quedó profundamente resentido y la utilizó como personaje literario en su novela *Intemperie*, bajo el nombre de Claudia.

El tema sentimental fue básico en su vida, causa de angustias y desazones tremendas que jamás ocultaba a sus amigos. Consultado al respecto, dijo Juan Manuel Lynch: “Nunca hablamos de esas cosas, no hay nada que me conste. Aunque lo que sí le aseguro es que nada de eso hizo peligrar en ningún momento nuestra relación. Fíjese si no a quién Marta dedica sus libros, del primero al último”.

Es cierto. Su primera novela, *La alfombra roja*, está dedicada “A Juan Manuel Lynch, con cuya ayuda espiritual, moral y aún física he podido vivir”. Y el último, *No te duermas, no me dejes*, aparecido poco antes de su muerte, “A Juan Manuel Lynch, siempre”. En el medio, las dedicatorias van desde “A la maravilla de mis hijos, Enrique, Marta Juana, Ramiro” (*Los cuentos tristes*), “A mamá, detrás de su muralla” (*La señora Ordóñez*), y “A Abelardo Oquendo, con profunda gratitud. A Falucho y La Negra Luna, mis hermanos” (*Un árbol lleno de manzanas*) hasta “A Alberto Girri. A Enrique Pezzoni (*Informe bajo llave*), por citar algunos casos.

Sin embargo, sus amigos lo contradicen: “Quien más puede hablar de todo esto es Juan Manuel, él sabía todo. Sabía que para mantener la armonía conyugal, ella tenía que dar rienda suelta a sus relaciones románticas. Así que Marta no ocultaba nada porque procedía con total libertad”, opinó Alberto Girri.

Félix Luna estuvo de acuerdo: “Marta y Juan Manuel tenían una relación fuerte y conflictiva, porque entre ellos hablaban todo. Ella no ocultaba sus romances. Sin embargo, no creo en todo lo que decía porque era muy fabuladora”.

En esto último también coincidió Girri: “Mentía respecto de los hechos, pero no de la realidad que ella daba a esos hechos, así que no sé hasta qué punto eran ciertas las cosas que contaba”. Marta Juana Lynch tampoco desconoce esas versiones, pero las toma con beneficio de inventario por su “carácter fabulador”.

Entre tanta ambigüedad, algo es innegable: aunque muchas veces les dijo a sus amigos que pensaba separarse (Salas, Luna y Girri recordaron al profesor peruano, Lastra y Villordo hablaron de su fantasía de irse a vivir con Izquierdo), el vínculo con Juan Manuel duró hasta el final y existió entre ellos una especie de armonía que no opacaron las escenas ni las separaciones fugaces.

“Compartíamos infinidad de cosas. Todas las tardes me iba a buscar al escritorio o a alguna de las empresas en las que me desempeñaba, o nos encontrábamos en el bar del Hotel Plaza o en el del Claridge. Charlábamos,

tomábamos una copa, y después nos volvíamos juntos a casa”, recordó Lynch.

“Una vez que estaba en Europa, su hija la llamó por un inconveniente que había con Juan Manuel y ella volvió inmediatamente. En esa oportunidad me contó que tenía problemas con el marido, aunque esta vez era él quien parecía que tenía un romance. Yo le pregunté qué quería hacer. ‘Mantener mi hogar’, me respondió, y yo le contesté: ‘Entonces dejate de joder’. Lo cuento porque otras personas después me comentaron que esa frase se hizo famosa. Juan Manuel le prestó un gran apoyo, porque Marta era una persona patética. No sé qué pueden decir los otros, pero yo la consideraba patética. Toda esa inestabilidad sentimental, esa manera de ser, venía de su desequilibrio mental. Siempre pensaba que no la consideraban bastante. Quería llegar al punto más alto, era como una angustia, una desesperación por conseguir eso. Además de figurar, ella no podía alcanzar esa armonía de vivir. No era una mujer común. Yo no era su amiga íntima, pero teníamos una relación de bastante cariño. No teníamos similitudes pero la comprendía, entendía su diferencia”, contó María Angélica Bosco.

En realidad, no se privó de casi nada. Tuvo su carrera, muchos amigos, entró y salió de su casa con libertad absoluta y viajó muchísimo, a veces con Lynch (“Íbamos todos los años a Europa: comprábamos la guía *Michelin*, alquilábamos un coche y salíamos a la deriva”, contó él con nostalgia), y muchas veces sola. Recordemos el viaje a Suiza con los Luna, que duró siete meses. Hizo incontables escapadas a Perú (en una oportunidad declaró que fueron cuarenta y dos (3)), y hasta llegó a alquilar un pequeño departamento en la avenida Arequipa.

Sobre uno de esos viajes, Horacio Salas tiene un excelente recuerdo. “En agosto de 1971, fuimos con Alfredo Veirabé y con Marta a un congreso de literatura y nos divertimos muchísimo. Tanto, que hay un poema de Alfredo titulado *Cuando Marta era feliz en Lima*, que da una idea muy clara de esa semana loca que pasamos. Nos reíamos de todo como chicos. Por ejemplo, Marta entraba a un negocio de antigüedades y decía: ‘¿Quién puede comprar esto? ¡Qué porquería!’. Éramos un trío de adolescentes en medio del serísimo encuentro, donde había gente

importante y se discutían temas importantes. A cada rato nos pedía que dijéramos algo trascendente, porque era una manera de lucirse con sus niños. Además, estaba Oquendo. Todo lo que dice Veirabé en su poema tiene su sentido”.

Cuando Marta era feliz en Lima/ la soledad saltaba de la niebla como un sueño/ aguda como una flecha de plata porque el tiempo había quedado derrotado/ entre ejércitos de cariños locos/ y todos éramos amigos: un Gran tesoro en el Museo del Oro/ esa forma de reírnos porque sí/ como gaviotas ebrias, en un cielo encerrado de recuerdos (4).

Participó también en congresos de escritores en Cuba, México y Ecuador, y pasó una temporada de dos meses en España, trabajando en su novela *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*. “Como siempre decíamos, yo era una especie de portaviones –agregó Lynch-. Ella salía y volaba, pero siempre volvía a la cubierta”.

Pese a ser tan confidente con sus amigos y mostrarse abiertamente con sus romances, siempre cuidó que esa parte de su vida no se mezclara con su imagen pública. Así lo demuestra el siguiente reportaje:

- *¿Qué se negaría a contestar?*
- Preguntas sobre mi vida privada. Me sacan de quicio y además, como soy terriblemente fantasiosa, es posible que, de decidirme, sólo contestaría irrealidades y mentiras.
- *¿Usted divide en dos su vida privada y profesional?*
- Absolutamente. Lo que vivo de verdad, eso lo sé únicamente yo. Y con quién.
- *Sin embargo, se la escucha opinando sobre los temas más opuestos.*
- Eso es responsabilidad profesional. Lo desafío a que me diga cuándo he hablado sobre mi amor, mi familia, mis dramas y mis embelesos interiores.
- *¿Así que es introvertida?*
- La peor de las introvertidas, porque parezco una atolondrada que larga todo lo que tiene adentro a la menor provocación. Y no hay nada de eso (5).

Con respecto al tema de la infidelidad, hizo algunas declaraciones en abstracto:

- “Me parece que es algo muy doloroso. Es algo muy triste, muy trágico, muy rechazante. Pero creo que acá también entran en juego las circunstancias. La infidelidad es una enfermedad del amor. Implica que hay una fisura en ese andamiaje que es la pareja” (6).
- “Ya es tiempo de que el hombre vaya aceptando esta posibilidad (la de la infidelidad de la mujer). Hasta hoy él únicamente tuvo permiso. ¿Por qué no puede tenerlo la mujer? ¿Por qué lo dice la educación que recibimos? (7).

De Juan Manuel Lynch sí habló: “Me han querido mucho. Me han amado mucho. He sido completamente feliz con el hombre con el que me casé y volvería a casarme con él si volviera a vivir otra vez. Juntos hemos tenido terribles problemas existenciales, que los hemos superado sobre la base de un profundo amor y de una denodada voluntad para no deshacer el lazo que nos había unido sin que nada mediara en ello, ni el interés, ni el qué dirán, ni la existencia de los hijos. Tanto el doctor Lynch como yo mentiríamos si dijéramos que nos hemos quedado juntos por una conveniencia o por la familia. Nos quedamos juntos el uno por el otro, a pesar de todos los altibajos, a pesar de todos los conflictos. Pienso que a él le debo la mitad de lo que soy. Lo conocí siendo una chica y Juan Manuel moldeó mi carácter y me ayudó: me ayudó a escribir, a sobrevivir en mis crisis, en las situaciones que ninguna otra persona del mundo (y mucho menos un hombre) lo hubiera hecho” (8).

“Siempre, al referirse a su marido, decía ‘el doctor Lynch’”, recuerda Horacio Salas. “No cualquier mujer puede tener una vida como la que ella tuvo y seguir contando con la protección del marido. Marta era una mujer que tuvo protección, y no me refiero sólo a lo económico”, reflexionó María Angélica Bosco, quien después agregó: “Una vez, un amigo mío estaba en París. Tenía que buscar a alguien en el aeropuerto, y de pronto la vio a Marta. No se conocían, pero él la reconoció porque ella aparecía en todas las revistas. Cuando Juan Manuel bajó del avión, la abrazó y le

dijo: `Querida, perdóname que te haya hecho esperar'. Eso no es de un matrimonio que se lleva mal, pues no tenían testigos”.

“Marta tuvo la suerte de tener al lado a alguien que la amara tanto”, aseguró Eduardo Gudiño Kieffer. Sin embargo, Lynch me confió: “Si ella hablara, podría contar cómo me apuntalaba a mí. Enriqueció muchísimo mi vida”.

Como siempre, lo que callaba aparecía en sus libros. Ya dijimos que Héctor Izquierdo le dio el material de inspiración para crear a Rocky, ese personaje ambiguo y seductor que trastornó la vida de la señora Ordóñez.

Quince años de arrugas, de masajes y cansancio físico son un buen bloque protector. Me dormí para soñar que alguien me descubriría en un hotel de citas. Más tarde era extorsionada por dos muchachas parecidas a mis hijas. Rocky reclamaba su parte. Me desperté gritando, pero Raúl respiraba con tranquilidad y el cuadrado gris de la ventana estaba encendido a medias. Pablo se desintegraba en su ataúd y yo dormía al otro lado de los riesgos con un subconsciente poderoso que me dictaba sueños insólitos, castigos y peligros de medianoche. Giré en la cama para dar gracias a Dios y para llorar con tristeza los quince inmundos años que quedaban descubiertos.

Pero al día siguiente la voz de Rocky en el teléfono era cortante e infantil. Titubeó al llamar.

-Soy Rocky- dijo (9).

Notas

- 1.- Lynch, Marta, *La señora Ordóñez*, pag. 175.
- 2.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 56.
3. Revista *Vosotras*, 12/2/81.

4.- Veiravé, Alfredo, *El imperio milenario*. En la contratapa incluye comentarios de Abelardo Oquendo y Mario Vargas Llosa.

5. Revista *Para Ti*.

6.- Revista *Gente*, 7/3/85.

7.- Revista *Gente*, charla entre Marta Lynch y Luisina Brando.

8.- Revista *Semana Gráfica*, 26/3/71.

9.- Lynch, Marta, *La señora Ordóñez*, pag. 192.

Cuba, el *charter* y el Movimiento

Pero escribir no fue su única actividad profesional en esos años, y paralelamente inició una etapa importantísima. En 1970 fue invitada a ser jurado en el concurso Casa de las Américas, en Cuba (oportunidad en la que conoció a Abelardo Oquendo), y de allí surgieron otras invitaciones: al Perú (donde luego iría tanto), a Ecuador, a Chile. En esos viajes se relacionó con Octavio Paz, Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez.

Cuba le fascinó. Y todo el apasionamiento puesto primero en el desarrollismo y después en la literatura, se volcó entonces a la revolución castrista: “Yo siempre dije que para la vida de una mujer no había ninguna experiencia más saludable ni más fuerte que la de tener un hijo. Lo sigo pensando, pero si me preguntan cuál de todas las otras experiencias es la que, en mi caso, más se acerca a ella, tendría que decir que es la impresión que sentí en 1970 en La Habana, Cuba, cuando comprobé que el dinero es agua. Es decir, mi vida está sujeta a otros cánones que no son cuadraditos de papel. Esa sensación, que sólo se recibe cuando uno ya ha pasado varias semanas allí, fue para mí equivalente a la experiencia de la maternidad, que por cierto ha sido exitosa y profunda” (1).

Antonio Skármeta, quien también participó de ese viaje, les comentó después a varios amigos: “Todo le parecía maravilloso. La llevaban a cualquier lugar, algunos de los más horribles, y a ella todo le parecía fascinante”.

A partir de allí, su pasión se trasladó a Latinoamérica: “El mundo de América prehispánica cayó sobre mi asombro, colmándome. De la muchacha balbuceante y atropellada de *La alfombra roja* salió una mujer ávida de nuevas lecturas, una devota del culto del idioma, una

investigadora de su propia interioridad. Uní, por primera vez, fondo y forma: había encontrado una voz. Marta Lynch subía sobre los hombros de Marta Frigerio haciéndola retroceder. Enhorabuena. Cálido y frenético pasó el tiempo y el tiempo dio paso a nuevos libros. ¡Cómo amé el Perú! ¡Cuán hondo caló en mí ese país entrañable en una naturaleza que aún no tenía forma definitiva! ¡Cómo es que me sentía serrana, costeña o selvática, según fuera a Lima, a Cuzco o a Iquitos! Vargas Llosa me recordaba sonriente: `Ya no hablas como porteña sino como una colombiana culta´. O si no, ese requiebro terrorífico: `¡Eres tan excelente que no pareces argentina!´“(2).

En 1970 apareció *Cuentos de colores*, libro por el que recibió el Premio Municipal de Literatura. El hecho aparentemente la sorprendió, porque años más tarde dijo: “Yo no soy escritora de premios. Fui siempre demasiado discutida, demasiado vista más por los ojos del prestigio que por la razón” (3).

Al comentar la aparición de esos cuentos (a los que definió como “algo serios, algo rígidos, duramente sujetos a una acuciante visión del mundo vigente”), aprovechó también para hacer referencia a una de sus más importantes historias de amor: “El premio coronó uno de los años más perfectos de mi vida, 1971. Y aún así, estaba tan absorbida por mis propias delicias interiores, por mi apremiante afán de vida, que no concurrí a recibirlo el día en que me lo otorgaron: estaba en Lima, comiendo en el Country, en un coqueto restaurante donde festejé privadamente aquel venturoso regalo” (4).

A esa altura su editor ya no era Jorge Álvarez, el rico y polémico personaje de la vida cultural argentina, con quien las cosas no habían terminado demasiado bien. “Nunca vi un centavo. De todas las veces que fui estafada en mi vida literaria –y fueron muchas- nunca lo fui tan absolutamente. Tampoco vieron un centavo Manuel Puig ni Falucho. Jorge Álvarez era, sin embargo, un tipo encantador, al que recuerdo con cariño. Quizá porque en esa época yo era feliz y estaba a punto de serlo más” (5). A partir de allí y hasta su muerte, publicaría en Editorial Sudamericana.

Cuentos de colores incluye un cuento titulado *El cruce del río*, que sería la base de su próxima novela, aparecida más adelante con el mismo título. El cuento tiene la particularidad de haber sido escrito en dos versiones: una cubana y otra local. “Yo lo había leído en la *Revista de Casa de las Américas*. Un año después apareció en *Cuentos de colores* totalmente cambiado, para uso local –cuenta el escritor Mario Goloboff-. En las dos versiones se relataban los últimos días de la guerrillera Tania y su asesinato en la selva boliviana. Pero en la versión cubana era un cuento guerrillero, y en la otra apareció totalmente lavado. Transformó toda huella política que había querido presentar a los cubanos y le quitó las referencias concretas de lugares y personajes. En la versión cubana, el cuento está dedicado ‘A Tania, ciudadana argentina y guerrillera, muerta por los soldados del régimen de Barrientos en Bolivia, agosto 1967’. En la versión local, simplemente se lee: ‘A María Estela Ocampo’. O Tania se llamaba María Estela Ocampo y no Tamara Bunke, o Marta Lynch cambió la dedicatoria”.

En esa época Goloboff y su colega Vicente Battista publicaban una revista titulada *Nuevos Aires*, y dedicaron una página a este episodio. El artículo termina diciendo: “Es inútil indignarse: todo coincide con la graciosa dualidad de esta autora; dualidad que le permite adherirse al nuevo régimen de Chile y ofrecer –días antes o después- una conferencia en el Salón Dorado del Jockey Club de La Plata con el candente tema: ‘Cómo descubrí París y comencé a amarla’. O declarar, al regreso de Cuba, su malestar por Buenos Aires. ‘¿Qué de Buenos Aires?’, preguntó entonces el periodista. ‘Los baches de sus calles –le escuchamos decir a la comprometida escritora-, no se puede conducir en paz’. Todavía no sabemos qué no puede conducir. Es posible que en un próximo cuento, para consumo externo, nos aclare si se trata de una troika, un *rickshaw* o un Skoda”.

Marta se enojó mucho con ese artículo y publicó un desagravio en *El escarabajo de oro*. También se ocupó de dar una larga explicación en un reportaje: “La muerte del Che Guevara me sumió en la desesperación. Sentí que estaba sola, no sola con los míos, que me comprendían, sino sola intelectualmente, es decir, había pocos escritores –por no decirte

ninguno- que entendieron lo que me yo sentía, lo que yo quería decir. Quizá sólo Dalmiro Sáenz, que es un hombre de gran sensibilidad. O Marechal. Por ese entonces leí *Reunión*, el extraordinario cuento de Cortázar, y de pronto me sentí confortada. Le escribí. Cómo habrá sido mi carta que en seis días fue y volvió la respuesta. Estaba desesperada. Entonces comenzamos a cartearnos, y en esa euforia de las cartas que iban y venían escribí un cuento, *El cruce del río*, y se lo mandé tal como había salido de la máquina, dedicado a la guerrillera Tania, porque él sabía lo que yo quería decir con eso. No le pedí que lo publicara en Cuba ni en ninguna parte. Sin embargo, Julio lo envió a la *Revista de la Casa de las Américas* y allí apareció. Mientras tanto, yo había recopilado las páginas que formaron *Cuentos de colores* y había incluido *El cruce del río*, pero en otra versión. Porque me había dicho: si yo pongo al Comandante como el personaje que dirige el grupo –según el cuento original- me escapo por la tangente, porque actualmente la figura del Che es tan indiscutida como podría ser la figura de Cristo. ¿Quién te va a cuestionar que hagas una alusión al Che Guevara? Al contrario, eso no es comprometerse ni arriesgar una opinión política. Entonces decidí poner en lugar del Comandante un teniente, porque un teniente del ejército argentino sí está en cuestión, sí hay que soportarlo las veinticuatro horas del día, sí hay que admitirlo en el planteo de un argentino medio. Un teniente o un capitán o un mayor o un general del ejército. Eso sí es dar tu opinión. El paisaje elegido podía ser el de cualquier lugar de nuestra América porque ese tipo de lucha no se da solamente en Bolivia sino en cualquier otro lugar del continente. También en nuestra Argentina, porque por más que queramos convencernos de que somos blanquitos, alfabetos, ricos y cultos, eso se va a dar en nuestro país. Ya se está dando. E hice una cosa que me pareció correcta en mi estructura cotidiana: le dediqué el cuento a la novia de mi hijo porque ella es una joven que tiene ideas progresistas, que pertenece a las nuevas vanguardias argentinas, cuya ideología es total y afortunadamente distinta a la que fue la mía, sideralmente opuesta a la de mis padres. Este cambio fue realizado con tanta honestidad que en junio de 1970 el libro estaba en manos de Mario Benedetti, que trabajaba en el Instituto de Investigaciones Literarias de La Habana, estaba en manos del poeta Roberto Fernández Retamar, y lo había mandado a mis amigos del

Perú, Chile, Colombia, Cuba y México. Si yo hubiese tenido una doble intención o hubiera querido ponerme el parche antes de que saliera el grano, ¿te parece que habría estado repartiendo el libro para que todo el mundo se enterara de la versión que yo había publicado en la Argentina? Además, quien me conozca a mí y conozca mi absoluta inconsciencia en materia de declaraciones -¡mi absoluta inconsciencia!- no puede pensar otra cosa. ¡Y el que lo haga, o está actuando de mala fe o no me conoce o me quiere embromar! Como esos jóvenes –no tan jóvenes- de una revistita que para vender más ejemplares anuncian en tapa, con grandes caracteres, un artículo contra mí dedicado a este asunto” (6).

“Al tiempo, yo estaba exiliado en Barcelona y Marta fue de visita – recuerda Vicente Battista-. ` ¡Qué alegría, qué ganas tengo de verlo!’, comentó cuando le dijeron que yo estaba viviendo allí. Cuando volví a Buenos Aires en 1984, la encontré en el Centro Cultural General San Martín y me saludó muy bien, como si no hubiese pasado nada. Mis peleas con Marta habían empezado antes del episodio de la revista. En una mesa redonda en la que participamos junto con Abelardo Castillo y Bernardo Kordon, después de contar su viaje a Cuba (`estuve con Gabo, con Julio, con Mario’) empezó a hablar del mercado editorial, cosa que ahora es común pero en esa época resultaba indignante. Entonces me harté y le dije que estábamos hablando de literatura, no de ventas. Se puso mal y me contestó: `Sos un resentido porque vos no vendés nada’. Después se levantó y se fue. En la nota en *El escarabajo de oro* hace mención a ese episodio”.

La novela *El cruce del río*, publicada dos años después, trascendió muy poco y sobre el tema dio tres versiones diferentes. Cuando en un reportaje le preguntaron si alguna vez había sido censurada, contestó: “Muchísimas veces. Tengo un libro que ha sido calificado de venta limitada. Es una novela, *El cruce del río*, y los librereros no lo pueden exhibir, vale decir, está sentenciado a muerte” (7). Sin embargo, en otra oportunidad declaró: “El intento falla por su base y la novela toda se resiente por un profundo desfasaje. La `prudencia’ de mis editores (no censura alguna) la ha sacado de circulación” (8). Y luego dio una tercera versión: “He tenido libros de ventas delirantes, como *La alfombra roja* y *La*

señora Ordóñez. Y otros que no se vendieron nada, como *El cruce del río*, a pesar de que yo creo que es una excelente novela” (9).

“*El cruce del río* se enmarca en aquella ficción intelectual nuestra que tenía que ver con la redención, con la justificación de la existencia a partir de la política, con la transgresión del orden y con otras cosas que hoy todos prefieren olvidar”, reflexiona Jorge Asís.

Porque además había descubierto el peronismo. La Marta Lynch que “cuando cayó Perón vivía en babia, absolutamente en babia” (10), la misma que en una carta le reprochó a Ernesto Sabato el hecho de ser amigo “de ese peronista de Marechal”, al volver de Cuba descubrió el peronismo revolucionario. “Si menciono tan largamente mi viaje a Cuba es porque esa Marta más exigente consigo misma y más generosa y justa con los demás (es decir la que volvió de la isla) al enfrentarse con las estructuras actuales del peronismo no sintió ningún malestar. O sea, lo que ofrece el peronismo a una persona de mi generación, en la plenitud de la vida, con la plenitud de sus fuerzas, con los riesgos, la aventura existencial y el esfuerzo que implica esta radicalización del movimiento peronista, es lo más coherente que se pueda encontrar. No hay una separación tajante entre una experiencia y otra: el peronismo de 1973 es lo más profundamente transformador y lo más revolucionario que se puede ofrecer en materia política y social” (11).

“En esa época le dijo a Bioy Casares: `¡Pero Adolfo! ¿Cómo podés no ser peronista? ¡Uno tiene que ser peronista!’”, recuerda Horacio Salas.

Todo empezó con una invitación que logró recibir para integrar el vuelo *charter* que trajo de vuelta a Juan Domingo Perón al país en 1972, después de un exilio de diecisiete años que comenzó cuando fue depuesto, en 1955. Tras tres años de gobierno militar asumiría Arturo Frondizi, quien también sería depuesto en 1962. Al año siguiente se convocaría a elecciones, y con el peronismo proscripto, asumiría el radical Arturo Illia, quien gobernó hasta 1966, cuando también fue depuesto por un nuevo golpe militar. Durante esos años, su dedicación a la vida literaria fue exclusiva y no actuó en política. Pero al final de ese proceso, cuando gobernaba el país Alejandro Agustín Lanusse, el viaje a Cuba y el regreso

de Perón, con toda la carga mítica que traía aparejada, le recordaron viejos entusiasmos. “No entiendo cómo llegó a ese avión, por arte de qué magia, pero puedo intuirlo”, acota Noé Jitrik.

Aunque luego se encargaría de aclarar que no era militante peronista y que viajó en el *charter* como mera observadora, su natural estilo la llevó a vivir los hechos con animación. Fueron ciento cincuenta las personas que viajaron, por distintos motivos. Hugo Del Carril, el sacerdote Carlos Mujica, Guido Di Tella, Chunchuna Villafañe, Miguel Bellizi, Juana Larrauri, Marilina Ross, Irma Roy, Lorenzo Miguel, Antonio Cafiero, Silvana Roth, Raúl Matera, Alfredo Gómez Morales y José María Rosa, entre otros, desembarcaron en una Roma neblinosa, que bajo el mediodía de noviembre les dio una “melancólica bienvenida” (12).

Allí se encontraron con el líder, quien había viajado desde Madrid con su pasaporte paraguayo. Fue la única vez que lo vio personalmente, aunque ya lo había retratado en *La señora Ordóñez*. Esa misma noche se dirigieron al *jet* de Alitalia que los trasladaría a Buenos Aires. En la cabina de primera clase, junto a Perón y su mujer, Isabel Martínez, viajaron José López Rega, Héctor J. Cámpora, Raúl y Norma Lastiri (yerno e hija de López Rega) y varios peronistas de la primera hora.

Mientras tanto, el régimen de Lanusse extremaba las medidas de seguridad. Ese lluvioso viernes 17 de noviembre, el aeropuerto de Ezeiza fue rodeado por treinta y cinco mil tropas, tanques y piezas de artillería. Unos trescientos espectadores cuidadosamente inspeccionados y mil quinientos periodistas lograron entrar. A la vez, numerosos grupos marcharon hacia el aeropuerto con bombos y pancartas, pero mucho antes de que pudieran llegar, una espectacular concentración de tropas lanzó una descarga de gases lacrimógenos que los obligó a volver atrás (13).

En ese clima, el D-C 8 blanco de Alitalia, bautizado con el nombre de Giuseppe Verdi, aterrizó en Ezeiza. Perón fue trasladado al hotel del aeropuerto, donde se decidió demorarlo. Los hechos eran transmitidos en directo por televisión, y allí se podía ver a varios pasajeros del *charter*. Yo seguía esos sucesos desde mi casa y sinceramente no recuerdo si apareció

Marta. Recuerdo, sí, haber visto y escuchado a Marilina Ross, desesperada por el cautiverio de Perón. Recién cuando amanecía el día siguiente, el general obtuvo su liberación y se trasladó a su casa de la calle Gaspar Campos, en Vicente López.

A pesar de sus afanes y entusiasmo, Marta fue en el *charter* una pasajera más, sin lograr ningún tipo de protagonismo. Tanto es así, que el resto de los pasajeros prácticamente no recuerda que haya estado. Sin embargo, en esa época circuló una anécdota bastante maliciosa, cuya veracidad no pude comprobar: Marta habría intentado conversar aunque fuera unos minutos con Perón, se habría acercado al sector de primera clase y solicitado ser atendida. Según esta versión, cuando un emisario le comunicó: “General, la señora Marta Lynch lo está esperando y quiere hablar con usted”, Perón respondió: “Ahora no tengo más tiempo, pero dígales a los muchachos de Villa Lynch que cuando llegue a Buenos Aires los voy a recibir”.

Pese a su desilusión por no haber logrado cruzar una sola palabra con Perón en todo el viaje (en un programa de televisión se quejaría por eso) es fácil imaginar la excitación con que habrá vuelto a su casa. Qué otra cosa cabía, entonces, que adherir al Movimiento.

Notas

- 1.- Revista *Siete Días*, marzo de 1973.
- 2.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 69.
- 3.- *Ibidem*, pag, 64.
- 4.- *Ibidem*, pag. 65.
- 5.- *Ibidem*, pag. 66.
- 6.- Revista *Semana Gráfica*, 26/3/71.
- 7.- Revista *Radiolandia*, 5/11/82.

- 8.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pags. 70, 71.
- 9.- Romano, Eduardo, *El cuento argentino*, pag. 162.
- 10.- Revista *Gente*, 23/3/78.
- 11.- Revista *Siete Días*, marzo de 1973.
- 12.- Diario *La Opinión*, noviembre de 1972.
- 13.- Page, Joseph A., *Perón*. Javier Vergara Editor, 1984, tomo II, pags. 224, 225.

A Ezeiza, dijo el país

El 25 de mayo de 1973, por una proscripción impuesta a Perón, su delegado Héctor J. Cámpora asumió la Presidencia de la Nación. Después de haber decidido su postulación como candidato, el líder había retornado a España junto con Isabel Martínez, López Rega y el mismo Cámpora en diciembre del 72, previo paso por Paraguay (donde se reunió con su viejo amigo Alfredo Stroessner) y por Perú (donde estuvo con el presidente Juan Velazco Alvarado y brindó una conferencia de prensa, en la cual hizo declaraciones en contra de la insurrección en la Argentina y se definió a sí mismo como un “león herbívoro”).

La ceremonia de asunción de Cámpora –a la que concurrieron más de un millón de personas- permitió que la izquierda peronista quedara al descubierto como nunca antes. Según recuerda Joseph Page, “alguien pintó la leyenda Casa Montonera sobre una de las paredes laterales de la Casa Rosada. Los estribillos entonados saludaban al ‘socialismo nacional’, ‘los fusiles de Perón’, ‘el Tío en el gobierno y Perón en el poder’, Chile y Cuba. Uno de los gritos era: ‘Vivan los Montoneros que mataron a Aramburu!’” (1). Tenían el apoyo del viejo líder, quien aparentemente los estimulaba sin dejar por eso de rodearse de los sectores de la derecha más reaccionaria (2).

Marta simpatizó desde un principio con Montoneros y apoyó el gobierno de Cámpora con sus declaraciones aún antes de que asumiera: “El 25 de mayo se pone en funcionamiento la enorme máquina, y allí no se podrá decir que no: donde nos llamen, habrá que plantar cualquier cosa y ponernos a colaborar, aunque haya que sacrificar un trabajo o un prestigio personal. ¡Claro! Me dirán que el peronismo es lo más heterodoxo que

pueda existir. De acuerdo. Pero en esa heterogeneidad encuentra su dinámica. Es un riesgo: puede conducir a un gran barullo hasta que las fuerzas se reacomoden. Allí hay derecha y hay izquierda, hay ultraderecha y ultraizquierda, hay centro. Pero, ¿no es ése el país? ¿No es ésa la representación viva de lo que es la Argentina? Claro, si hacemos un planteo ortodoxo me dirán: `Marta, estás diciendo cualquier cosa´. Pero yo, a esta altura de mi vida (y creo que mucha gente también, por lo menos siete millones de personas) mandé al diablo la ortodoxia, lo que me interesa es que se avance, concretamente. Por supuesto que llegado el momento yo me voy a jugar a favor de las vanguardias juveniles, como estoy segura de que también lo advirtió el general Perón a los diez minutos de llegar a la casa de la calle Gaspar Campos. Fue para todos evidente que el poder de movilización del Movimiento se trasladó de un plano exclusivamente sindical al plano de las grandes vanguardias juveniles. Además, ellos sostienen la fuerza del Movimiento en todo lo que tiene de nuevo y renovador la ideología, aunque la teoría del Tercer Mundo sigue siendo la misma que propuso Perón hace veinticinco años” (3).

Durante la gestión de Cámpora, la violencia entre el ala izquierda y el ala derecha del peronismo generó un clima de anarquía que hizo que el regreso del viejo líder se considerase indispensable.

Cuando Perón volvió definitivamente al país, el 20 de junio, se calcula que tres millones de personas fueron al aeropuerto de Ezeiza a recibirlo. La expectativa era enorme, y aunque desde la noche anterior comenzaron las tensiones entre los distintos grupos y se escucharon algunos disparos, en general había un clima de alegría y festividad. El maestro de ceremonias era el actor, cantante y militante peronista Leonardo Favio.

El avión debía aterrizar a las tres de la tarde. A las dos y media, la Orquesta Sinfónica Nacional comenzó a tocar la marcha peronista y fue allí cuando comenzó el desastre. No hay informes oficiales, pero por lo menos murieron veinte personas y hubo cuatrocientos heridos. Algunas versiones, incluso, indican que los muertos pudieron haber ascendido a varios centenares. El avión de Perón fue desviado hacia la base aérea de Morón y desde allí, el líder partió hacia Buenos Aires en helicóptero.

Aunque lo que ocurrió aún se discute, en palabras de Horacio Verbitsky, el hecho fue “la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años”. Además, cerró “un ciclo de la historia argentina” y configuró “los años por venir” (4).

Por supuesto, como tantos, Marta también estaba allí. Se había ubicado en el sector reservado a la prensa, ya que escribiría una nota para *Clarín*. “Estábamos juntos en el palco, muy cerca del estrado desde donde se suponía que iba a hablar Perón, que estaba cubierto por vidrios blindados –recuerda Antonio Requeni, quien cubrió el episodio para el diario *La Prensa*-. En medio de las ráfagas de ametralladora, nos tiramos al piso. Yo me puse detrás del violoncello de la Orquesta Sinfónica y ella estaba a dos o tres metros, más cerca del estrado. Desde allí seguimos escribiendo. En un momento, se me acabó la tinta de la lapicera y me arrastré cuerpo a tierra hasta donde estaba Marta, que me prestó un lápiz”.

Estos son algunos párrafos de la nota que Marta publicó en *Clarín*:

“A Ezeiza, dijo el país. Y el pueblo argentino –esta vez lo vi, entró por mis ojos, por mis oídos, enronqueció mi voz, morirá cuando me toque morir y renacerá en el argentino que nazca al día siguiente-, el pueblo fue a Ezeiza. Nadie podrá olvidar ese río humano, desbordante, abigarrado, único en la historia que llegaba a bocanadas como si más firme que las distancias, que el frío, que la intemperie, que los años de explotación y de proscipciones fuese la voluntad de construir y renacer gloriosamente.

“Tiene razón el general Perón cuando afirma que el peronismo es una creación del pueblo argentino. El pueblo lo creó, lo sostuvo, lo adaptó a sus necesidades, creyó en él, trabajó por él, murió por él. Es, pues, una creación salida de su mismísima entraña. Y allí estaba el pueblo y su creación contra la que nada ha podido el imperialismo, la oligarquía, la demagogia, el confusionismo, el soborno, la amenaza, la dádiva, la tortura, la muerte. Nada en dieciocho años, entero y más fuerte que nunca, con agregados de contingentes novísimos, casi los niños de 1955 y los preciosos muchachos y muchachas del 73.

“Más allá de todo partidismo, Ezeiza fue una bandera nacional. Pero a las 13.45, algo más –creo haber mirado el reloj-, oí el primer disparo desde un metro arriba de mi cabeza, en la parte superior del palco. Siguieron otros, verdaderas ráfagas. Alguien me tiró sobre el piso y fotógrafos y periodistas buscaron ubicación alrededor. Vi una barba espesísima sobre mis ojos, un pie aplastó mi pantorrilla. Nos levantamos y volvió a tirarse desde afuera y desde adentro del palco. Descubrí que todos los de brazal verde y también los de negro estaban armados. Vi pasar un trozo de hierro, un revólver acerado blandido por un hombre de edad, una metralleta pequeña. Cuarenta largos minutos pasaron en el tiroteo mientras Favio clamaba y los fervorosos cantantes del Colón entonaban la marcha peronista. En medio del desbarajuste, lo asombroso –una vez más- fue la multitud. Los tres millones de hombres y mujeres que habían pasado hambre, frío, cansancio, innúmeras incomodidades. Nadie huyó. Nadie se movió. Todo el pueblo se quedó en su puesto mientras el tiroteo iba provocando la muerte, reventando cabezas, haciendo estallar trozos de brazos, de huesos, de órganos sexuales. Nadie dio un paso atrás. Ese gran pueblo esperanzado, inteligente, fiel y generoso, no dio un solo paso atrás aún amenazado por la carnicería. Lo demás es historia que hace llorar. Alguien me obligó a salir por la escalera posterior, apostada en la cual algunos hombres atacaban y repelían el ataque. En los árboles de la derecha apuntaban los francotiradores. Vi la cabeza reventada de una mujer, un chico rubio que tiraba apostado detrás de un árbol, otro de unos veinte años con brazal negro que me gritó: tirate que hay ametralladoras; vi gente herida, ambulancias que corrían en todas direcciones, como en un sueño, una voz gritando Oíd mortales, Oíd mortales sin eco, oí la multitud que rugía sus consignas y el idolatrado nombre de Perón.

“Ya muy tarde, la multitud seguía en pie, disgregándose penosa y solidariamente. El otro trozo del país, el que cree que todavía alguien puede contemplar todo esto sin intervenir, el trozo dormido digamos, hacía conjeturas, vaticinaba sombras y sacaba conclusiones macarrónicas. El minúsculo sector del gorilaje se congratulaba. Pero el pueblo estuvo en Ezeiza. Y Juan Domingo Perón está ahora en la Argentina. Y mientras me sacuden todavía las rudas emociones, caigo sobre mi máquina para

escribir: Gloria al pueblo argentino, gloria al pueblo argentino, gloria al pueblo argentino” (5).

En ese clima escribió su siguiente libro, *Un árbol lleno de manzanas*, y comenzó a dictar cátedra de Teoría y práctica del cuento en la Oficina Cultural de España, hecho que le permitió posteriormente formar un grupo privado de alumnos. *Un árbol lleno de manzanas* describe la relación entre un profesor de filosofía y una mujer casada que vive (dónde si no) en Lima, con el trasfondo de las revueltas estudiantiles de los años sesenta. Como bien dijo, “es un libro difícil, duro y áspero”, al que llegó a calificar como “la novela de mi libertad” (6).

“El ‘Árbol lleno de manzanas’, expresión que hallé feliz para expresar la plenitud del sentimiento amoroso, es el comienzo de una nueva etapa en mi vida como escritora y quizá también como ser humano”, expresó, para después preguntarse cuál de todas las facetas que la componían como persona era la verdadera. “Si la poco confortable narradora del revés de cada cosa o la mujer jocunda en apariencias, cuyo destino puede parecer envidiable. Una y otra, sin embargo, están presentes dentro de mi vida, y los libros han ido apareciendo como las huellas dactilares de una naturaleza profusa y complicada. Esa naturaleza se expresó caudalosamente en *Un árbol lleno de manzanas*. De la primitiva historia de amor poco o nada queda. Es más bien una expresión de odio acuciante, de celos y obsesiones irremediables que se dan cita en una novela en la que no son ajenas la motivación social y política, la investigación. Por primera vez lo apabullante de la época que me tocó vivir (el comienzo de la violencia, la desintegración nacional, el gobierno militar, la represión) se superpone al relato de un problema amoroso”, escribió (7).

Indudablemente fue un momento importantísimo, en el que confluyeron en su vida la política, la literatura y una fuerte relación sentimental. Tenía cuarenta y ocho años y se sentía en la plenitud profesional, humana y sexual. En esa época, como veremos más adelante, se hizo su primera cirugía plástica.

Un árbol lleno de manzanas, que se publicó en abril de 1974 y está dedicado, entre otros, a Abelardo Oquendo, no fue uno de sus libros más difundidos. Al menos aparentemente, eso no la afectó: “Interesadísima en mi propia anécdota existencial, apasionadamente ligada al quehacer político, que entre el 70 y el 76 avasalló el interés y hasta la actividad de muchos argentinos, supe que la novela había cumplido su ciclo al ser concebida, escrita y publicada. Nunca más me preocupé por ella. Los acontecimientos vitales a partir de 1970, mis nuevas experiencias, mis nuevas amistades, habían dado paso a otra mujer, infinitamente más compleja que la anterior, pero también más libre y mejor narradora” (8).

Dieciocho años después de haber sido obligado al exilio, en octubre de 1973 Perón volvió a asumir la Presidencia de la Nación con una victoria terminante: el sesenta y dos por ciento de los votos. Con su mujer Isabel Martínez como vicepresidenta, el viejo líder se acercaba cada vez más a los sectores de derecha, aunque la izquierda, “por razones tácticas”, lo seguía apoyando.

Sin embargo, el 1º de mayo del año siguiente, Día del Trabajador, el Presidente terminó definiéndose. En un multitudinario acto en la Plaza de Mayo, cuando fue interrumpido en su discurso con cánticos contra López Rega, Isabel y otros personajes de su entorno (“¿Qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular?”), Perón tildó a los Montoneros de “estúpidos” e “imberbes”, y estos abandonaron el lugar.

Por supuesto, Marta también estaba allí: “Yo iba caminando con mi hijo por la calle, cerca del teatro Colón, cuando vi que Marta iba cerca de la columna de Montoneros, que venían de la Plaza de Mayo. Iba con el marido. Nos reconocimos y charlamos un poquito. Fue la última vez que la vi”, recuerda Noé Jitrik.

Poco después, el 11 de mayo, sucedió otro de los tantos hechos de violencia que marcaron esa época: el sacerdote Carlos Mujica (9) fue asesinado con disparos de ametralladora en la puerta de una iglesia del barrio de Mataderos.

Como otros sacerdotes tercermundistas, Mujica había justificado en un principio lo que llamaba “violencia desde abajo”, pero más adelante su

postura cambió y se opuso terminantemente a toda violencia. “Yo estoy dispuesto a que me maten –decía con frecuencia- pero no estoy dispuesto a matar” (10). Días antes de ser asesinado, les comentó a varias personas allegadas que creía que las guerrillas conducidas por Firmenich iban a matarlo. Una de esas personas fue Marta Lynch.

Marta conocía a Carlos Mujica desde hacía muchos años. Él había estado en su casa, había conversado con sus hijos, y luego habían compartido “infinitud de mesas redondas, programas de televisión, misas, comuniones, el primer *charter*, empujones en concentraciones y reuniones políticas, corridas en la calle, inauguraciones de revistas, velorios de héroes y de mártires, torturados y víctimas” (11). Desde un tiempo atrás tenían un proyecto cultural en común: leer poemas y cuentos en las villas. “Debía ser una labor sin trampas, sin desmayo, no se trataba de leer ‘algunos cuentos potables’ sino los grandes cuentos con el mismo rigor y la misma seriedad con que se hubiera hecho ante un público de iniciados” (12).

Varias veces Mujica le habló de amenazas, pero ella no pudo creerle. “Los Montoneros son todos hijos de tu espíritu –le dijo, según escribió luego, la última vez que lo vio con vida-. Así lo habían sido los muchachos que salieron del Nacional Buenos Aires, Ramus, Abal, Firmenich”. En ese mismo artículo que escribió después de la muerte de Mujica agrega: “Estoy segura que al morir Carlos ya sabía quiénes eran sus asesinos. Y aunque, llevado por ese amor que signó su vida, habrá rezado por ellos, también es cierto que debió ver –como última imagen- la inocencia de quienes habían sido siempre hijos de su espíritu” (13).

En respuesta a los sectores sindicales que le adjudicaron la muerte del sacerdote, Firmenich escribió cuatro artículos en el periódico *Noticias* expresando su “afecto y agradecimiento” a Mujica y acusando del asesinato a la extrema derecha. Finalmente se supo que el asesino fue un cabo de la Policía Federal que formaba parte del cuerpo de custodios de López Rega, a quien se le ordenó matar a Mujica para poner fin a su obra en las villas.

Al mes siguiente moriría Perón, e Isabel Martínez asumiría la presidencia. El caos y la violencia serían todavía mayores y culminarían en otro golpe militar, el más sangriento. Pero antes, los Montoneros pasarían a la clandestinidad y Marta se llamaría a silencio. Por sus actitudes pagaría un precio años más tarde, cuando decidió arrepentirse. “Yo no tuve ninguna participación más que en el viaje de regreso de Perón, en noviembre de 1972. No tuve ninguna participación, primero porque no se me dio cabida, y segundo porque como se produjeron las cosas después, yo no tenía ningún interés en participar” (14), dijo sin falsear la verdad: su apoyo no fue más que retórico y nunca tuvo una participación activa ni en el gobierno de Cámpora ni en Montoneros.

Claro que esa declaración es de 1978, cuando ya habían pasado muchas cosas. Fue allí cuando confesó que había estado “confundida”. Más adelante, ya en el período democrático, le preguntaron: “¿Cuáles son las máximas equivocaciones que cometió?” Y contestó: “¿Cuántas páginas dispone para esta entrevista? No, en serio. ¿Quién no ha cometido innumerables equivocaciones? Por ejemplo, viajar en el *charter* que trajo a Perón de regreso al país fue un error. Porque yo lo hice sin ser peronista, entendiéndolo que de ese modo mi gesto contribuía a la integración, a la pacificación, pero me quedé como la pavota de la historia, desentendida por peronistas y antiperonistas, maldita desde entonces para algunos medios importantes” (15). Tres años antes, ya había dicho: “Esa época yo la viví con un gran entusiasmo. Con una gran ilusión, con una cuota de esperanza que, al fin y al cabo, compartí con el sesenta por ciento de los argentinos, aunque ahora todo el mundo se olvida y parece que la única que votó fue Marta Lynch” (“se ríe desafiante”, agregó el periodista) (16).

Pero no nos apuremos y vayamos por partes.

Notas

1.- Pedro Eugenio Aramburu fue presidente de facto a partir de noviembre de 1955, meses después de la asunción de la llamada Revolución Libertadora, que derrocó a

Perón. En 1969 fue secuestrado y asesinado. El grupo Montoneros se atribuyó el hecho.

2.- Page, Joseph A, *Perón*, Javier Vergara Editor, 1984, tomo II, pags. 239, 240, 241.

3.- Revista *Siete Días*, marzo de 1973.

4.- Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*. Editorial Contrapunto, 1985, pag. 9.

5.- Diario *Clarín*, junio de 1973.

6.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pags. 71-74.

7.- *Ibidem*, pags. 72-75.

8.- *Ibidem*, pags. 74, 75.

9.- Carlos Mujica pertenecía a una familia tradicional y desempeñaba su ministerio en la villa miseria de Retiro. A partir de 1964 y durante varios años fue asesor espiritual de Mario Firmenich, Fernando Abal Medina y Carlos Ramus, quienes más tarde serían dirigentes montoneros. Juntos realizaron trabajos sociales en la provincia de Santa Fe.

10.- Andersen, Martín, *Dossier secreto*, Editorial Planeta, 1993, pag. 134.

11.- *Mi último diálogo con el padre Mujica*, 19/5/74.

12.- *Ibidem*.

13.- *Ibidem*.

14.- Revista *Gente*, 23/3/78.

15.- Diario *Clarín*, 4/11/84.

16.- Revista *La Semana*, 26/8/81.

La que se quedó

“Yo no era lo que se dice una mujer de las izquierdas.

Para decir la verdad siempre me ocurrió una cosa fatal:

para los de derecha he sido de izquierda, y para

los de izquierda, de derechas, fatalismo recurrente

en el que cae todo aquel que quiere ser justo”

Marta Lynch, *Biografía a mi manera*

Cierta vez le preguntaron qué personaje de la historia le hubiese gustado ser y contestó: “Cleopatra, porque se metía a los hombres en el bolsillo. En la historia argentina, si lo digo, me matan” (1). Y seguramente ésa fue una de sus grandes frustraciones. No fue Cleopatra, ni tampoco aquel personaje que no se atrevió a nombrar.

El 24 de marzo de 1976 se inició el Proceso de Reorganización Nacional, un gobierno de facto a cargo de una junta militar compuesta por Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera y Orlando Ramón Agosti. Utilizando la lucha antiguerrillera como pretexto, se inició el mayor período de represión de la historia argentina.

Muchos escritores e intelectuales debieron huir del país, y algunos otros fueron muertos y secuestrados. Muchos, también, se quedaron, en su mayoría tratando de permanecer en el anonimato. Más adelante se iniciaría una polémica desgastante entre “los que se fueron” y “los que se quedaron”, que aún hoy genera discusiones y reabre heridas no cicatrizadas. Ninguna de las dos actitudes implica un valor ético de por sí, ya que cada caso fue distinto y hubo ejemplos de grandeza y de miseria en ambos lados.

Marta Lynch se quedó en el país, y en los primeros tiempos se llamó a silencio. Siguió viajando, y sus experiencias en los Estados Unidos le facilitaron la redacción de *Los dedos de la mano*, cuentos que por primera vez transcurren fuera de la Argentina y donde, además, introduce elementos fantásticos. “Para lograrlo –en un país de grandes cuentistas fantásticos como Bioy, Borges, Silvina Ocampo y Horacio Quiroga- tuve

que quedar en una libertad espiritual que me valió asimismo una ancha franja de insatisfacción y soledad. Vaya una cosa por otra –dijo-. Mientras mi vida se restringía notoriamente por el lado personal, mi capacidad de ficción se multiplicó hasta convertirme en una narradora con mayores recursos que los utilizados hasta ahora” (2). Seguramente su decadencia interna comenzaba.

En realidad, muchas cosas que le importaban se estaban cayendo. “Cuando se desarmó la familia, ella no lo pudo soportar. Hubiera cambiado cualquier cosa por volver a tener la burbuja”, dice su hija Marta Juana, quien en esa época ya se había casado. Además, Enrique se había tenido que ir de la Argentina: había estado vinculado al peronismo de izquierda, y en 1976 se exilió en España. “Frondizi le aconsejó a mamá que lo sacara del país”, recuerda Marta Juana. Con el tiempo todo se normalizó: Enrique es filósofo y trabaja como profesor en la Universidad de Barcelona, pero en ese momento ella lo extrañaba. Igual que a Ramiro, que es antropólogo y vive una parte del año en los Estados Unidos y la otra, en un campo en el Uruguay. Les escribía todo el tiempo, dos o tres veces por semana, pero no era lo mismo. Además, el hecho de que hubieran crecido le daba la pauta de su propio tiempo. Marta Juana recuerda que ya desde su adolescencia la vida en su casa había sido un poco tormentosa. “Empezó en mamá la declinación física y eso influyó muchísimo en su carácter”, me dijo. Ocho años después de la muerte de Marta, Marta Juana se animó a seguir sus pasos y publicar su propio libro de cuentos, que dedica, entre otros, “a mi querida madre que no pudo resistir”. Allí describe a una mujer de cuarenta años, hija de una pintora famosa, “inaccesible” y “más que hermosa”, que se suicidó un tiempo atrás.

No creo que haya sido linda, la veo en las fotos de joven y no me parece, pero no dejo de notar que algunos hombres consideran que sí lo era. De todos modos, algo es innegable: se creía linda, y ya se sabe que quien cree algo a fondo termina convenciendo a los demás. Y era elegante, se cuidaba, era atractiva y sensual. Pero para ella, belleza y juventud iban de la mano. La seducción de las arrugas, de los rostros plácidos por lo bien envejecidos, no era lo suyo. En una sociedad que exalta a los jóvenes, se

había convencido de que “es importantísimo ser linda, casi fundamental” (3).

Siempre vivió obsesionada. Juan Manuel recuerda lo que le dijo a los veinte, mientras comían aquel sándwich en La Rural. Algo parecido le dijo cierta vez a Marta Juana y ella también lo recuerda. Fue cuando tenía dieciocho años y la pescó probándose una biquini frente al espejo. ¿Le dio envidia? ¿Compitió? Es muy probable, si tenemos en cuenta que ya desde ahí empezaba a frecuentar los consultorios de los cirujanos plásticos. “Aprovechá ahora, que mucho no te va a durar”, le dijo justamente ella, que se dio el lujo de seguir usando biquini hasta los cincuenta.

Las cirugías plásticas son un tema aparte. Como con los psicólogos, probó de todo: del mejor al peor. Su familia se preocupaba pero no había forma de detenerla: ella insistía y por supuesto, Juan Manuel la acompañaba. “¿Cómo se lo iba a impedir? ¿Qué iba a hacer, la iba a atar? Tampoco podía cometer la grosería de no acompañarla –dijo-. Fue mutilada por las operaciones estéticas que le hicieron. La primera vez que se operó coincidió con la aparición de *Un árbol lleno de manzanas*. Salió muy bien, aunque se cortó un poquito la nariz y eso le cambió la fisonomía, cosa que no me gustó porque yo creo en las armonías, con esos cambios se pierde la correlación con el resto del rostro”.

Después la operó Roberto Zelicovich, y ya las cosas no salieron tan bien. El próximo fue José Juri. “No soy capaz de afirmar que todo fue culpa de Juri, ella no puso de sí la voluntad de que eso saliera bien, por su propia inquietud. No tuvo paciencia, se levantó antes de tiempo, se sacó las vendas, una serie de barbaridades”, continúa Lynch.

“El doctor Juri tiene como norma no hablar de sus pacientes”, contestó una de sus asistentes cuando intentamos obtener su testimonio. Con respecto a Zelicovich, el diario *Página 12* publicó años más tarde que fue procesado por el delito de lesiones culposas y reiteradas y abandonó el país (4).

Juan Manuel la llevó dos veces al Brasil para que la atendiese Ivo Pitanguí, “y éste dijo que lo que hacía falta no era una operación estética

sino una restitución, como si fuera un accidente. Se negó a operarla porque consideró que no tenía garantías de que quedara bien”.

Lo mismo sucedió con Manuel Sarrabayrouse, a quien consultó dos meses antes de su suicidio. “La conocí por intermedio de Silvina Bullrich, quien seguramente influyó mucho en que después me viniera a ver profesionalmente. En ese momento compartimos una comida donde hablamos de muchas cosas, de la belleza, la juventud, el paso del tiempo, las conversaciones que normalmente surgen cuando una persona se encuentra con un cirujano plástico. No la volví a ver hasta dos años después, cuando vino a mi consultorio. En ese momento me encontré con una persona totalmente diferente, con un cuadro depresivo que se percibía a simple vista. Estaba muy preocupada con su físico, con su cara. Era una mujer muy atractiva, con una gran inteligencia y sensibilidad hacia todo lo que fuera estético, y transmitía una gran preocupación por el paso del tiempo. Me impactó el hecho de verla tan ansiosa, no era la paciente ideal para ser sometida a un tratamiento de rejuvenecimiento facial. Entonces le aconsejé que nos volviéramos a ver en seis meses, que esperase hasta que tuviera un estado de ánimo más optimista, con más fuerzas para afrontar algo que siempre es pasar por un túnel oscuro, aunque normalmente la recuperación es pronta. Pensé que seguramente iría a ver a otro profesional y éste la operaría, pero hubiese sido un error. Dos meses después se suicidó”.

“Se hizo una limpieza de piel y un implante de pelo en las cicatrices que lograron mejorarla algo –continuó Lynch-. Después fue a ver a muchísimos médicos, de diversa categoría, le preguntaba a cualquiera y la mandaban a cualquier lado. Uno de esos médicos le ordenó hacerse unos análisis de piel, y le dijo que no podía operarse porque tenía una hipersensibilidad a los rayos solares y no estaba en condiciones de afrontar la agresión que significa una operación. Entonces no se hizo nada más”.

Alina Diaconú cuenta que a Marta no le gustaba decir que se sometía a cirugías plásticas. “Una vez me dijo que iban a realizarle una pequeña intervención por un problema de ganglios. La fui a ver a la Clínica Mater Dei y en la habitación estaba Marta Juana acompañándola. Nada era demasiado claro. Poco después yo presenté un libro mío y ella participó

de la presentación, aunque tenía parte de la papada y el cuello muy hinchados. Realmente me conmovió, en esas condiciones igual presentó el libro y se expuso a que la vieran así. Fue un acto de cariño, sobre todo tratándose de Marta, que era tan cuidadosa de su imagen”.

Irma Roy, quien no recuerda haberla visto en el *charter* que trajo a Perón, la conoció en la peluquería de Miguelito Romano, donde se atendía en esa época, aunque al *coiffeur* le costaba mucho peinarla debido a las cicatrices. “Sufría mucho la cuestión estética –dice Roy-. Sobre todo por una cicatriz que tenía en el cuello y tapaba con pañuelos o cuellos altos”. Ya antes, había decidido cambiar su aspecto de raíz: los elegantes *tailleurs* fueron dando paso a camperas y jeans ajustados, su pelo lacio y negro a una rotunda melena pelirroja, y su boca pasó de un tono neutro al más estridente de los colorados.

En esa época comenzó una nueva novela que se llamaría *Identikit* y nunca llegaría a terminar. Comenzaba con el entierro de Perón y continuaría con los sucesos de allí en adelante, pero a poco de empezarla no pudo seguir. Fue allí cuando invitó a almorzar a Manuel Mujica Láinez, y él volvió a darle un consejo: “No te obstines en escribir sobre aquello que la vida, que la realidad, te da mucho más clara y eficientemente todos los días”, le dijo.

Abandonó el proyecto, pero comenzó nuevamente a escribir artículos. Tal vez por miedo, por desconcierto, por oportunismo o para seguir ocupando las primeras planas, comenzó a desdecirse de sus opiniones anteriores y a apoyar el gobierno militar. Marta decía que se equivocó muchas veces, pero que con ella se equivocó casi todo el país, y no dejaba de tener razón: si logró un éxito tan grande es porque sus declaraciones, en cierta medida, representaban a un sector importante de la sociedad. Para un país veleidoso, contradictorio y fácilmente apasionable, qué mejor representante que esta Negrita Frigerio que se entusiasma con el desarrollismo, se hace peronista, apoya a Montoneros, después cree que el Proceso en cierta medida nos traerá un orden necesario y termina viviendo a la democracia, aunque después se desengaña. “Por eso es que soy tan argentina y tengo tanto éxito, porque soy la reina de las delirantes”, dijo en un reportaje (5).

“En sus obsesiones políticas, como en todo, era muy contradictoria – reflexionó Isidoro Blaisten-. Pero si se analiza la historia argentina, yo no sé quién tiene derecho a opinar sobre las contradicciones de los demás”.

En 1978, en *Reflexiones de una mujer que estuvo confundida*, un artículo que publicó la revista *Gente*, dijo: “Me equivoqué. Y conmigo se equivocaron siete millones de argentinos. Yo fui una idiota y una zanahoria. Pero había siete millones de zanahorias alrededor mío. Yo no saqué nada. No usufructué nada, no me conocían, soy la misma mujer que ganó el Premio Fabril con *La alfombra roja*”.

“¿Le trajo algún problema su anterior militancia política? ¿Fue perseguida, amenazada, silenciada?, le preguntó la periodista René Sallas. “No. Absolutamente ningún problema. Puede ser que haya gente que no me quiera. Puede ser. Pero no tengo pruebas de tener enemigos en mi país. Nadie me molestó jamás por haber opinado en algún momento lo que opiné. Yo escribí hace un mes un artículo para *Clarín* que se llama *Y ahora. ¡Viva la patria!* En ese artículo he hablado muy bien de las actitudes del gobierno frente al problema del Canal de Beagle. Según mi opinión de argentina, el problema está bien llevado porque unificó con bastante eficacia el sentir de los argentinos. No, a mí nadie me ha dicho nada, ni me ha hecho nada. Por eso no entiendo a algunos argentinos que se exiliaron voluntariamente. A lo mejor a mí nunca me molestaron porque yo jamás oculté nada” (6).

Estos son algunos párrafos de su artículo aparecido en *Clarín* en febrero de 1978:

- “No se trata de un problema tangencial, ni siquiera se trata de apoyar o no al discutido gobierno argentino. Se trata del País, de ‘Nuestro País’ y en ése –mañosos, escépticos, desconfiados, torvamente humoristas- los argentinos no podemos permanecer ni un minuto más ajenos”.
- “Y hay que decir la verdad si es que pretendemos ser alguna vez respetados: el gobierno argentino ha actuado decididamente bien y debe tener, en esta emergencia, el apoyo moral y hasta físico de los

conciudadanos. Repito que no se trata del gobierno como un ente concreto. Sea quien fuere que ocupa el poder del Estado, la negativa a acatar el injusto fallo es una contribución valiosa para conservar íntegro un patrimonio que nos es común y que el interés exterior –de los europeos sobre todo- ha tratado de quitarnos de las manos”.

· “Seamos sinceros: este gobierno heredó una carga, entre muchas otras, que otros gobiernos propiciaron, incubaron o desconocieron. La heredó y la ha manejado con solvencia, y en su resolución `debe´ ser apoyado, aunque sea en espíritu, por los argentinos de buena voluntad que todavía creen, trabajan, permanecen y se obstinan en estar en el país”.

· “Nosotros, que pertenecemos a esa fauna especial de intelectuales que `no quisieron irse´, también tenemos ganas de hacer oír la voz. Quizá en estas palabras elementales se intente la interpretación de un deseo común, un modesto deseo que se oculta en tantos de nosotros, como avergonzado, con ese pudor tan argentino que nos niega la grandilocuencia, que nos separa de la rimbombante prosa latinoamericana, que nos hace reservados, pudibundos, que nos retrae a menudo hasta de las manifestaciones más justificadas; quizá en estas palabras elementales el hombre y la mujer de la calle –que no han salido a veranear porque es imposible hacerlo, o aquellos más felices que están disfrutando del ocio y del sol- hallen como una expresión jubilosa, íntima y sincera. Quizá un grito agotado tantas veces por las siniestras condiciones vividas brote de labios argentinos: ¡viva la patria, ahora! Y por siempre, ¡viva!”

Apoyó también el Campeonato Mundial de Fútbol, que la dictadura utilizaría para mejorar su imagen internacional. Además de participar con un testimonio en el film *La fiesta de todos* (donde algunos la confundieron con la cantante Alba Solís), hizo estas declaraciones:

· “¿Qué esperábamos los argentinos que nos volcamos el 25 de junio por la noche a festejar todo cuanto de festejable había? Recuperar el país,

derrotar la derrota, recuperarnos, empezar otra historia mejor, más feliz: deseábamos dar fe ante el mundo de nuestra existencia y hasta participar en la forma como se construiría el futuro. Por eso fue acertada la frase del Presidente de la República cuando habló de `la alegría heroica del pueblo argentino´”.

· “Gritábamos por la victoria, por la angustia reprimida, por la posguerra, por una alegría decente. Anduvimos gritando durante horas, durante la noche entera porque era un grito de reivindicación. EAH, a todos ustedes, que gritan desde los países de la `civilización mayor´, aquí nos tienen: los millones de argentinos que quedamos acá para dar la cara o lo que fuera, aunque fuese la perspectiva del fracaso o de la muerte”.

· “Era la Argentina toda que se ponía de pie frente a los odiosos objetivos que trampean fotos, que vaticinan más muertos, que ignoran esta Argentina inocente que un día tocó (volvió a tocar) la posibilidad de un éxito nacional que nunca estuvo lejos pero del que estuvo excluida largamente. Vamos Argentina, vamos argentinos, vamos a triunfar”(7).

¿A qué se refería? A la “campaña antiargentina en el exterior” que el Proceso denunció en varias oportunidades. Al gobierno le preocupaba la constante denuncia por violaciones a los derechos humanos que se hacía en el extranjero, e invirtió dinero y esfuerzos en tratar de anularla. Esa fue –además de la búsqueda de apoyo popular- una de las razones de la organización del Mundial de Fútbol. “Los argentinos queremos goles”, decía un slogan que se transmitía por TV, al que le siguió “Los argentinos somos derechos y humanos”.

Marta se sumó a esta misión al declarar en una nota titulada *Carta desde Europa*, publicada en Clarín en marzo de 1977: “Esta cronista debe decir con dolor y responsabilidad que ser argentino –hoy- en cualquier parte del mundo, es un alto punto en contra. En vano se trata de explicar, de razonar, de esgrimir argumentos tan válidos como la historia misma de la humanidad. No es la Argentina el único país devastado, conflictuado, asolado por corrientes antagónicas en el mundo contemporáneo. No es el argentino el único gran pueblo del mundo que –parcialmente- ve desviado

su destino o que aparece frente a los demás como errado en cuanto intenta realizar. Es sorprendente que este querido país, España, que soportó una guerra entre hermanos que costó un millón de muertos y más de trescientos mil ejecutados después, se manifieste horrorizado y experimente muestras de un revulsivo porque un lejano país sudamericano está en crisis, en baja, en conflicto o en guerra, como se prefiera admitir”.

En otro artículo, escrito dos años más tarde, se refirió a los “esfuerzos que los sufridos intelectuales llevan a cabo para mejorar un aspecto de la Argentina” y agregó: “Nosotros fuimos de los que se quedaron. No cometimos traición ni arbitrariedad ni cobardía ni bajeza. Nos quedamos porque reconocemos la prevalencia de vivir en la patria, la obligación invisible de seguir fieles al pedazo de tierra natal” (8). Liliana Heker –quien se quedó en el país- en su polémica con Julio Cortázar en torno del tema del exilio, cita este artículo de Marta Lynch, al que define como “una bonita generalización, una manera retórica de salvaguardarnos en el montón” (9).

En mayo de 1978, Marta concurre a la Universidad de Ottawa, Canadá, para participar en el Cuarto Congreso de Escritoras Interamericanas. Había representantes de toda América latina, Canadá y los Estados Unidos. Allí, según declaró después, “la agresión llevada a cabo contra nuestro país, a través de grupos de distintos matices, sistemáticamente atacó cada una de nuestras exposiciones”. “Es preciso –agregó- que se registren hechos importantes, que se produzcan hechos por parte de las autoridades para solucionar esta situación internacional límite” (10).

De su ponencia en ese congreso, cito algunos párrafos:

· “Vengo de un país denostado, apostrofado, mal entendido y olímpicamente desconocido por gran parte del mundo actual, al que se ha acusado injustamente de traspasar los límites de los derechos humanos y cuya capital se confunde con la muy bella Río de Janeiro, Brasil”.

· “Se ha hablado de nosotros solamente para decir que se ha matado, que se ha perseguido, que se ha reprimido. Pocas veces alguien alza la voz para explicar el origen de cuánta luz emana de nosotros, y desde cuándo. Tenemos una agricultura formidable, una ganadería incomparable, una industria pujante y original, astucia increíble para componer lo destruido, para atar con simples hilos de coser lo que a otros exigiría toda una empresa”.

· “Hemos tenido también, lo repito, una guerra cruel por lo no declarada, una guerra adusta y sucia como toda guerra, pero peor porque ha sido entre hermanos, una guerra atroz porque podía centrarse innominadamente sobre inocentes, una dura represión inevitable, por desgracia, que hizo entrar a nuestro país en el cono de sombra de una propaganda exterior descontrolada y destructiva. Bien sé que las heridas serán difíciles de reparar. Que aquellos que fueron tocados tienen derecho a tener abierta hoy la llaga de un dolor irreparable. Sé también, como lo ha reconocido el presidente de la República, que se han cometido errores, excesos en la represión, hechos vandálicos que todos hubiéramos querido y debido evitar”.

· “No defiendo aquí a grupo alguno. Tampoco defiendo al gobierno. Ni apoyo los excesos de la represión. Como los obispos, como la sagrada voz del Papa, trato de mantenerme ecuánime para tener derecho a señalar la verdad y que esa verdad muestra la luz de nuestra fisonomía. Trato de mostrar que exportamos arte, ciencia y amor y no odio y destrucción. Y que esa –y no la otra- es la verdadera imagen de la Argentina. De los veinticinco millones de argentinos que permanecemos en ella” (11).

El diario *Clarín* –donde se publicó su artículo- fue el medio que eligió la escritora Luisa Valenzuela, también presente en el congreso, para contestarle:

“Querida Marta: Vos sabés que una cierta amistad que nos une me hace lamentar tener que mandarte esta carta, pero no entiendo cómo podés involucrarme a mí y a todas las argentinas presentes. Decís en el recuadro de tu nota que las argentinas fuimos sistemáticamente atacadas en cada una de nuestras exposiciones. Pero vos llegaste dos días tarde a un

congreso que hasta ese momento había transcurrido sin agresión alguna, sí con ciertas discusiones propias de todo encuentro humano. Llegaste tarde, y no te ceñiste al tema de tu mesa, sino que preferiste tratar de explicarnos a todos nosotros, argentinos, con apreciaciones que fueron recibidas como injurias por el resto de los latinoamericanos/as presentes” (12).

Aún hoy, Luisa Valenzuela se irrita al recordar este episodio: “En un congreso convocado para hablar de literatura y sin que nadie le preguntara nada, Marta se dedicó a hacer una apología del régimen militar, con un gran fervor. Después de su discurso la abuchearon, y a partir de allí, en su nota en *Clarín* pretendió decir que todas las escritoras habíamos sido insultadas. Por eso me decidí a contestarle, aunque teniendo en cuenta el momento político, tuve que hablar de generalidades, sin poder especificar”.

En 1978 se publicó *La penúltima versión de la Colorada Villanueva*, novela en la que había trabajado dos años, incluida una etapa de dos meses en Madrid y Barcelona. Narra la historia de una mujer de cuarenta años que no puede evitar el desmembramiento de su núcleo familiar, mientras el país también se viene abajo. “Todos nosotros hicimos nuestra obra a pesar de todo y no hay que olvidar que yo en mi libro *La colorada Villanueva* fui, en 1978, la primera persona que escribió sobre la tortura cuando aún no había sido desterrada”, declaró unos años después (13). Aunque literariamente es una de sus mejores novelas, describe en forma bastante confusa los actos terroristas y la represión en esos años.

Pese a algunas críticas adversas que por supuesto la irritaron (“Y pensar que hace diez años fue mi locura”, publicó una revista), el libro fue en general bien recibido. Pero le quedó la sensación de que faltaba algo. “Durante meses –dijo- permanecí amordazada, como si todavía de mis inventadas criaturas pudiera extraer mucho más” (14). Sin embargo no lo hizo, y la anunciada trilogía que hubiese continuado con la vida de la protagonista, su marido y sus tres hijos quedó en la nada. “El aliento letal en que se desenvuelve nuestra vida cultural tornó inútil ese esfuerzo que habría sido fácil en un primer momento y –sin duda- un buen coronamiento de cierta época de mi vida”, reflexionó entonces (15).

La verdad es que se sentía sin fuerzas. Demasiados desengaños (políticos, amorosos), demasiada confusión y un gran cansancio le hacían difícil llevar adelante cualquier proyecto, incluso literario. Probó entonces con el cuento y de allí surgió *Los años de fuego*, libro que le costó muchísimo escribir, aunque contó con el apoyo y el consejo de Alberto Girri y Enrique Pezzoni, quienes la sostenían en sus depresiones y caídas. Varias personas me han comentado que en esa época, Enrique Pezzoni (entonces asesor literario de Editorial Sudamericana) le corregía los textos. La misma Marta lo sugirió en cierta forma cuando reconoció que “tanto trabajé en *Los años de fuego* que por fin no pude reparar en su estructura. Convenciéndome de que tanto empeño era acaso enfermizo, opté por entregarlos a la editorial sin darles mayores vueltas” (16). Ya en esa época, muchos recuerdan su estado depresivo marcado y hasta su desequilibrio emocional.

Su apoyo a la dictadura no se limitó a las declaraciones periodísticas, ya que en esa época se relacionó con uno de sus personajes más emblemáticos: Emilio Eduardo Massera (17).

Massera poseía características que podían atraer a Marta: era seductor, manipulador y muy simpático. Tenía también excelentes modales y el fuerte atractivo que se desprende del poder. Marta Juana Lynch recuerda que su madre lo conoció a raíz de que él la llamó “para decirle que parara la mano por un artículo que había escrito. Después, le mandó un plato de la Armada como regalo y empezó a levantarle prohibiciones. Ella se interesó, se le acercó, y hasta le escribió algunos discursos que no sé si él usó”.

Hizo también algunas declaraciones públicas a favor del almirante:

- “Hay que seguir luchando, porque como dijo Massera, la sangre de los mártires nos separa del pasado y ahora sólo queda mirar hacia adelante. En la Argentina no está permitido el desaliento” (18).
- “Es un hombre de una gran espontaneidad, de una gran frescura espiritual. No lo conozco mucho, pero me parece que tiene esas dos

condiciones: espontaneidad y frescura espiritual, y en un país consumido por el escepticismo y corroído por el consumismo, una persona con frescura espiritual es muy importante” (19).

Como parte de su proyecto, Massera consideró importante acercarse a los intelectuales. Y en ese sentido habría decidido utilizarla: “Ella pretendía organizar reuniones que en la mayoría de los casos terminaban mal. Cierta vez, nos citó a Alberto Girri y a mí en el Saint James porque tenía que presentarnos ‘a alguien muy importante’. Esperamos más de media hora, y de pronto vimos unos coches negros que se detuvieron en la puerta. De uno de ellos bajaron Marta y Massera, entonces me fui corriendo de la confitería”, contó Héctor Lastra, quien también recordó que en otra oportunidad, en la Feria del Libro, Marta se las ingenió para presentar a Massera y Mujica Láinez. “Manucho se ofendió muchísimo, tanto es así que en un homenaje que se le hizo en el Centro Cultural San Martín después de su muerte, ella dijo que era una mujer que constantemente se equivocaba y que entre esos traspiés hubo muchos con Manucho, a quien públicamente pedía perdón”.

Horacio Salas afirma que una vez Marta se encontró con al almirante en Barcelona, y que “algunos militantes políticos que se reunieron con él en Europa lo escucharon nombrarla en varias oportunidades”. El periodista Miguel Bonasso, por su parte, recuerda que Gabriel García Márquez le comentó que en una oportunidad tuvo un encuentro con Massera. “Gabo hasta debió dedicarle un ejemplar de *Cien años de soledad*, y Massera le confió que había tenido un romance con Marta Lynch”, me dijo.

Años después, en un artículo que escribió en *La Nación* a raíz de la muerte de García Márquez, Bonasso volvió a recordar este episodio, aunque sin nombrar específicamente a Marta:

-No se lo cuentes a nadie -susurró-. Pero me vi con Massera. Me tuve que ver con él. Imagínate el asco.

Se lo había pedido el líder panameño Omar Torrijos, que pretendía saber algo del periodista argentino Luis Guagnini, secuestrado por el Ejército.

Luego de evadir ese tema puntual, Cero se había jactado de sus amores con una colega argentina, como para establecer un territorio común.

Gabo se agarró el puño, contrito, miró el techo y me dijo en voz baja:

-Y todavía no sabes lo peor.

-...

-Había traído un ejemplar de Cien años... y me obligó a dedicárselo (20).

Como con tantos otros hombres, también se habló de una relación entre Marta y el almirante. Según Diego Baracchini, ella usaba su procedimiento de siempre: “Decía que tenía una relación con él y luego lo negaba. Aunque conmigo no hablaba demasiado del tema. Ella sabía que yo había tenido un allanamiento en mi casa, y conocía mi dolor por la muerte de Paco Urondo (21). En esa época ya estaba salida de los carriles. Además no quería pasar inadvertida, no quería perderse nada. Marta no se permitía distraerse, que pasara algo que la dejara afuera. Por momentos se sentía omnipotente, y por momentos, una desgraciada”.

En su libro *Almirante Cero*, el periodista Claudio Uriarte asegura que la relación existió, aunque no cita las fuentes que permitan comprobarla. Según Uriarte, “las cosas no pasaron de unos pocos encuentros en el propio despacho del almirante, aunque la escritora quedó prendada y no perdía oportunidad de insistir en su relación con él. Al parecer, la insistencia llegó a hacerse tan pesada que Massera debió pedirle que le enviara todas sus cartas y mensajes por medio de un emisario, ya que *Lili* (Delia Vieyra, esposa de Massera) estaba celosa, y los almirantes desaprobaban la amplia publicidad que recibía su escandaloso estilo de vida. La novelista confiaba entonces al emisario cartas y mensajes que Massera no se preocupaba por leer, lo que colocaba a aquel en la embarazosa situación de tener que inventar pretextos para justificar semejante desinterés” (22).

Algunos periodistas que trabajaban en el diario *Convicción* (financiado por la Armada y programado como la plataforma política del lanzamiento

del almirante) recuerdan el día en que Marta entró a la redacción, y aduciendo su amistad con Massera, amenazó a un redactor con hacerlo echar por haber escrito un comentario sarcástico sobre ella. También recuerdan que la mujer de Hugo Ezequiel Lezama (jefe de redacción del diario y amigo personal de Massera) recibía frecuentes confesiones de *Lili* en el sentido de que estaba harta de contestar en su propia casa los llamados de Marta. Finalmente, en una visita a la Feria del Libro, el almirante solicitó no pasar cerca del stand donde ella estaba firmando ejemplares.

Según Marta Juana Lynch, el final de la relación se debió a otros motivos: “Aunque mamá quería hacer política, nunca pudo. Como le pasó con Frondizi, Massera la empezó a ralear porque era muy bocona”. Según Alberto Girri, “Massera pintaba como un nuevo Perón y capaz que Marta fantaseaba con ser la nueva Evita”, y Félix Luna agregó un comentario que a estas alturas es más que evidente: “El poder le fascinaba”. Juan Manuel Lynch, que es conservador y se declara “monárquico”, dice que aunque mucho no hablaban del tema, él le aconsejó que fuera más prudente. “Mirá lo que le pasó a Elena Holmberg” (23), le previno alguna vez.

El tema Massera es complejo. Más allá de su rol preponderante en la represión, poseía un proyecto político propio, que en determinado momento lo llevó a establecer infinidad de contactos con distintos sectores. Incluso se acercó a los militantes exiliados, y seguramente fue en esas circunstancias cuando logró contactarse con Gabriel García Márquez. Lo cierto es que a partir de la muerte de Elena Holmberg —una mujer situada en las antípodas ideológicas de los grupos guerrilleros— un importante sector de la sociedad tomó real conciencia de hasta dónde podía llegar el almirante.

Como con Frondizi en *La alfombra roja*, Marta se inspiró en Massera para un libro. En él describe la fascinación de una mujer joven por un político poderoso y sin escrúpulos, y su título es *Informe bajo llave*.

“Marta Lynch era una escritora que tenía un problema con el poder, nada objetable, por otra parte —reflexiona Jorge Asís—. Tenía una fascinación con la proximidad del poder que se nota en su literatura.

Estaba fascinada con un proyecto que fascinó también a una enorme cantidad de gremialistas, políticos, periodistas y algún que otro escritor. Esa época está muy bien registrada en *Informe bajo llave*, una novela clave en su obra, donde se cree ver la figura del almirante Massera. Pero en esa novela hay aspectos muy interesantes, porque la protagonista también aprovecha la figura del poder para hacer reclamos de facturas pendientes. Marta pidió por Haroldo Conti (24), que fue su amigo. En los momentos más duros del Proceso, si hubo alguien que intentó hacer algo por Conti – por una vía pecaminosa, con una fascinación errónea que tiene que ver con una problemática- fue Marta. Siempre quiso saber qué había pasado con Haroldo”.

Ya hacia el final de la dictadura, el 2 de abril de 1982 –cuando el general Leopoldo Fortunato Galtieri llevaba tres meses y medio en la Presidencia- las Fuerzas Armadas desembarcaron en las islas Malvinas, con el propósito de recuperar la soberanía que nos había sido arrebatada en el siglo pasado. El apoyo popular fue importante, y si bien en un primer momento Marta estuvo en contra (“¿Para qué queremos esos cascotes?”, le comentó a Alina Diaconú), al poco tiempo declaró: “Sentí, por un lado, una sensación de irrealidad, y por el otro, una gran realización. Si me encontrara con una madre que recibe cédula de llamada para su hijo, la abrazaría llorando y le diría que no se preocupe. Que su hijo va a volver entero” (25). El hecho terminó en una tremenda derrota, con el saldo de seiscientos compatriotas muertos y una enorme cantidad de inválidos, y precipitó el fin de la dictadura militar.

Y allí estaba, doctor, me parece verlo y seguramente lo veré toda la vida, retrepado en su butaca, con los ojos grandes y vivaces, el abdomen robusto de la buena vida, un corpachón de mucho movimiento. Parecía un gran paquete. Estaba envuelto en sí mismo, replegado en su desconfianza hacia mí, sobre su propia curiosidad. No parecía demasiado dispuesto a hablar. ¿Cuál fue el tema de aquella primera vez? Tres semanas antes de un sábado a las once yo era una tranquila ciudadana de ideas progresistas, notoria por la prolijidad de algunos libros escritos en buena salud. Una mujer decorosamente soñadora, muy sensual y joven. Había

elegido con extrema cautela la ropa que llevaba puesta y luego me explicaría que aquello era el comienzo de la ceremonia erótica. Pero quiero presentármelo como me recuerdo: una pollera floreada, una blusa azul, las medias transparentes y las sandalias de cuero. Nada extravagante, si se quiere. Pero recuerdo haber elegido cada una de las prendas como una favorita antes de su primera función. Estaba exagerando: lo único fuera de lugar era la solicitud con que me había rodeado antes de llegar al gran despacho de Vargas como si cada mecanismo estuviera en función de los pasos que me conducían hacia él.

Servilmente, me asombré, estaba agradeciéndole su invitación y el que hubiera pensado en leer mi libro. Puse gran cuidado en explicarle la dedicatoria. –No es común que un hombre de tanta actividad tenga gusto por este oficio secreto de la literatura. Escribir...

¿Me escuchaba o no? Sus ojos alocados miraban sin perderme de vista pero sin deseo. Al fin y al cabo, los hombres nos tienen habituadas a eso. No es que una sea una ninfómana, doctor, un tierno objeto: pero estaba sintiendo apremios de aquel apremio que no se producía según mis prevenciones. Y las suyas. Usted lo citó al pasar el día que llegué a su consultorio desintegrándome. ¿Cómo fue que dijo entonces?

-¿La apremió?

¿Dijo apremió? ¿La `apretujó'? Doctor: aquella primera vez él no me apremió. Más bien estaba sorprendido. ¿O hartó? ¿Impaciente? ¿Tímido? Urgía encontrar el camino de la comunicación, pero nadie podía ayudarme puesto que estábamos a solas (26).

Notas

- 1.- Diario *La Opinión*, 8/4/79.
- 2.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 78.
3. Revista *Semana Gráfica*, 26/3/71.

- 4.- Diario *Página 12*, 22/6/98 y 8/6/99. Notas de Mariana Carbajal.
- 5.- Revista *Gente*, 23/3/78.
- 6.- Revista *Gente*, 23/3/78.
- 7.- *La noche que los argentinos gritamos*. Archivo Editorial Atlántida.
- 8.- Diario *Clarín*, *El duro oficio de ser argentinos*, 2/8/79.
- 9.- Heker, Liliana, *Las hermanas de Shakespeare*, Editorial Alfaguara, 1999, pag. 190.
- 10.- Diario *Clarín*, mayo de 1978.
- 11.- Diario *Clarín*, mayo de 1978.
- 12.- Diario *Clarín*, 6/7/78.
- 13.- Revista *Mercado*, 28/2/85.
- 14.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 82.
- 15.- *Ibidem*, pag. 83.
- 16.- *Ibidem*, pags. 83, 84.
- 17.- Emilio Eduardo Massera desarrolló, en la Escuela de Mecánica de la Armada, uno de los centros de detención clandestina más siniestros de la dictadura militar. Durante el gobierno de Raúl Alfonsín fue condenado a prisión perpetua en el famoso Juicio a las Juntas. Fue indultado por el gobierno de Carlos Menem, para ser nuevamente procesado en las causas por robo de bebés nacidos en cautiverio. Posteriormente, la Corte Suprema de Justicia resolvió la inconstitucionalidad del indulto.
- 18.- Revista *Para Ti*, charla entre Marta Lynch y Silvina Bullrich.
- 19.- Revista *La Semana*, 26/8/81.
- 20.- Diario *La Nación*, 20/4/2014.
- 21.- El escritor y periodista Francisco Paco Urondo es autor, entre otros títulos, de *Nombres*, *Del otro lado* y *Adolecer*. Militante montonero, fue acorralado en la provincia de Mendoza.
- 22.- Uriarte, Claudio, *Almirante Cero*, Editorial Planeta, 1992, pag. 178.
- 23.- Elena Holmberg, sobrina del ex presidente Lanusse, fue la única diplomática argentina designada en el Centro Piloto, un asentamiento naval con base en París. Al tener referencia de los contactos entre Massera y Montoneros, puso en aviso a sus

superiores. Se le ordenó volver a Buenos Aires y el 20 de diciembre de 1978 fue secuestrada. Seis días después, su cuerpo fue encontrado flotando en el río Luján.

24.- Haroldo Conti, con su novela *Sudeste*, ganó en 1962 el Premio Fabril en el que Marta Lynch obtuvo una mención con *La alfombra roja*. Publicó después *Alrededor de la jaula*, *Todos los veranos*, *La balada del álamo Carolina* y *Mascaró*, entre otros títulos. Fue secuestrado el 4 de mayo de 1976 y desde entonces se encuentra desaparecido.

25.- Revista *Para Ti*, 3/5/82.

26.- Lynch, Marta, *Informe bajo llave*, Editorial Sudamericana, 1983, pags. 22, 23.

Las cosas fueron cambiando

La recuerdo en mi adolescencia, durante los años 60, cuando me acerqué a escondidas a ese ejemplar de *La alfombra roja* del que tanto había oído hablar. Después leí *La señora Ordóñez* y mi admiración creció. Desde mi uniforme de colegio secundario, tanto Marta Lynch como Beatriz Guido y Silvina Bullrich se convirtieron en una especie de versión argentina de Simone de Beauvoir. Me recuerdo, en animadas discusiones, citándolas. Cierta vez la vi, en las oficinas de una compañía aérea en Punta del Este. “Marta Frigerio”, dijo, cuando le preguntaron su nombre. Otra vez, en Buenos Aires, la vi pasar en su coche con chofer. Todavía era morocha y llevaba el pelo largo.

Pero después cambié (o cambió ella, o cambió el país). La volví a ver de grande, cuando ya había abandonado los *tailleurs*, moviéndose ansiosa en algunas reuniones sociales. En una oportunidad coincidimos en el Hotel Plaza, para entrevistar al norteamericano Sidney Sheldon. Irrumpió en la terraza del hotel, enfundada en sus jeans, y se abalanzó sobre el impactado best-seller: “¡Sidney, cómo lo admiro! ¡Qué maravilla pertenecer a un país como el suyo, en cambio aquí las cosas están tan mal!” Después buscó el mejor rincón de la terraza, puso su mejor perfil y acompañada por el atribulado Sheldon, se dispuso a ser fotografiada.

Otra vez, en la Feria del Libro, fui testigo de la enorme cantidad de gente que esperaba que le firmase ejemplares de *No te duermas, no me dejes*. Con su conjunto ajustado y su melena pelirroja, saludaba con entusiasmo.

Fue justamente ese libro, que apareció en 1985 –el año de su muerte- el que se encargó de reivindicarla. Lo alabó la crítica, lo siguió el público, y en su multitudinaria presentación, que se realizó en la editorial

Sudamericana, muchos amigos se acercaron para decirle que sí, que sin duda y pese a todo, se había ganado su lugar. “Hubo actitudes de Marta, como sus declaraciones contra los exiliados y de apoyo al Proceso y su vinculación con Massera, que en otro hubieran resultado imperdonables. Pero era tan buena persona, tan buena amiga, que con ella uno prefería olvidar todo eso. En general, quienes la quisieron siguieron queriéndola hasta el final”, reflexiona Horacio Salas.

Además, había cerrado el año anterior con una gran reactualización de su popularidad: *La señora Ordóñez* había sido adquirida por Argentina Televisora Color y adaptada a telenovela, con la dirección de María Herminia Avellaneda y las actuaciones de Arturo Bonín y Luisina Brando. “No me pagaron mucho por el libro, pero gracias a la difusión de la televisión, se vendieron en pocos meses cuarenta mil ejemplares más”, contó (1). Pero estaba cansada.

Las frustraciones políticas continuaban. El 10 de diciembre de 1983 había asumido como presidente de la República Raúl Alfonsín, con una mayoría del cincuenta y dos por ciento de los votos. El país volvía al sistema democrático en un clima de entusiasmo pocas veces visto, con un presidente que defendía fervorosamente las libertades civiles y los derechos humanos.

En la última etapa de la dictadura, el tono de sus declaraciones ya había ido cambiando:

· “Sí, han pasado seis años de gobierno militar en los cuales hubo una guerra terrible y posteriormente, una gran represión, lapso en el cual hubo muchos muertos y desaparecidos. Por ellos he reclamado junto con gente que quiero y respeto profundamente, como es el caso de Ernesto Sabato, que es mi maestro. Por ellos sigo pidiendo y reclamando porque siempre me va a parecer que el país está en deuda con esa gente que desapareció sin que se pudiera dar una explicación” (2).

· “El tema de los desaparecidos es una de las lacras espeluznantes de un período de la vida argentina difícil de calificar. Quienes usaron los mismos

métodos de la guerrilla para combatirla se equivocaron como cristianos, como hombres, como militares. Siempre dije que hablar es mucho más fácil, que debía aclararse el tema de los desaparecidos dando nombres, justificando fechas, otorgando a sus doloridos deudos una paz que el tiempo no ha de traerles, sino la justicia. Parece que la mafia hubiera tomado a la Argentina como campo de batalla. Y en cuanto al hallazgo de las fosas comunes, no puede caberme más que el horror. Todos sabíamos que esos muertos, esos desaparecidos, tenían que estar en alguna parte, pero la aparición de esos cuerpos sin nombre, amontonados, me hace acordar a los campos de concentración de Auschwitz” (3).

· “Yo he participado siempre en la vida política del país. He participado a veces equivocadamente, a veces incurriendo en el error, pero nadie podrá decirme que he sido cobarde y acomodaticia. Si me he equivocado a veces, ha sido en contra de mis propios intereses. Siempre tuve una actitud militante y combatiente, porque me siento inmersa en la sociedad de la que formo parte, y responsable de la sociedad en que vivo” (4).

· “Las elecciones son absolutamente imprescindibles, constituyen toda nuestra esperanza, y de ser posible para el 83. Cuanto más pronto se hagan cargo los civiles de la conducción del país, cuanto antes se aleje el mando militar dedicándose a sus funciones específicas, tanto mejor será para nosotros. No hay lugar para la abstención ni para la indiferencia” (5).

· “Los partidos políticos deben acostumbrarse a llamar a colaborar a personas capaces, aunque no sean políticas, si en realidad quieren hacer cosas fundamentales para el país” (6).

· “Durante mucho tiempo creí que la misión del intelectual era hacer que sus libros fueran verdaderas armas de combate. Ahora me conformo con que cada uno de nosotros sea fiel a sí mismo y cumpla con su obligación de escritor haciendo lo que le dicte su conciencia. Esta vez yo he querido mantenerme al margen de la actividad partidaria, lo cual no quita que haya dado mi apoyo y mi nombre para la candidatura de Alfonsín, porque creo que es oportuna y su elección traerá grandes beneficios para la Argentina” (7).

Sin embargo, esta última afirmación es relativa: antes de las elecciones, Marta comenzó a frecuentar las reuniones del CPP (Centro de Participación Política de la Unión Cívica Radical) en su sede de la calle Hipólito Yrigoyen, a las que asistían, entre otros, Luis Gregorich, Luis Brandoni, Martha Mercader, Manuel Antín, Pacho O'Donnell, Marcos Aguinis y María Esther de Miguel, y donde se definían las futuras líneas culturales del proyecto alfonsinista.

Con su ímpetu habitual intentó tener peso en ese grupo, y éste es otro de los temas sobre los que casi nadie quiso hablar. Uno de los integrantes del CPP, bajo estricta reserva, me dijo: "Tal vez Marta quiso ir demasiado lejos. O sea, quería un cargo, un lugar importante, no solamente colaborar. Su actuación en los años de la dictadura molestaba mucho, tal vez éramos demasiado estrictos o estructurados en esa época, ahora hay más amplitud". Este último comentario es remarcable: al tiempo, comenzaría la aparición de ex funcionarios de la dictadura asumiendo en gobiernos democráticos.

"Cuando finalizó el Proceso se sintió marginada –dice Jorge Asís-. Una de las últimas cosas que hicimos juntos, en 1983, fue un acto en homenaje a Haroldo Conti en la SADE (Sociedad Argentina de Escritores). Uno de los asistentes objetó su presencia, pero tuvo que bancarla. Me consta que en algún momento, sobre el final de su vida, le hubiese gustado un reconocimiento".

"Al asumir Alfonsín, ella pretendió que le dieran algún cargo –recordó María Esther de Miguel, quien participó del CPP-. Yo le decía: '¿Para qué querés algo, Marta? Tenés tu familia, sos una escritora exitosa', pero ella me contestaba que no podía pasar todo el día escribiendo. Necesitaba el poder, para saber que existía tenía que estar".

Sin embargo, allí tampoco encontró su espacio. Mientras tanto, debió ver a Ernesto Sabato presidiendo la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), que publicaría el libro *Nunca más*. A Carlos Gorostiza como secretario de Cultura de la Nación, y a Marcos Aguinis como subsecretario. A Pacho O'Donnell, ocupando el cargo de secretario de Cultura de la ciudad de Buenos Aires. A Manuel Antín, como

director de Instituto Nacional de Cinematografía. A Martha Mercader como directora de la Casa Argentina en España, y a María Esther de Miguel como miembro del directorio del Fondo Nacional de las Artes. Para colmo, su eterna rival fue nombrada agregada cultural en España. Allí partió Beatriz Guido y aquí quedó Marta, otra vez relegada. Sufrió mucho por eso. Marta Juana Lynch me confesó que su madre siempre había querido ser agregada cultural: “No sé por qué, realmente no lo necesitaba, pero siempre fantaseaba con ser agregada cultural”. En esos días, le comentó a Jorge Asís que le habían ofrecido dirigir el Centro Cultural General San Martín, pero no le había parecido lo suficientemente importante. No estoy segura de que haya sido verdad.

Más adelante, mientras el entusiasmo inicial empezaba a declinar, el tono de sus declaraciones comenzó a cambiar:

- “He batallado tanto, he peleado tanto, he dado tanto la cara en épocas en que nadie la daba, que ahora estoy... no te diré que dando un paso atrás, pero sí manteniendo una actitud de suma prudencia”(8).
- “Antes, cada vez que venía del exterior, venía con más ganas. Pero ahora no sé, es como si mientras allá están preocupados por el destino del hombre en las galaxias, acá todavía seguimos con las críticas a Herminio Iglesias” (9).
- “Antes tenía prejuicios contra sectores demasiado conservadores, y sin embargo ahora reconozco que en muchas cuestiones tienen aciertos y experiencia. No tengo rencores. No me importa de qué sector provengan las soluciones, sino que deseo esas soluciones. Tengo dolor y desesperanza” (10).

Más allá del escepticismo y el cansancio, había sin duda una carga de frustración personal. “Siempre pienso que si mamá no se hubiese matado en ese momento, todavía le esperaban grandes cosas. Seguro que Carlos Menem sí le hubiera dado un lugar. Hay algo en el estilo de los dos que me hace pensar que hubieran enganchado, ella se habría fascinado con

Menem, es algo que tendría que haber vivido y se perdió”, afirma Marta Juana.

Juan Manuel Lynch también cree que aún le quedaban cuentas pendientes, aunque de otra índole: “Yo hubiera querido que se animara a dar el gran salto que media entre la literatura testimonial y el compromiso con una escritura que, a mi juicio, la hubiera salvado”. Difícil saberlo. Atrás había quedado un proyecto literario inexorablemente unido a la coyuntura política y social. Una escritura intensa y audaz pero a la vez caótica y desordenada, aunque a veces la intensidad fuese tan fuerte que superase los defectos.

¿Qué opiniones despierta la literatura de Marta entre sus pares?

· “Tenía una enorme identificación con lo que escribía, tal vez había allí más catarsis que actividad profesional” (Alberto Girri).

· “Me gustaba más como novelista que como cuentista. Algunos cuentos son buenos, pero las novelas me atrapaban mucho más: ponía más vida, más fuerza, más empuje” (Eduardo Gudiño Kieffer).

· “Creo que el comienzo de *La señora Ordóñez* es muy bueno, y tiene también cuentos muy buenos. Su obra es despareja, como ella. Con momentos que son sublimes y otros que no lo son tanto” (Isidoro Blaisten).

· “Algunos cuentos me parecen muy buenos. Lo terrible es que el cuento que más me ha gustado, *El chico del pelo colorado*, es exactamente igual a *El transeúnte*, un cuento de Carson McCullers incluido en *La balada del café triste*. La única diferencia es que en el cuento de Marta es una mujer la que llega a la casa, y en el de McCullers es un hombre. Es cierto que mi relación con Marta estuvo llena de encontronazos. Porque incluso ese cuento que me había gustado resultó un fiasco: lo había copiado” (Liliana Heker).

· “Era una escritora sólida, adulta, en cuya obra pueden analizarse los esquemas de poder en la Argentina” (Jorge Asís).

Pero en el último tiempo, ya ni eso le interesaba. “Se había quedado sin proyecto. La literatura no le alcanzaba, decía que no podía escribir aunque escribía todo el tiempo. Pero no le alcanzaba. Se le ocurrieron algunas cosas, como poner un jardín de infantes –ya tenía hasta el nombre, *El jardín de Marta Lynch*- o asociarse con la Negra Luna en su negocio, pero finalmente nada de eso se hizo”, cuenta Marta Juana.

El deterioro era muy grande. Su imagen física seguía decayendo y su cara ya era una especie de máscara. “Tenía la boca algo torcida y un ojo un poco cerrado”, recordó Héctor Lastra. “Mirá lo que me pasa, mirá lo que es mi cara”, le decía llorando a su marido. “Sentía que su ciclo estaba terminado, que estaba fea, que ya no la miraban como antes. Yo le decía que pensara en los hombres mayores que creaban, pero me contestaba que los hombres tienen más defensas. Que cuando pasan los años, en la mujer todo se hace más difícil de afrontar porque lo único que tiene es su belleza y su capacidad de seducir”, afirmó Juan Manuel.

“Pasados dos o tres meses de la muerte de Marta, nos reunimos un grupo de amigos a almorzar con Juan Manuel Lynch –recuerda Antonio Salonia-. Y nos contó que una noche, en el dormitorio, una habitación con camas separadas con mesitas de luz a ambos lados, sucedió algo curioso. A las tres o cuatro de la mañana, él se despertó por el resplandor de la luz y la vio con un espejo, mirándose el rostro. Estaba como obsesa mirándose el rostro”.

“Tenía una especie de desesperación por no envejecer”, recuerda Antonio Requeñi, y en este punto los comentarios son unánimes. “Vivía obsesionada por la edad. Una vez me preguntó qué edad tenía, y aunque era mucho mayor, me dijo que tenía mi misma edad” (Isidoro Blaisten). “Tenía tanta obsesión por los años que una vez me dijo: `Nosotros, que tenemos la misma edad...´” (Horacio Salas). “Le tenía terror a la vejez, tal vez por temor a perder el poder que una mujer puede tener por el hecho de ser joven” (María Angélica Bosco). “Cuando recién nos conocimos, me dijo que podría ser mi madre. Con los años, esa diferencia de edad

comenzó a diluirse. Yo tenía muy claro que me llevaba veinte años, y al final terminó llevándome ocho” (Liliana Heker).

Por sus tremendos pozos depresivos, recurría a los profesionales y a los psicofármacos. Las pastillas, le hacían mal, se le caía el pelo y tenía problemas en una mano y un brazo. Ella habló de esto último. Dijo que la había atacado “el calambre de los escribientes, que suele atacar también a los taquígrafos y periodistas por vicios de posición” (11). Y agregó: “Jack London y Somerset Maugham también sufrieron por esta enfermedad. London terminó con su vida, quiero creer que no por causa del calambre, y Maugham vivió hasta los noventa y seis años y escribió como si no lo tuviera. Espero seguir este último ejemplo” (12). Lo cierto es que se había acostumbrado a dictar. *No te duermas, no me dejes* está dedicado – además de a Juan Manuel- a Cristina Martínez, “que me prestó sus manos”.

Atrás habían quedado la política, la literatura –más allá de la fama, que se mantenía intacta-, la seducción y los romances. “Pocos antes de su suicidio, había terminado una relación que tenía con un chico muy joven. Nada importante, pero igual la afectó”, recuerda Diego Baracchini, y sobre ese punto coincide Horacio Salas: “Además de todos los problemas, se le juntó la ruptura de un amor con un chico muy joven. `Tengo temor de que nadie vuelva a enamorarse de mí’, me dijo en un triste almuerzo que compartimos veinte días antes de su muerte, en un restaurante cercano al Florida Garden”.

¿Qué quedaba entonces? La placidez, la pareja estable, la alegría de los nietos. Pero está claro que ese estilo de vida no era el suyo. Estaban –por supuesto que estaban- los hijos de Marta Juana y Enrique, a los que sin duda adoraba, pero no en el sentido convencional. Y es lógico, porque la idea de ser abuela no encajaba en lo más mínimo con su personaje, y esos chicos queridos la avejentaban. “Una cosa que me llamaba la atención es que nunca hablaba de sus nietos”, dijo Magdalena Ruiz Guiñazú. Héctor Lastra recordó que “Marta trataba de ocultar que tenía nietos, porque sentía que la avejentaban”, y también coincidió María Angélica Bosco: “No hablaba nunca de sus nietos, no los mencionaba”.

El siguiente diálogo corresponde a un reportaje publicado un año antes de su muerte:

- *¿Cómo se ve a usted misma?*
- A veces me imagino como una implacable Brigitte Bardot diciendo como ella dijo alguna vez: “El tiempo me destruirá como lo destruye todo”, y otras, menos melancólica, admitiendo que es inútil tratar de estimular todo aquello que no se lleve adentro. Y conste que no estoy en desacuerdo con las cirugías plásticas, me parecen un acto de libertad para la mujer siempre y cuando las hagan a favor de la imagen de vitalidad interior antes que con la imagen que se ve en el espejo. Tomar una conducta exterior llevará inexorablemente al impulso depresivo, y a veces, al suicidio.
- *¿Pensó en el suicidio?*
- Mucha gente que admiro terminó así: Virginia Woolf, Cesare Pavese, Alfonsina Storni.
- *Bueno, pero no se suicide ahora que llegó a la telenovela.*
- No, no me voy a suicidar (13).

Porque además estaban sus ídolos, esos personajes maravillosos y plenos de talento que tanto la inspiraban: Ernest Hemingway, quien a los sesenta y un años se pegó un tiro de escopeta en la cabeza. Yukio Mishima, quien apeló a la muerte ritual para inducir a sus compatriotas a la restauración de las costumbres tradicionales del Japón. Cesare Pavese y Alejandra Pizarnik, quienes optaron por los barbitúricos. Leopoldo Lugones, quien se envenenó con cianuro en un recreo del Delta. Horacio Quiroga, quien también eligió el cianuro para evadirse de un cáncer que lo tenía internado en el Hospital de Clínicas. Alfonsina Storni, quien se arrojó al mar. Y Virginia Woolf, su adorada Virginia, quien en plena locura depresiva se zambulló en el río con piedras en los bolsillos. Sobre Virginia Woolf fue justamente la última conferencia que dio, en la Feria del Libro de 1985. Allí habló de sus crisis depresivas, su temor a la locura y su suicidio en una edad similar a la suya. En su casa tenía una fotografía de Virginia que le había regalado Victoria Ocampo.

Le fascinaban esas vidas tormentosas y violentas y seguramente le hubiese gustado leer, entre tantas cosas que se escribieron, una nota del escritor Juan Jacobo Bajarlía, en la que analiza su muerte a partir de Jung y los surrealistas. Dice Bajarlía que unos meses antes del suicidio, Marta escribió un cuento, *Por cuenta propia*, en el que la protagonista compra un revólver y le dispara un tiro en la cabeza a su amante. Así lo explica:

“Marta Lynch se ha suicidado de un tiro en la cabeza. Ha procedido, por otras causas, como la protagonista de su cuento. André Breton y todos los surrealistas le llamaban a esto ‘azar objetivo’. Es el encuentro, en el tiempo, de un llamado inconsciente con un hecho concreto en el que el inconsciente se agota. Algo así como la coincidencia a-causal de Jung. En parapsicología, hablaríamos de la precognición a través del proceso creador. O de ese furor divino (la locura) mediante el cual la divinidad dicta su visión profética. Como expresa Platón en *Fedro*. Puede anticiparse con exactitud lo que va a suceder. Sólo que no tendrá conciencia de su precognición, porque en todos los casos se trata de un proceso oscuro que se verifica al concretarse, como el suicidio de Marta”(14).

Y también le hubiese gustado leer una nota de la escritora uruguaya Cristina Peri-Rossi en la que la reivindica absolutamente como escritora, comparando su caso a los de Alfonsina y Virginia Woolf:

“Las mujeres no escriben, y cuando escriben se suicidan. Doble castración: a quien se arroga un papel que no le corresponde, los dioses lo castigan con la autodestrucción. Para vivir hay que optar por el silencio. Y después las estúpidas necrológicas que hablan de coquetería, afán de protagonismo o cirugías plásticas, porque el suicidio de un escritor corresponde a cuestiones metafísicas, pero el de una escritora (aunque se haya descerrajado un tiro en la cabeza y no se atiborrara de pastillas) es parte de la trivialidad: la fama, la vejez, etcétera. Entre líneas, se comprende que el suicidio de una escritora es una forma más de la histeria” (15).

¿Fue así? Ni tanto ni tan poco. Marta era sin duda una escritora, pero las necrológicas que hablaron de cirugías y afán de protagonismo no dejaron aspectos centrales suyos de lado. Es más: no la desmerecieron, sino que la mostraron. Sin embargo, la visión estrictamente feminista de Peri-Rossi aporta un factor considerable: su suicidio fue cubierto por los medios atendiendo más a su parte “frívola” (miedo a la vejez, deterioro físico) que a las cuestiones “metafísicas”, que parecerían ser patrimonio exclusivo de los hombres o de escritoras como Virginia Woolf, Alejandra Pizarnik o Alfonsina Storni, a quienes obviamente jamás se relacionó con la coquetería o las cirugías plásticas.

“Ella era muy seductora, muy hembra, muy mina, y en los años ochenta le vino un viejazo fuerte en un contexto de adversidad política e intelectual. Era una mujer que hasta agredía corporalmente. Era fuerte, vigorosa, volcánica, pero había envejecido. Además, estaba acostumbrada a ser número uno, y es muy difícil ser número uno cuando vienen todas las facturas por haberlo sido. La primera vez que la vi vieja fue en la presentación de *Dublin al sur*, de Isidoro Blaisten. Era verano, y el verano es muy cruel con el cuerpo”, finaliza Jorge Asís.

¿Qué es la angustia? ¿Dónde está instalada? ¿Cuántos factores se tienen que sumar para que una persona no quiera vivir más? No sólo Marta Juana Lynch se vio tentada a escribir sobre el suicidio de su madre. También lo hizo su hermano Enrique, quien es autor de varios libros. En *Prosa y circunstancia*, en un bello escrito titulado *La pregunta de Sócrates* (dedicado a su abuela María Emilia Igoa) dice: “El suicidio no puede ser objeto de arte o de cualquier tentativa de darle legitimidad literaria. El autógrafo enmarcado de Alfonsina estaba colgado en un rincón del salón de la casa de mis padres y ahora comprendo que su exhibición entre los muchos amuletos familiares era un homenaje pero también una advertencia a nosotros: ‘lo haré’. De todos modos, no servía como explicación. Tampoco son explicaciones la cantidad de indicios dispersos que, con ayuda de la memoria, he logrado unir: la muerte de Hemingway, que mi madre tenía como ejemplo de bravura y autenticidad; su fascinación por un extraño cuento de Salinger, *A Perfect Day for*

Bananafish, que narra la vida y muerte de un suicida; los gustos románticos de mi madre, tan alejados del afeminamiento que los falsarios de Barcelona tienen por romanticismo. Ninguno de estos hallazgos ha servido para abonar la mínima certidumbre. El acto final de mi madre sigue expuesto delante de mí como un monolito escrito en una lengua desconocida, que no te deja pensar sino en él, y sin embargo permanece opaco, mudo, indescifrable” (16).

Aunque él tampoco quiso hablar para este libro, declaró en un reportaje: “Era una romántica, en el sentido auténtico, profundo. Su muerte, por ejemplo, es totalmente romántica, escandalosa. He oído muchas tonterías sobre la muerte de mi madre. Yo lo reconstruí después. Y creo que ella había tomado esa decisión muchísimo tiempo antes. Lo que tuvo hacia el final fue una angustia muy particular en el momento de tomar la decisión: se tenía que matar. Pero es una historia muy complicada, que a mí se me escapa. Aunque he hurgado mucho en sus papeles, revisé mucho todo ese mundo, nunca pude penetrarlo” (17).

A diferencia de los artículos de Bajarlía y Peri-Rossi, a Marta seguramente no le hubiera gustado leer lo que escribió el escritor Álvaro Abós: “Todo suicidio es un enigma porque el único que conoce las claves ya no está. La prensa, al referir el gesto final de Marta Lynch, sugirió la incapacidad de afrontar el paso del tiempo. ¿Cómo se pueden esquematizar de esa manera las causas del suicidio? Enrique Lynch no menciona en su ensayo las lecturas políticas posibles. Quizá tenga motivos para no mencionarlas. Yo no soy el biógrafo de Marta Lynch, pero sé lo que todos sabemos: ella apoyó políticamente al presidente Arturo Frondizi, sobre el que escribió la novela *La alfombra roja*, apoyó a Juan Domingo Perón e integró la comitiva que acompañó a Perón en el *charter* que lo trajo de regreso a la Argentina, en noviembre de 1972, después del prolongado exilio, apoyó a Emilio Massera como lo testimonian los artículos periodísticos de la época. Leí *Informe bajo llave* dos veces. La primera vez me resultó intolerable. Luego lo retomé y aprecié, más allá de lo autobiográfico, el retrato inmisericorde de una intelectual colonizada por el poder y una mujer devorada por la sexualidad sumisa. No sólo el dinero corrompe” (18).

“Cuando volví del exilio la encontré un par de veces –recordó la periodista Julia Constenla-. Era muy impresionante, había envejecido y perdido la gracia de escritora triunfante y desenfadada. Según me contaron entonces, su marido, que había aguantado todo ese momento siendo al parecer un hombre enamorado y tolerante, habría tenido una relación con una mujer mucho más joven. No creo que el tema político haya influido. En realidad, su tendencia mimética con la política se debía más que nada a una cierta frivolidad. Con la cantidad de hijos de puta que andan dando vueltas por ahí a pesar de haber sido cómplices de la dictadura, Marta hubiese podido pelear su reinsertión pública sin mucha dificultad. Pero la persona que yo vi no estaba en condiciones de seguir peleando”.

Sin embargo, no siempre era igual. Recordó Isidoro Blaisten: “La última vez que la vi estuvimos en un café junto a otros escritores. Ella dijo, entre risas, que cuando pasaba el afilador había que tocarse los genitales, por la mala suerte. Parece ser que es una cosa común: los suicidas hacen una actuación en la que todo parece perfecto, maravilloso. No somos quiénes para juzgar su determinación. El suicidio descoloca mucho, quizá porque todos pensamos que en el fondo podríamos llegar a hacerlo, y eso nos pone muy mal”.

Alberto Girri, uno de sus más íntimos amigos, no la notó cambiada en los últimos días: “La vi unos días antes en el Saint James y no noté nada especial. Nunca me dijo que quería suicidarse, pero supongo, por sus características, que vería al suicidio como un último acto público despampanante”. Tampoco lo notó Félix Luna: “Estaba igual que siempre. Siempre era loca, así que uno no se daba cuenta de lo loca que estaba”.

Su familia sí lo había notado. “Estaba ausente. Uno hablaba con ella y se daba cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte. Para eso había que conocerla mucho y tener una gran intimidad, además de ser su paño de lágrimas. Yo ya les había avisado a mis hijos cómo estaban las cosas, para que estuviesen preparados”, dijo Juan Manuel Lynch, y agregó Marta Juana: “Estaba triste. Unos días antes vino a mi casa y me dijo que quería recostarse. Se quedó toda la tarde en cama”.

Cierta vez, Manuel Mujica Láinez viajó en avión junto a un grupo de escritores. Refiriéndose a Borges, quien también compartía el vuelo, dijo: “Si se cae el avión, éste nos va a arruinar las necrológicas, todas las notas van a ser para él”. ¿Cuáles eran las fantasías de Marta? “Más de una vez, entre tantas locuras que decíamos, me dijo: ‘El día que me muera, voy a salir en las tapas de todos los diarios’ -recuerda Horacio Salas-. Una tarde que paseábamos por la Feria del Libro, me comentó: ‘¿Te imaginás cuando acá haya una calle que se llame Marta Lynch?’. Siempre me quedó una especie de culpa por no haber comprendido las cosas que quería decirme”.

“Esa noche, cuando me enteré del suicidio, llamé a *La Nación* y me confirmaron la noticia. Creo que fue la única noche de mi vida en que me quedé sin dormir. Al día siguiente fui a su casa, abracé a Juan Manuel y él me dijo que hacía tres años que lo esperaba, que cuando llegaba a su casa del trabajo se ponía el delantal de médico”, contó María Angélica Bosco.

“Me he pasado tres años hablando diariamente con ella sobre la muerte. Yo jamás podría matarme, por el mismo motivo por el cual no soy partidario de la pena de muerte: como no se sabe lo que es la vida, me parece que no se puede manejar la muerte. ¿Cómo yo me voy a quitar mi propia vida, si no sé lo que es? –reflexionó Juan Manuel Lynch-. Le decía siempre que una cosa es hacer una especie de parodia –como esas veces que tomó pastillas- para llamar la atención y ponerse en el cenáculo del protagonismo frente a todo el mundo, y otra cosa era esto, que no tiene retorno, al menos de acuerdo a lo que nosotros sabemos. Mi primera reacción fue de enojo, pero no por mí sino por ella. ¿Cómo ella se pudo hacer esto?”

Marta se encargó de hacerle un gran homenaje: puedo imaginar la íntima satisfacción que habrá sentido Juan Manuel al leer *Rendición de cuentas*, uno de los cuentos que incluyó en su último libro. Aunque haya disfrazado la desesperación de placidez, aunque su tendencia a la fantasía le haya hecho describir color de rosa situaciones que eran trágicas, allí mostró lo que hubiese querido que fuera, lo que seguramente hubiera podido ser. Reproduzco la última parte y ya nos vamos acercando al final.

No te duermas, no me dejes.

Que la pequeña muerte no venga a sobornarnos. Que no quede pendiente de mi antigua desazón, sola, frente al oscuro roble y a los hilos telefónicos que se mueven bajo el impulso de un viento de verano. Éste es un verano más. No me des la oportunidad de pensar que será el último. Ha sido hermoso vivir la vida juntos y me desgarró pensando en que llegará un tiempo en el que alguno de los dos se irá. La vida debería durar trescientos años, y aún así, pasados los trescientos, te estaría reclamando por una eternidad en la que vos y yo fuéramos los mismos. Llámalo amor.

Llamémosle matrimonio. Llamemos en auxilio de ambos esa fortaleza mental que libra de la nostalgia y la melancolía. Quererse de esta manera es un hecho antinatural. Es contra natura oponer lo persistente, lo que dura, lo que permanece, a la fatal finitud. Uno de los dos o los dos estamos errados, amor mío. Uno de los dos debe desprender sus dedos de los dedos del otro. Pero hoy no. Todavía no. Demos otra vuelta de tuerca a la historia que nos ocupó la vida. No me dejes caer de esta mutua compañía que nos hace bien y nos gratifica. Ahuyentá el sueño que viene hacia vos como un viento bendito.

No te duermas, no me dejes.

Recuperemos la luminosidad celeste, ahora que algunos creen vernos viejos y que estamos tan jóvenes como para continuar con la aventura de modo que hasta el sueño en que caemos juntos nos reúna. Espero –oíme– que de este modo nos sorprenda el otro largo sueño (19).

Notas

- 1.- Revista *Mercado*, 28/2/85. Entrevista de Orlando Barone.
- 2.- Revista *La semana*, 26/8/81.
- 3.- Revista *Radiolandia*, 5/11/82.

4.- *Ibídem*.

5.- *Ibídem*.

6.- Diario *Crónica*, 6/10/82.

7.- Revista *Somos*, 28/10/83.

8.- Revista *Siete Días*, 19/9/84.

9.- Revista *Mercado*, 28/2/85. Herminio Iglesias, titular del consejo bonaerense del peronismo y posterior secretario general del Partido Justicialista, contribuyó a definir la victoria de Raúl Alfonsín cuando, en plena campaña electoral, quemó un cajón fúnebre con los colores y siglas del radicalismo en un acto proselitista, recordando una época de violencia que se quería superar. Se desempeñó también como intendente de Avellaneda y en 1985 fue elegido diputado.

10.- *Ibídem*.

11.- Revista *La Semana*, 26/8/81.

12.- Diario *La Nación*, 10/8/85.

13.- Diario *Clarín*, 4/11/84. Entrevista de Carlos Ulanovsky.

14.- Bajarlía, Juan Jacobo, *Precognición de Marta Lynch*, *Clarín*, 22/10/85.

15.- Peri-Rossi, Cristina, *En memoria de Marta Lynch*, *La Razón*, 5/12/85 (nota reproducida de *El País* de Madrid).

16.- Lynch, Enrique, *Prosa y circunstancia*, Editorial Anagrama, 1997, pag. 207.

17.- *Página 12*, suplemento *Radar*. Entrevista de Elvio Gandolfo.

18.- Abós, Álvaro, *Delitos ejemplares*. Editorial Norma, 1999, pag. 260.

19.- Lynch, Marta, *Rendición de cuentas* en *No te duermas, no me dejes*. Editorial Sudamericana, 1985, pags. 39, 40.

El final

“El hombre puede ser derrotado, nunca destruido”.

Ernest Hemingway

(Frase citada al comienzo de *La señora Ordóñez*)

Esa mañana se despertó alrededor de las nueve, como todos los días. Desayunó en la cama y hojeó los diarios, que Juan Manuel le había dejado prolijamente doblados sobre la mesa de luz. Él la llamó, justamente, mientras leía un artículo, y ahí recordó el antidepresivo que el doctor Morgan le había ordenado aplicarse por goteo. Le pidió que se lo comprara, al día siguiente se lo haría aplicar. Mientras tanto, seguramente Fernando Sánchez Sorondo le enviaría el número del doctor Maríncola, quien tanto lo había ayudado con ese asunto de la medicina ortomolecular. Iría a ver a otro médico y volvería a contar la historia. Simone de Beauvoir ya lo había dicho en alguna parte de *La mujer rota*: cuando todos se cansen de escucharte, para seguir hablando deberás pagar. Ella bien que lo sabía, pero igual seguiría insistiendo. Tal vez todo pasara por un desequilibrio químico y la alquimia la terminara rescatando. Qué más daba, por qué no probar. Juan Manuel, mientras tanto, seguía hablando. Escuchó algo sobre una farmacia de la calle Viamonte y lo interrumpió para decirle que lo quería. Se lo decía siempre, últimamente.

Le dieron náuseas y se levantó de la cama. Al baño entonces, a poner la cabeza hacia abajo, tratar de vomitar y otra vez nada. Encima tener que enfrentarse con el espejo. Ella siempre dijo que era más linda de mañana que de noche, qué sarta de macanas. La mañana nunca ayuda: el pelo despeinado, las bolsas en los ojos, pero ahora hay más. Esa falta de arrugas que molesta. Las costuras, bajo la raíz del pelo pelirrojo. Recordó la nota que Silvina Bullrich había escrito días atrás en *La Nación*: “No me gustan los viejos. Qué mujer no empieza a engordar pasados los cuarenta años. Cuál no advierte a los cuarenta y cinco o cincuenta celulitis en sus muslos, párpados hinchados, arrugas en la comisura de los ojos y los labios. Quién no teme después de los cincuenta saltar desnuda de la cama ante los ojos del hombre querido. Infartos, cáncer, accidentes,

hemorragias cerebrales, edemas de pulmón me han ido dejando muy sola, como a todas las personas de mi edad. El amor, ¿cómo reemplazarlo y para qué vivir sin él? La inteligencia de dos cuerpos, la armonía que se confieren, no pueden ser suplidas por ningún modisto a la moda. Después, la vida es esta larga monotonía”. Qué crueldad.

Hoy no haría gimnasia ni pasearía en bicicleta, mejor se pondría a trabajar. Con la camisa a cuadros de los días de fajina, entró a su escritorio. Allí encontró los borradores temblorosos que casi no avanzaban. Empezó a esbozar alguna escena y la ventana la distrajo. Qué linda casa tenés, Marta. Muchos pensarán, seguramente, que es un lujo sentarse a escribir con la vista del roble que asoma sobre el cerco, las rosas florecidas, la pileta cristalina y el perro guardián.

La mucama le ofreció el almuerzo, pero no tenía hambre. Se recostaría un rato, el día se hacía largo con el silencio de la casa. La burbuja. Juan Manuel quiere que se muden, cree que en un lugar más chico el miedo no sería tan grande. Sabe que la quieren, pero también sabe que se convirtió en una carga. Además, ya lo dijo Juan José Sebrelli: morir en la gloria es una característica de los mitos nacionales. Así pasó con Gardel y con Evita. Todo el mundo haría declaraciones, Juan Manuel, Alberto Girri, Luna, puede imaginar las notas sin mayor esfuerzo, si hasta lo había comentado con Juan Manuel, quien le había dicho: “Sí, todo muy lindo, pero acordate que de ésa no se vuelve”. Chocolate por la noticia. Si de eso se trataba, justamente.

Otra vez las náuseas y otra vez al baño. Otra vez no pudo vomitar. Tomó agua de la canilla y volvió al escritorio, donde escribió la nota que ya había escrito pero no recordaba dónde estaba. “Te amo. Te amo”, puso. Y era verdad. Pero también era verdad que la prisión se le hacía insoportable.

Volvió a su cuarto, descolgó el teléfono y trabó la puerta. Dormitó un rato, esta vez más largo. Todavía mareada, se imaginó abriendo el cajón de la cómoda y mirándose al espejo, como ya lo había hecho varias veces. “Tengo miedo del momento de la muerte aunque no de morir”, había dicho hacía unos años (1). “Tengo en mí misma a una enemiga”, también había dicho, apenas unos días atrás, pero seguramente no lo recordaba

(2). Tal vez pensó en la paz de ese lugar rodeado de árboles y flores que se había hecho comprar, pero tampoco eso es seguro.

En realidad, ya no pensaba.

Notas

1.- Lynch, Marta, *Biografía a mi manera*, pag. 56.

2.- Diario *Tiempo Argentino*, 13/10/85.

EPÍLOGO

Recién ahora, por primera vez me decidí a tomar el coche y manejar hasta la calle Madero 222, en Vicente López, donde aún está la que fuera su casa. Sufrió varias reformas en estos años, pero aún conserva su carácter. Los techos de pizarra, el ladrillo a la vista, la puerta de madera maciza y las ventanas con sus marcos blancos. Una vieja casa estilo Tudor que se sigue alzando majestuosa, a pesar de que el polvo de ladrillo del jardín del frente fuera reemplazado por adoquines y el espacio del garaje se haya convertido en comedor de diario. Vi también la veleta con la figura de un ciervo, el antiguo pino y algunas de las que –imagino- fueron sus plantas. Recorrí su living, admiré su chimenea, caminé por el jardín del fondo, con su pequeña pileta cristalina y su terraza, donde ahora se agregó un dormitorio más. Subí por la escalera de roble, conocí su dormitorio e imaginé su escritorio, que es ahora un enorme cuarto de baño en suite con hidromasaje, pero aún mantiene su ventana. La imaginé en tantas situaciones, yendo y viniendo por la casa.

Caminé también por la que fuera su cuadra. Me enteré de que algunos denominan a Madero al 200 “la cuadra trágica”, no sólo por su suicidio sino porque unos años después allí también murieron dos adolescentes, los chicos de Casanova, quienes en una noche de verano decidieron dormir en el auto con aire acondicionado y se intoxicaron con los vapores. Casi pude verla manejando su Bordward, yendo al almacén donde se peleó por el tema de Frondizi, llegando orgullosa en su coche oficial. Pensé también en el chofer buscando testigos, en el revuelo de los periodistas la noche del velorio. Creo que reconocí la casa chiquita donde vivieron con Juan Manuel los primeros años, y pasé por lo de Daniel Nosedá, su vecino de al lado, aquel que ayudó al chofer a tirar la puerta abajo y que casualmente es cuñado de Leopoldo Torre Nilsson, marido de su eterna rival.

“En ese momento llegábamos a casa –recuerda Nosedá-. En realidad, el que entró a lo de Lynch fue mi hijo, que actualmente vive en el Brasil.

Cuando el chofer vino a pedir ayuda, fue con un hacha y lo acompañó el jardinero de Marta. Rompieron la puerta, yo los seguí y la vimos. Era muy buena vecina y siempre nos hemos llevado muy bien. Muchas veces venía a mi casa a hablar por teléfono, porque dos por tres se le descomponía la línea. Recuerdo que desde la ventana del primer piso, levantaba la voz y les pedía a los muchachos de la telefónica que le solucionaran el problema. El día que se suicidó, le pedí el visto bueno a Juan Manuel para ver si podíamos traer un sacerdote. Fui a la iglesia y volví con él”.

En el final de *La señora Lynch*, la protagonista dice “hice todo lo que pude”. Una vez le preguntaron cuál era su lema y repitió esa frase, haciéndola propia. Y eso no sólo es válido para la literatura. Para la vida también.

BIBLIOGRAFÍA

- Abós, Álvaro, *Delitos ejemplares*, Editorial Norma, 1999.
- Andersen, Martin, *Dossier secreto*, Editorial Planeta, 1993.
- Autores varios, *Toda la función*, Editorial Abril, 1982.
- Bullrich, Silvina, *Los burgueses*, Editorial Sudamericana, 1964.
- Bullrich, Silvina, *Los salvadores de la patria*, Editorial Sudamericana, 1965.
- Camus, Albert, *El mito de Sísifo*, Editorial Losada, 1953.
- Cardoso, Oscar, Kirschbaum, Ricardo, Van der Kooy, Eduardo, *Malvinas, la trama secreta*, Sudamericana-Planeta, 1983.
- Cioran, Emile, *La caída en el tiempo*, Editorial Tusquets, 1993.
- De Beauvoir, Simone, *La mujer rota*, Editorial Sudamericana, 1968.
- Gambaro, Griselda, *Escritos inocentes*, Editorial Norma, 1999.
- García Lupo, Rogelio, *Paraguay de Stroessner*, Ediciones B, 1989.
- Giussani, Pablo, *Montoneros, la soberbia armada*, Sudamericana-Planeta, 1984.
- Graham-Yooll, Andrew, *De Perón a Videla*, Editorial Legasa, 1989.
- Guido, Beatriz, *Fin de fiesta*, Editorial Losada, 1958.
- Guido, Beatriz, *El incendio y las vísperas*, Editorial Losada, 1964.
- Heker, Liliana, *Las hermanas de Shakespeare*, Editorial Alfaguara, 1999.
- Lynch, Marta Juana, *Victoria Funes, hija*, Editorial Atlántida, 1994.
- Nunca más*. Informe sobre la Desaparición de Personas de la Conadep. Eudeba, 1985.
- Lynch, Enrique, *Prosa y circunstancia*, Editorial Anagrama, 1997.

Nogués, Germinal, *Diccionario biográfico de políticos argentinos*, Editorial Planeta, 1989.

Orgambide, Pedro, *Horacio Quiroga*, Editorial Planeta, 1994.

Orgambide, Pedro, Yahni, Roberto, *Enciclopedia de la literatura argentina*, Editorial Sudamericana, 1970.

Osorio, Elsa, *Beatriz Guido*, Editorial Planeta, 1991.

Page, Joseph, *Perón*, Javier Vergara Editor, 1984.

Piña, Cristina, *Alejandra Pizarnik*, Editorial Planeta, 1991.

Pivano, Fernanda, *Hemingway*, Editorial Tusquets, 1986.

Romano, Eduardo (comp.), *El cuento argentino*, Eudeba, 1986.

Salinger, J. D., *Nine Stories*, Bantan Books, 1948.

Sebreli, Juan José, *Eva Perón. ¿Aventurera o militante?*, Ediciones La Pleyade, 1971.

Sebreli, Juan José, *Las señales de la memoria*, Editorial Sudamericana, 1987.

Styron, William, *Darkness Visible, a Memoir of Madness*, Random House, 1990.

Uriarte, Claudio, *Almirante Cero*, Editorial Planeta, 1992.

Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Editorial Contrapunto, 1985.

Villordo, Oscar Hermes, *Manucho*, Editorial Planeta, 1991.

Yourcenar, Marguerite, *Mishima o la visión del vacío*, Editorial Seix Barral, 1985.

LIBROS DE MARTA LYNCH

La alfombra roja, Fabril Editora, 1962.

Al vencedor, Editorial Losada, 1965.

Los cuentos tristes, Centro Editor de América Latina, 1967.

La señora Ordóñez, Editorial Jorge Álvarez, 1968.

Cuentos de colores, Editorial Sudamericana, 1970.

El cruce del río, Editorial Sudamericana, 1972.

Un árbol lleno de manzanas, Editorial Sudamericana, 1974.

Los dedos de la mano, Editorial Sudamericana, 1976.

La penúltima versión de la Colorada Villanueva, Editorial Sudamericana, 1978.

Los años de fuego, Editorial Sudamericana, 1980.

Informe bajo llave, Editorial Sudamericana, 1983.

No te duermas, no me dejes, Editorial Sudamericana, 1985.

MATERIAL PERIODÍSTICO

Diarios *Clarín*, *La Nación*, *La Opinión*, *Crónica*, *La Razón*, *Convicción*, *Tiempo Argentino*, *Página 12*.

Revistas *La Semana*, *Semana Gráfica*, *Para Ti*, *Gente*, *Somos*, *Vosotras*, *Radiolandia*, *Siete Días*, *Mercado*, *Primera Plana*, *Extra*.

